



# La vejez que nunca esperamos

Elaine Acosta González  
EDITORA



## La vejez que nunca esperamos

Este libro es un reconocimiento al aporte de todos aquellos que, con sus contribuciones generosas y solidarias, dan voz a las personas mayores en Cuba. Con esta obra buscamos retratar y relatar diversas experiencias y significados sobre el proceso de envejecer en la Cuba de hoy. Imágenes y voces de la vejez, presente y memoria, captados por diversas generaciones de cubanos, en diferentes formatos: fotografía, cuentos, ensayos y caricaturas. Es resultado del trabajo realizado por Cuido60, desde su creación como observatorio de envejecimiento, cuidados y derechos en mayo de 2021, y de las diferentes colaboraciones que hemos recibido de muchos cubanos de la Isla y la diáspora, que han querido testimoniar sobre su realidad y la de sus viejos. De cierta forma, ofrece una mirada sobre los impactos y devenir de un proceso de transformación social conocido como Revolución cubana, que también ha llegado a su tercera edad, atravesando una de sus peores crisis y acumulando la mayor de las desesperanzas por aquel futuro prometido en enero de 1959. Es, en resumidas cuentas, un compendio de voces diversas sobre “la vejez que nunca esperamos”, como se llamó la primera publicación de nuestro blog La voz de los 60 y que da título a esta publicación.

**MÉTRICA**

**CUIDO 60**  
OBSERVATORIO DE ENVEJECIMIENTO, CUIDADOS Y DERECHOS



# La vejez que nunca esperamos

*Editora*

Elaine Acosta González



# La vejez que nunca esperamos

Imágenes y relatos sobre envejecer en Cuba

ISBN: 978-628-95831-3-7 (rústico)

ISBN: 978-628-95831-5-1 (.pdf)

DOI: <https://doi.org/10.56650/9786289583137>

© 4Métrica

## **Editora**

Elaine Acosta González

## **Autores**

Pedro Alberto Sosa Tabio

Inés Caridad Casal Enríquez

Yoelkis Torres Tápanes

Gleyvis Coro Montanet

Damaris Calderón Campos

Rachel Pereda Puñales

Dagmara Ramírez Marcial

Laura Seco Pacheco

Anders Ariel Santana Alpizar

Teresa Díaz Canals

Fidel Gómez Güell

Lilian Ureña de Martín Viaña

Ingrid Arenas González

Enrique Guzmán Karell

Verónica María Perdomo Álvarez

Pedro Manuel González Reinoso

Yunet Alfonso Companioni

Jennifer Portelles Toledo

Ricardo Acosta

Jorge Gómez de Mello

Sarah Moreno

Rigoberto Oliva Sánchez

Leydis Luisa Hernández Mitjans

Yusmany Hernández Marichal

Mabel Cuesta

Orlando Miguel Barbán Guerra

Katuska Fournier De la Cruz

Primera edición: septiembre de 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

## **Coordinadores**

Sergio Angel Baquero

Catalina Rodríguez Vega

## **Diseño y diagramación**

Paula Andrea Cruz Lopez

## **Diseño de portada**

Ivan Acosta González

## **Corrección de estilo**

Royma Cañas

## **Impresión**

DGP Editores

Calle 63 #70D - 34

Impreso en Colombia

4Métrica

Calle 135C # 10A-73

Telefono: 3012270115

<https://www.4metrica.org/>

Bogotá D.C.

# *Contenido*

<b>Facilidades temporales</b>	11
una imagen que relata la vejez en Cuba y algo más	
<b>Introducción</b>	13
Parte I	
<b>Si yo te contara</b>	
El sillón no para de mecerse	27
Esperanza	30
Uno de sus tantos días	33
Está nevando en mis sienes	37
Como un cordón umbilical	39
Alas de ángel	41
Cuento para mi abuelo	43
Todos los días la última vez	46
El adiós de un abrazo	49
Helado de paciencia	53
De olores y recuerdos	55
Los dientes que vienen después	59
Crónica de una ilusión	61

## Parte II

# La voz de los 60

La vejez que nunca esperamos	67
Rostros de nuestros viejos	71
La decepción	79
Anselmo, Orlando y Ernesto: relatos de la vejez	85
La vida es bella	93
Papá el hombre de mi vida	95
Mi mamá, la que siempre cuida	99
Descasado	103
Las ganas de irse de aquí	107
Con ellos no, coño	111
Justa, croniquilla con espasmo	115
El taxi ambulancia, el viejo y el rico	121
Se están muriendo	125
Juan	127
Los hijos de la aldea	131
Matemáticas del desamor	135
Mi padre	137
He venido a decirte	140

# Parte III

## **Ensayos sobre la vejez, redes solidarias y calidad de vida**

Hay palabra buena y palabra falsa	147
Retos del envejecimiento en Cuba y algunas alternativas de activación de recursos en la comunidad para atender a poblaciones vulnerables	155
Romper el silencio: integración y participación social de las personas mayores en Cuba	159
La última carta de la baraja	163
Mendicidad y vejez en Cuba	167
Redes solidarias desde el margen. Contrapunteo de una plaza vacía y un teatro lleno otro día de julio	171
Salud mental con el morral vacío	185
Empoderamiento de la vejez: realidad versus utopía	193
La Feria de los viejos	199









# *Facilidades temporales,* una imagen que relata la vejez en Cuba y algo más

Esta foto<sup>1</sup> habla sobre la vejez y algo más. Es una escena cotidiana de muchos hogares cubanos compendiada en un único fotograma.

Tres generaciones concurren en este drama. En el centro del plató: la anciana. Sentada allí, como tocada por una luz casi beatificante, posiblemente afectada por alguna enfermedad degenerativa, la abuela permanece tranquila con la mirada vaga. No sabemos si en un viaje en retroceso hacia el pasado o en una huida extraviada hacia ningún lugar; pero lo cierto es que su mirada es ausente, vacía.

Tendido en la cama, reposando una siesta, está un joven, tal vez el nieto. También ausente, probablemente escapándose en un sueño diurno de la realidad mezquina y desesperanzada que le ha tocado. Junto a él, su perro. Ambos transmiten un aire de despreocupación y displicencia.

Asomada por la ventana aparece una señora, que, por la edad, puede ser la hija de la anciana y la madre del joven durmiente. Ella marca el límite de la escena, la línea entre lo exterior y lo interior. Es partícipe y espectadora a la vez, y puntúa la equidistancia entre las dos generaciones protagónicas de esta escena: la abuela y el nieto; o sea, el pasado y el futuro. El presente, representado por esa mujer de mediana edad y aún sonriente que mira desde afuera, ha sido cancelado, al menos por el momento.

---

<sup>1</sup> Primer premio del concurso fotográfico “Mirar la vejez”, de Cuido60, fechado el 10 de abril de 2023; cuyo jurado estuvo integrado por Margarita Fresco, Sadiel Mederos y Damaris Betancourt (presidenta). El texto corresponde al dictamen emitido por el jurado.

Si bien estas tres personas atraen la atención del espectador a primera ojeada, cabe decir que el espacio donde transcurre este momento termina de completar el relato, mostrándonos diversos detalles del interior de un hogar medio cubano bajo una luz tenue y agraciada, que no provoca contrastes ni sobresaltos, pero sí nitidez.

Hemos decidido otorgar el primer premio a esta fotografía, por la autenticidad, la delicadeza y la locuacidad con la que documenta este tema, sin degradar ni hacer uso de recursos efectistas para transmitir el mensaje. Locuacidad que se agradece por no quedarse en los primeros planos, sino que da diversos elementos y niveles para hacerse una opinión sobre la problemática de la vejez en Cuba, y de la sociedad en general.

# Introducción

*Elaine Acosta González*

Antes de entrar en algunos detalles, me gustaría presentarles brevemente la iniciativa de la cual forma parte el Observatorio de Cuidados, Derechos y Envejecimiento (Cuido60): un proyecto que busca, de manera innovadora y amena, ampliar los vínculos entre la academia y la sociedad, generando y difundiendo información, análisis y experiencias en relación con el envejecimiento y los cuidados. Cuido60 centra su atención en el caso cubano porque es la sociedad más envejecida de América Latina, pero incorpora también la mirada comparativa sobre las dinámicas demográficas y las políticas públicas sobre el tema en América Latina. Trabaja con un enfoque de derechos humanos, género e intergeneracional, impulsando una reorganización democrática de los cuidados y el bienestar en Cuba y la región. Asimismo, busca mejorar la accesibilidad y la calidad de la información sobre la situación y derechos de las personas mayores y sus cuidadores; además de visibilizar y apoyar el trabajo de organizaciones de la sociedad civil y comunitarias que están ofreciendo servicios de cuidados y atención a las personas mayores. Con este fin, ha generado dos novedosas herramientas de consulta y utilidad pública: el Mapa Interactivo de intervención en la vejez y el Catastro de Vulneración de Derechos.<sup>2</sup>

Por otro lado, le interesa dar voz a las personas mayores y a sus cuidadores. Para ello, se ha creado el blog titulado *La voz de los 60*, la sección “Relatos de Cuidadoras” y la de “Entrevistas” a representantes de organizaciones, expertos y personas mayores. Realiza, además, anualmente,

---

<sup>2</sup> Para más información sobre los productos y actividades de Cuido60, puede consultarse su página web: [www.cuido60.com](http://www.cuido60.com).

un concurso literario y de fotografía. A su vez, le interesa contribuir a la formación y desarrollo de competencias laborales y profesionales de quienes se desempeñan en el sector de los cuidados y la atención a las personas mayores, a través de un diplomado anual en envejecimiento, cuidados y derechos.

A poco más de dos años de su creación, llega este libro como un reconocimiento al aporte de todos aquellos que, con sus contribuciones generosas y solidarias, dan voz a las personas mayores en Cuba. Para esto, se ha seleccionado material de las diferentes secciones y productos generados por Cuido60, con el fin de mostrar la vejez en su condición socioetaria y subjetiva, y al envejecimiento como proceso heterogéneo usualmente impactado por decisiones políticas, transformaciones económicas y cambios culturales, que, a su vez, modifican prácticas e imaginarios sociales sobre esta etapa de la vida.

La presente obra busca retratar y relatar diversas experiencias y significados sobre el proceso de envejecer en la Cuba de hoy. Imágenes y voces de la vejez, presente y memoria, captados por diversas generaciones de cubanos, en diferentes formatos: fotografía, cuentos, ensayos y caricaturas. Es resultado del trabajo realizado por Cuido60, desde su creación como observatorio de envejecimiento, cuidados y derechos en mayo de 2021, y de las diferentes colaboraciones que hemos recibido de muchos cubanos de la Isla y la diáspora, que han querido testimoniar sobre su realidad y la de sus viejos.

De cierta forma, ofrece una mirada sobre los impactos y devenir de un proceso de transformación social conocido como Revolución cubana, que también ha llegado a su tercera edad, atravesando una de sus peores crisis y acumulando la mayor de las desesperanzas por aquel futuro prometido en enero de 1959. Es, en resumidas cuentas, un compendio de voces diversas sobre “la vejez que nunca esperamos”, como se llamó la primera publicación de nuestro blog *La voz de los 60* y que da título a esta publicación.

El libro se estructura en tres partes. La primera: “Si yo te contara”, toma el título del concurso de cuentos de Cuido60 e incorpora los relatos premiados y algunas contribuciones de poetisas cubanas y otras ensayistas. Aparecen en esta sección multiplicidad de vejezes y diferentes biografías del cuidado en la vejez en Cuba, ayudados por la imaginación y el poder de las metáforas y demás recursos literarios. En la segunda parte, se compilaron relatos de *La voz de los 60* que muestran la contingencia, las principales preocupaciones en torno a las experiencias y visiones de lo que significa envejecer y ser viejo en Cuba hoy. En el tercer y último apartado, titulado “Ensayos sobre la vejez, redes solidarias y calidad de vida”, se incorporan algunas reflexiones más desarrolladas sobre problemáticas sociales que afectan las condiciones de vida de la población mayor de 60 años en Cuba y las vías que van emergiendo desde la sociedad civil para abordarlas.

Resulta válido recalcar que Cuido60 entiende el envejecimiento como el proceso demográfico y sociopsicológico, subjetivo, en el cual intervienen dimensiones políticas, socioeconómicas y culturales, constituyéndolo de modo complejo. A nivel macrosocial, refiere al aumento de la esperanza de vida y del número de personas mayores en la estructura demográfica de una sociedad (envejecimiento poblacional o demográfico); pero, al mismo tiempo, expresa los diferentes modos en que es vivida y representada la vejez en las prácticas de los sujetos y las instituciones sociales en una determinada época.

Los diferentes contextos históricos y espacio-temporales que moldean el proceso de vivir-envejecer condicionan diversas maneras de vivir la vejez. En la actualidad, la sociedad cubana es una de las más envejecidas de la región. Este libro relata cómo han vivido y se representan en la actualidad dicho proceso muchos cubanos y cubanas que han envejecido en —y con— ese otro *singular* proceso histórico que ha sido la Revolución cubana. En este caso, el contexto se vuelve también protagonista de muchos de los relatos e imágenes, como refleja el siguiente fragmento del texto “La vejez que nunca esperamos”:

Y aquí estoy, sesenta y dos años después de ese 1 de enero de 1959, con más de 70 años, pensando en que, desde el punto de vista económico, no me ha ido tan mal, sobre todo porque he podido garantizar que mis dos hijos hayan estudiado y tengan una profesión que debe ayudarlos a seguir adelante, pero con la terrible decepción de que no fue este país destruido, social, económica y moralmente, el que yo soñé dejarles a ellos y a mis nietos.

En la diversidad de voces e imágenes que recoge la presente obra, pueden apreciarse las construcciones dominantes sobre la vejez que visibilizan cómo este período de la vida se convierte en un terreno social y cultural donde se disputan variadas concepciones de lo que es ser viejo; o más bien, de lo que se pierde con la vejez. En el caso cubano, se trata de una doble pérdida: aquella que se asocia a esta etapa de la vida y esa otra derivada de los múltiples desencantos y promesas incumplidas por el proceso de transformaciones que desencadenó la Revolución cubana. Como resultado, en muchos de los relatos e imágenes se coloca a la vejez como un estado asociado a la condición de vulnerabilidad y marginalización, provocados por el “abandono” de las políticas sociales hacia una generación que fue, precisamente, la que construyó, participó y se encantó con las promesas de un mejor futuro de igualdad y bienestar para todos. Esta doble pérdida y devaluación social de la vejez puede apreciarse en el siguiente fragmento del ensayo que finaliza este libro, titulado “La feria de los viejos”.

Si tuviera que calificar la calidad de vida de los ancianos en Cuba en la actualidad, la evaluaría de pésima. Claro, hay que excluir a cierto sector privilegiado de este grupo etario que disfruta de todas las posibilidades de alimentación, cuidados y ocios. Mi generación, de más de 60 años, ha vivido siempre en condiciones difíciles. En lo personal, era del criterio que una crisis económica peor que la de los años 90 del pasado siglo no la volveríamos a padecer. Lamentablemente, no resultó así. Hoy, además de la escasez de alimentos, de la inflación desmedida, pasamos por una seria falta de medicinas de todo tipo y un abandono total de cualquier servicio imprescindible para tener una vida normal. [...] En este contexto, los adultos mayores han sido golpeados contundentemente, en especial esa parte que se encuentra sola, aislada, olvidada en cualquier parte del país.

El libro presenta, sin proponérselo, una agenda de investigación e incidencia en la formulación de cambios en las políticas sociales en torno al



envejecimiento y los cuidados; cuyos temas son amplísimos. Van desde las urgentes carencias materiales y la insatisfacción de necesidades básicas, pasando por las demandas de cuidados y atención, hasta los asuntos relacionados con el bienestar emocional, psicológico y social de las personas mayores. Aparecen también otros asuntos de carácter más estructural como la pobreza y las desigualdades sociales, que se muestran e inciden de manera más acentuada en los cubanos que arriban a la vejez.

En términos más específicos, la crisis alimentaria, la inflación y la pérdida de autonomía económica tras el deterioro del valor de las pensiones, la crisis migratoria y el déficit creciente de medicamentos son las problemáticas más recurrentes en los relatos e imágenes. Sobre la crisis de medicamentos e insumos médicos, versa el siguiente fragmento de “Papá el hombre de mi vida”, en el que se constata no solo el déficit, sino también las dificultades que enfrentan las familias cubanas para gestionarlos. A partir de esa carencia, sin embargo, el relato da cuenta del valor social, escasamente reconocido, de las cadenas transnacionales de cuidados que, sobre todo durante y después de la pandemia, han intensificado su labor para suplir la carencia de medicamentos y de otros tantos productos que las familias en Cuba no encuentran para sostener la vida diaria.

Mi padre no sabe, no puede recordar, quizás ya tampoco entender, que en la farmacia no hay benadrilina. Tampoco alprazolam. Mi padre no sabe que la farmacia está bastante o completamente vacía desde hace rato. Ni creo sea consciente que ha sido durísimo sostener su consumo de levodopa-carbidopa, esa droga difícil para los anaqueles cubanos. Yo nunca le conté a mi padre que me llegan sus pastillas desde el noroeste de Estados Unidos, desde una ciudad muy lejana, gracias a la sensibilidad de un amigo que él no conoce, y que llegan a La Habana muy a pesar de las infinitas limitaciones y trabas en los envíos hacia el país tranquilo, ordenado y justo que él ve en el NTV de todos los días. En la comprensión de mi padre, alguien que todavía me guarda los diarios *Granma* de anuncios importantes, sobrevive la idea de que en la farmacia habrá no solo colas de personas soñolientas y pobres, sino medicinas.

Llama la atención de los lentes fotográficos, en las imágenes capturadas

para el concurso de fotografías y otras series, el creciente abandono y vulnerabilidad que están experimentando las personas mayores en Cuba como resultado de políticas sociales que acortan los parámetros de bienestar desde hace más de una década, acrecentadas por el impacto de la pandemia y su cuestionable gestión gubernamental, que tiene como punto culmen la implementación de la llamada Tarea Ordenamiento, puesta en práctica en el momento más agudo de la crisis sanitaria en la Isla.

Las construcciones sociales de la vejez se objetivan en imágenes, donde llegar a ser viejo en la actual coyuntura cubana es entrar en una etapa de constante declive, pérdidas y déficits. Por contraste, son pocos los relatos y fotografías donde aparece la vejez vinculada a lo que se conoce como envejecimiento saludable: un proceso que facilite que todas las personas puedan realizar su potencial con dignidad e igualdad. Diferentes marcadores sociales, construidos en función de referentes sociales de distinta índole (biológicos, económicos, sociales, políticos), han ido moldeando una imagen de la vejez en Cuba más asociada a la diada dependencia-vulnerabilidad y, en consecuencia, a valorar al sujeto “viejo” como un dependiente-vulnerable. El problema radica en que esta asociación de la vejez con dependencia y vulnerabilidad refuerza el estatus social del individuo que envejece como un sujeto desvalorizado, al que no se le reconocen sus capacidades y potencialidades de independencia y autonomía.

La presencia significativa que en este libro tienen las fotografías y relatos sobre personas mayores en situación de calle es tal vez la imagen más nítida del impacto que sobre este grupo poblacional ha tenido la política pública y, al mismo tiempo, la representación social dominante sobre la vejez como vulnerable. En los fotorreportajes “Rostros de nuestros viejos”, “La decepción”, “Anselmo, Orlando y Ernesto: relatos de la vejez”, “Descasado”, “Los hijos de la aldea” y en el ensayo “Mendicidad y

vejez en Cuba”, encontrarán los lectores abundante material sobre este tema. Precisamente, en este último texto se aborda el tema como un problema de carácter estructural, que requiere de manera urgente un rediseño de políticas, aumento de servicios y de recursos materiales y humanos, así como nuevos enfoques de intervención social.

En los bancos de los parques turísticos se reúnen estos adultos mayores abandonados a su suerte durante horas, a la espera de algún transeúnte caritativo que les ayude a paliar momentáneamente la terrible situación en la que sobreviven. Bajo el inclemente sol, deshidratados, con hambre, en pésimas condiciones higiénicas, pasan la mayor cantidad de horas del día a solo unos metros de la sede provincial del Gobierno, quien hace la vista gorda y se “limpia las manos” como Pilatos, renegando de sus responsabilidades de cuidado y atención a quienes, en otros tiempos, le dedicaron su esfuerzo y su trabajo para construir un Estado donde, supuestamente, “nadie quedaría desamparado”. [...] Urge tomar medidas estratégicas para evitar un desastre mayor. Se necesita un rediseño de las instituciones, nuevos enfoques de trabajo, más casas de abuelos, más comedores sociales, más y mejores profesionales de los cuidados.

La crisis migratoria desatada con la apertura de las fronteras en Cuba tras el término de la etapa más aguda de la pandemia es otro de los procesos que ha marcado profundamente la vida de las personas mayores en la Isla en los últimos años, la cual, también, recoge este libro. Más de medio millón de cubanos, en su mayoría jóvenes, han emigrado, dejando atrás a sus padres y abuelos. Así, “Las ganas de irse de aquí” recoge el “espíritu” de una época, las estrategias para “escapar” de Cuba:

Todo cubano que ves en la calle hoy está buscando la manera de salir de aquí. El que no tiene trabajo busca un negocio para hacer plata y salir de aquí. El que tiene un trabajo lo cuida porque le da ganancias “extra” que lo ayudan a sobrevivir en lo que busca la manera de irse de aquí. El dirigente que crees que apoya al Gobierno en el próximo viaje se queda y no vuelve más para aquí. El muchachito que estudia en la universidad hace una carrera muy bien pagada en cualquier otro lugar que no sea aquí. El que arregla su casa o su negocio lo venderá todo junto para irse de aquí. La que se enamora del turco que no habla español, ella tampoco habla turco, pero usan el traductor, y a lo mejor va y lo engancha... y la saca de aquí.

El éxodo migratorio complejiza aún más la crisis de cuidados, en la medida en que incrementa el déficit de cuidadores familiares y pone

en jaque el ya insostenible sistema de pensiones. A las precariedades materiales que ya padecen las personas mayores, se les suma el debilitamiento de las redes familiares y sociales, la falta de apoyos y cuidados, y mayores niveles de soledad. El cuento “El adiós de un abrazo” recoge los significados e impactos subjetivos de la migración en los jóvenes que parten y en los viejos que quedan en la Isla.

Mi abuela odia las despedidas. Pero nadie se salva de ellas, mucho menos en Cuba, el país del adiós infinito... Aquella tarde de despedidas mi abuela hizo harina de maíz con huevo frito, la comida que tanto me gustaba de niña. Almorzamos juntas en el patio, en la misma mesa donde un día lejano aprendí a leer y escribir. El fantasma de las antiguas fiestas familiares se sentó también junto a nosotras. Ahora mi abuela vive sola, acompañada por los recuerdos que habitan entre las paredes de una casa vieja y solitaria. Antes de irnos, la abracé con todas mis fuerzas. En aquel abrazo roto se rompía algo en mí para siempre.

Algunos ensayos del libro se enfocan en los factores de riesgo que aumentan con la crisis migratoria y de cuidados, y que repercuten inevitablemente en la salud mental de las personas mayores. Los textos “Salud mental con el morral vacío” y “Retos del envejecimiento en Cuba” visibilizan las problemáticas relacionadas con el bienestar emocional, psicológico y social en la vejez. Alertan sobre los sentimientos de impotencia y desesperanza crecientes entre las personas mayores en la Isla, el déficit de espacios y oportunidades de esparcimiento, así como los mayores niveles de aislamiento social, incrementados por la crisis migratoria. La tristeza ante las pérdidas de coetáneos o familiares que emigran, convive con sentimientos de soledad y procesos de incomunicación con las familias que se separan. Como consecuencia, en los diagnósticos comunitarios donde participan personas mayores, aparecen con frecuencia situaciones de estrés, inseguridad, depresión y ansiedad. Los autores avanzan sugerencias en el camino de ampliar y mejorar la intervención social en busca de desarrollar la capacidad de resiliencia en personas y comunidades frente a este contexto de permanentes pérdidas. Para ello, se requiere una intervención multifactorial que propicie alianzas y articulación con actores sociales comunitarios.

Pese a este crítico escenario, afloran relatos sobre la agencia en —y sobre— la vejez que destacan las capacidades personales de muchos mayores y de la sociedad civil —especialmente aquella que funciona sin el apoyo o aprobación del Estado cubano—<sup>3</sup> para intervenir y gestionar las crecientes demandas cotidianas y de cuidados, así como las situaciones de emergencia, abuso o maltrato que presentan las personas mayores. La emergencia desatada con la pandemia no solo visibilizó un conjunto de problemas estructurales que se venían acumulando en la sociedad cubana, sino también fue un espacio propicio para el desarrollo de una serie de iniciativas y proyectos que han emergido desde muy variadas fuentes de la sociedad civil, y que, con distintas vocaciones, intentan suplir los múltiples déficits, áreas y necesidades que el Estado cubano está desatendiendo.

El ensayo “Redes solidarias desde el margen” reflexiona de manera oportuna sobre el proceso de gestación y construcción de una red de ayuda transnacional, de carácter solidario, conformada sobre todo por artistas, profesionales y ciertas comunidades cristianas que se dieron a la tarea de recolección, catalogación y reparto de toda la ayuda —tanto de medicamentos específicos como de insumos médicos y comidas— que se organizó por grupos y comunidades cubanas desde el extranjero y también desde provincias aledañas en una situación relativamente menos precaria que la de la provincia de Matanzas, que se encontraba entonces en la peor situación de la pandemia de la covid-19. La autora califica este trabajo como resultado de la “[...] la voluntad de solidaridad y cuidado (trans)nacional en la que jóvenes, mujeres y miembros de la comunidad LGBTQI+ (cristianos y no cristianos) se autoadjudicaron la

---

<sup>3</sup> Vale aclarar que en Cuba no existe un marco regulador para la creación y funcionamiento de organizaciones de la sociedad civil con fines sociales. Lo que la legislación permite son las organizaciones políticas o de masas autorizadas por el Estado y Gobierno, y algunas que funcionan bajo el amparo de la iglesia o de la cooperación internacional, pero todas con un alto nivel discrecional y de vigilancia políticas.

tarea de rescate de una población vulnerable, infectada, envejecida y en algunos casos moribunda”.

Junto con el cruce de estas voluntades e interseccionalidades, el ensayo también describe el modo en que se gestionaron los envíos de la comunidad cubana en la diáspora hacia la Isla, visibilizando los costes económicos, políticos y emocionales de un proceso “castigado” políticamente por el Estado cubano y protagonizado, en su gran mayoría, por colectivos marginalizados pero, al mismo tiempo, líderes de otras luchas y reivindicaciones sociales. Este es un ejemplo que registra el proceso, con sus lecciones y aprendizajes, de muchas iniciativas personales y colectivas que surgieron para servir en medio de la crisis sanitaria, en las que resaltaron grupos de mensajería, acompañamiento, reparto de medicamentos y alimentación gratuita.

Todas ellas han ido dibujando un nuevo mapa de actores sociales como proveedores de servicios de cuidados, en gran parte vinculados a diferentes formas de activismo dentro y fuera del país, que requiere ser estudiado en profundidad como una novedad en la actual organización social de los cuidados en Cuba. Al mismo tiempo, sus acciones y resultados se constituyen en poderosos mecanismos de resistencia y reconfiguración de las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, que pueden pujar por cambios más estructurales en relación con las garantías legales, por ejemplo, que se requieren para un normal desarrollo de estos nuevos grupos y asociaciones.

Declaro entonces que esos jóvenes, mujeres y miembros de la comunidad LGBT-QI+ transnacional cubana vienen, de modo natural y desde sus históricas marginalidades, a intentar por fuerza elástica restaurar a un cuerpo enfermo. Sea dicho sin ambages: un cuerpo sometido por la inutilidad de un Estado que no puede proveer los medicamentos e insumos mínimos para rescatarle de la precariedad de su salud y, asimismo, un cuerpo en ocasiones deformado por la ausencia de alimento.

Los cuidados en la vejez y sus costos emocionales, materiales y de salud atraviesan todo este libro, aunque de manera más explícita en algunos

relatos, como el de “Mi mamá, la que siempre cuida” o “La vida es bella”. El cuidado aparece como una práctica social que permite disminuir o aliviar el estado de dependencia o vulnerabilidad de la persona mayor. Sin embargo, a pesar de constituirse en una práctica que cumple una función social imprescindible para la reproducción de la vida, es, a la par, una práctica invisible y desvalorizada. Las familias cubanas siguen apareciendo como protagonista del cuidado de las personas mayores, saldando la deuda intergeneracional que, particularmente, contraen las hijas mujeres con sus padres mayores: “Ella dice que los hijos tienen que ser agradecidos con sus padres y hacer por ellos”. Encontramos implícita la arraigada interpretación de la familia como proveedora de afectos en el sentido del deber paterno-filial, la retribución del cuidado, sobre todo en su dimensión afectiva. Al mismo tiempo, las diferentes desigualdades que se incorporan y reproducen en el trabajo de cuidados en el ámbito doméstico familiar y social, así como los impactos que sobre las cuidadoras familiares tiene esta labor. Lo que se conoce como síndrome del cuidador, aparece muy bien documentado en este fragmento.

Hoy mi mamá cuida de mi abuela, esta vez tampoco tuve el apoyo de mi tía, pero aun así se levanta cada mañana y saca fuerzas de donde no le quedan, y sí, sigue estando enferma. Con el tiempo ha empeorado considerablemente, ya no le gusta hablar con nadie, ni salir de casa, dejó de preocuparse por su apariencia personal hace mucho y su vida propia la dejó olvidada en algún rincón. Ahora mi mamá no baila, hace años que no ve el mar y perdió la ilusión por las navidades. Aunque su esperanza de vida no ha muerto, siempre dice que un día todo volverá a ser igual, si Dios así lo quiere.

Que con las memorias recogidas en este libro podamos reconocer y valorar la vida de tantas personas mayores en Cuba, al tiempo que visibilizamos y denunciemos sus inquietudes y tristezas, sin olvidar promover y proteger los derechos que les permitan envejecer con dignidad.

Parte I  
**Si yo te**



**contara**



Mi vecina Elia (© Williams Cruz Perdomo).

# El sillón no para de mecerse

*Pedro Alberto Sosa Tabio*

Ven, Roberto, siéntate en el sillón. Yo sé que a ti te gusta mecerte. Mira eso... ¡Qué contento se te ve! Hasta te ríes y todo meciéndote en esa cosa ruidosa. Ese sillón es muchísimo más viejo que nosotros. ¡Y mira que eso está difícil!

Ay, chico, si te acordaras de todo lo que hemos vivido juntos... Pero ya tú no te acuerdas de nada y yo cada vez me acuerdo de menos. Por lo menos tú te ríes. Yo ni eso.

Oye. Están tocando la puerta. Debe ser Paloma. ¡Esa víbora! Tiene engatusado a Robertico y no lo deja ni venir a vernos. Lo tiene amarrado con brujería para que no venga. Quédate tranquilo en el sillón. Déjame abrirle la puerta, porque si no, se pasa el día ahí tocando y no se va. Por joder, por más nada, pero bueno. Ahora vengo.

Mira lo que te trajo Paloma: un purecito de malanga. Abre, abre la boquita que te lo voy a dar. Para mí

después haré un muslito de pollo que me regaló María, la de la esquina. Traga. Despacio. Si pudieras hablar, me dijeras que está riquísimo. Yo lo probé y de verdad que está bueno.

Si vieras cómo preguntaba por ti... Qué buena muchacha esa Paloma. Lástima que se haya empatado con Robertico. Bien que es nuestro hijo, pero... ¡Vaya! Pudiera salir del trabajo un día y por lo menos venir a vernos, ¿no?

Traaagaaa. Cómete tu puré de boniato. Está un poco falta de sal y más grumos no puede tener, pero es lo que hay.

El otro día estaba viendo las fotos de cuando nos casamos, ¿sabes? Qué lindo estabas. Joven, con aquel bigotón...

¿Te acuerdas, Roberto? ¿Roberto? ¡Roberto! ¡Corre Roberto! ¡Mira! ¡Hay un viejo aquí, en el sillón! ¡¿Quién coño es el viejo este?! ¡Se está comiendo tu yuca, Roberto! ¡Corre! Escupe, viejo desgraciado. Escupe, que eso no es tuyo.

Ay, Roberto. Ay... Menos mal que volviste. Si vieras lo que me pasó. Vino otro viejo y se estaba comiendo tu puré de malanga. ¡Y cómo se mecía en el sillón y se reía! Con esa boca sin dientes... Lo más desagradable del mundo. ¡Un descarado total! Aunque bueno, al final lo que se comió fue la yuca esa que trajo la arpía de Paloma, que a lo mejor estaba hasta envenenada.

Mira para allá cómo te has puesto. Te has tirado toda la comida arriba. Pero no te preocupes, sigue meciéndote en el sillón, que yo me puse dura y boté de aquí al viejo ese. Me tengo que poner dura, porque si no, quién te cuida a ti. Si Robertico viniera de vez en cuando...

Pero ya, no viene, así que somos tú y yo y nadie más. Y al sillón hay que seguirlo meciendo hasta que pare solo. Tú riéte y méce-te, que yo todavía estoy bien. Vieja, pero bien. Si hay que ponerse dura, me pongo por los dos. No te preocupes. Tú riéte, mi viejo, riéte y mécete...

Paciencia (© Sheylah Rosa Gallardo Millán).



# Esperanza

*Inés Caridad Casal Enríquez*



¡No pase! (© Enrique Vilaríño Ricardo).

—¿Qué tal, Esperanza? ¿Cómo amaneció hoy?

El hombre se detiene unos segundos frente al portal y espera a que la anciana que teje sentada en el sillón levante la mirada. Pero es en vano y sigue su camino.

La mujer que teje sonríe ligeramente. Pareciera que recuerda algo agradable. Luego, vuelve la sombra de tristeza a su rostro. Una y otra vez le vienen a la mente jirones de recuerdos; con ellos ha intentado reconstruir su vida. Como ráfagas vienen y van, intenta atraparlos, pero al final se evaporan.

Casi siempre recuerda los dolores, el temor de no lograrlo, la angustia del último pujo y, al final, el llanto de su hijo.

A veces, solo a veces, lo ve llegando de la escuela, con la pañoleta en bandolera. “Abelito, hijo, la pañoleta es un símbolo, te lo he dicho un montón de veces”. Y él, “¿Por qué me pusiste ese nombre?, no me gusta”. “Fue un héroe”, te lo he contado.

Cuando logra dormir un rato, en las madrugadas interminables, se le aparece con sus manos heridas y ampolladas, su cuerpo infestado de picadas de mosquito, sus ojos reprimiendo el llanto cuando ya se acerca la hora de la despedida, porque le ha dicho muchas veces que no lo quiere blandengue, ni “rajado”, que aquí “te estás haciendo un hombre”.

“¿Por qué no puedo tener una bicicleta?”. Y ella, tratando de explicarle que en la vida son más importantes los ideales que las cosas materiales, que ya tendrá muchas cosas, las que quiera, cuando estudie, se supere, se haga un doctor, o un ingeniero, quién sabe si un piloto. Y el rostro de él siempre taciturno, como si no confiara en aquellas palabras.

La vivencia que más disfruta es cuando lo ve en el portal, rodeado de sus amigos, discutiendo sobre autos o pelota, quitándose la palabra uno al otro, riendo, siempre riendo, con aquella risa que

parece que será siempre la defensa ante cualquier peligro.

Siempre trata de reprimir un recuerdo, ese que la acecha constantemente, esperando encontrarla desprevenida, el de aquella mañana que despertó sobresaltada, como si alguien tocara su corazón para advertirle del peligro. Cuando aparece ya no puede hacer nada, solo escuchar a Javier frente a ella, sin poder mirarla a los ojos: “Se fueron anoche, todo el piquete se piró. Yo no pude, estaba con un ataque de asma en el hospital. Pero llegarán, era una cosa segura”.

Le dicen que recibe las cartas, pero que no tiene tiempo de contestar, trabaja mucho para poder venir a verla pronto. Y ella deja que piensen que les cree, para que la dejen tranquila con sus recuerdos, aunque la miren con lástima.

Así ha vivido los últimos veinticinco años, sin pronunciar palabra, encerrada en su pequeña casa, llena de telarañas que cubren todos sus premios, diplomas y reconocimientos, saliendo solo a lo imprescindible, esperando que, con el silencio de la muerte, acabe la angustia de no poder recordarlo todo.



# Uno de sus tantos días

Yoelkis Torres Tápanes



5. Sin título, de la serie Lázaro (© David López Cruz)

En un archipiélago llamado Cuba, con el ¡muy buenos días ciudadanos, 5:30 de la mañana de este 10 de julio de 2021! de Radio Reloj, se levanta mi abuelo; hace el último polvito que queda del café mañanero y a la calle para buscar el pan nuestro de cada día para sus bisnietos y la vecina, llega y limpia su patio cercado a duras penas, siempre en pelea con los inspectores para poder tener un poco de sustento con unas gallinas que hace días ni ponen, porque solo hierba y piedra están picando.

Noventa y un otoños marcan cada huella de piel en su cuerpo, operado de cáncer hace treinta y ocho años con una colostomía que es la agonía de todos cuando faltan esas dichosas y caras bolsitas; ahí se encuentra, fuerte, erguido, siempre bien, ¡Sí!, bien, pero está rabiando en realidad, nos enseña que solo hacen falta ganas y constantemente decimos, ¡coño! que buena era la harina, el boniato y el tasajo de antes.

Pipo, mi viejo del alma...

—Oye, que jodidos estamos, escribe algo al gran jefe indio a ver si mejoramos porque ni una cuchilla tengo para afeitarme y los mandados la suerte entre tu abuela y yo, porque ni eso puedo traer ya solo a la casa, estoy al salir y gritar.

—No te preocupes pipo, que yo estoy para ayudarte.

—No, tú tienes que encargarte de los niños, que mira tu hermana lleva días sin leche y tu mamá está como loca con eso.

Cada día que pasa algo se apaga en él entre el dolor por las enfermedades y la falta de pastillas, ha olvidado hasta la fecha de su cumpleaños, pero nunca, la preocupación diaria por sus hijos, nietos y bisnietos. Se escapa de casa para ir a verlos cuando en días no sabe de ellos por las cuestiones cotidianas que todos sabemos, se ha perdido muchas veces y la angustia de no encontrarlo o que le pase algo es tan fuerte, que solo se alivia cuando de repente llega, te mira:

—¿Y esas caras?, ¿qué pasó?, estoy enterito merendé y tomé café con una señora que me trajo.

Uno se ríe, suspira profundo y mejor no decir nada.  
—Oye, te enteraste, se murió Pepe, llevaba cuatro días muerto en su casa, solo, el pobre, los hijos no se encargaban de él y ahora dicen se están fajando por la casa, pero Carmita, la de la Calzada, la vieja que siempre anda sin ajustadores (vieja, porque para él todos son viejos y él todavía está fuerte) entraron a su casa, robaron y por la mañana cuando se vio sin TV le dio un infarto y dicen que está grave.  
Llegó la noche, se baña, come ...  
—Oye, te quedó buenísimo (aunque sea arroz solo siempre lo dice, porque a mimá hay que mantenerla contenta).

Enciende el TV, mira el noticiero y a dormir,  
que mañana tocan los gritos, las broncas  
y el show mensual de la cola del pollo.

LA VEJEZ QUE NUNCA ESPERAMOS



# Está nevando en mis sienes

Gleyvis Coro Montanet

Por los perfiles de quienes  
nacimos ayer desfilan  
—y pululan y titilan—  
viejitos matusalenes.  
Está nevando en las sienes  
ahogadas por un dilema  
en donde el único tema  
libre es la libre caída  
en el pozo de un sistema  
que estruja la piel, la vida.

Está nevando en mis sienes,  
a la par y en ambos flancos.  
Y en los perfiles de quienes  
nacimos ayer hay blancos  
viejitos matusalenes.  
La arruga, la contractura,  
la fisura, la fractura  
conducen al extravío  
y a la vejez prematura  
que está moliendo lo mío.

Ningún filtro disimula  
ese horror, esa congoja  
que va de la cuerda floja  
a la cuerda que estrangula.  
Y en ese horror que pendula,



que languidece y oscila  
—que pulula, que titila—  
se muda la paradoja  
de aquella vejez tranquila  
por un estrés que deshoja,  
que desguaza, que aniquila.  
*Mi juventud tuvo dosis excesivas de vejez.*  
De ahí que mi madurez  
tenga artritis, tenga artrosis.  
Merecemos la apoteosis  
de un futuro sin condena,  
sin padecer la gangrena  
de un líder sobre nosotros.  
Sin unos detrás de otros  
cargando la misma pena.

# Como un cordón umbilical

*Damaris Calderón Campos*

Mi tía, de 92 años, va a fiestas invisibles para ella sola. Nos escribe las mejores décimas del mundo para mí y para mi hermana, que después se le olvidan; pero nos las escribió en su cabeza, es lo que importa, y son nuestras. Su hijo, para ella, se ha multiplicado por cinco y a veces lo llama por su nombre y a veces por el de todas las cosas. Ella, la más fuerte, es ahora una niña y yo le cuento por teléfono la historia de su vida, le recuerdo sus versos, sus dichos, las frases con que nos enseñaba: “Comer y rascar, todo es empezar”. “Para morir, lo único que hace falta es estar vivo”. Dice que a sus cataratas se las coman las tiñosas. Duerme con su hijo, ahora su padre, entrelazados por un nudo amoroso como un cordón umbilical.

Reminiscencia (© Miguel Kosta).





# Alas de ángel

*Pedro Alberto Sosa Tabio*

Antes de tener alas, yo soñaba con ser un ángel. Lo soñaba cada noche y cada día también, porque vivir postrada sobre un colchón es como dormir todo el tiempo.

Cuando me cambiaban de la cama al catre de la sala, me sentía mejor, porque no estaba sola. En el cuarto solo podía soñar con ser un ángel. En la sala, podía contárselo a mi nieto mientras él veía la televisión. “Podría volar”, le decía, no estaría siempre acostada, no te molestaría con mis cosas, el sol me calentaría la frente y el aire me despeinaría y, por un momento, aunque fuera un minuto, estaría por encima del mundo, mejor que nunca en mi vida.

Entonces, recordaba cuando él era muy pequeño y yo lo bañaba, lo envolvía en la toalla y lo paseaba jugando a que era un avión. Él reía mucho. Era muy risueño. Ahora solo me mira de vez en cuando y asiente cuando le digo que volaría como lo hacía volar a él y que el sol me calentaría la frente. Hay un espacio tan grande entre él y mis ganas de ser un ángel..., como entre la yo que lo cargaba por toda la casa y la que no se puede poner en pie.

Por las tardes, mi hija me devolvía a la cama, a la espera eterna de que cayera la noche, ellos se encerrarán en sus cuartos y yo me quedaré acompañada solamente por el sueño de ser un ángel. Pero, antes de dejarme en el inicio de aquellas horas terribles, se sentaba junto a mí, me acariciaba y escuchaba sonriente cómo yo volaría a las pirámides de Egipto y a las ruinas griegas, pero siempre regresaría en las noches para bendecir sus sueños, como cuando era niña y tenía pesadillas, y yo me sentaba a su lado, la

acariciaba y le cantaba sobre nubes de algodón dulce y caminos de caramelos. Ella lograba dormirse y, al otro día, me contaba que había soñado estar en un mundo mágico donde todo era muy feliz.

Así era mi vida hasta el día en que desperté sin fuerzas. Apenas podía abrir los ojos. Sentía cómo mis músculos se volvían incluso más inútiles que antes. Si hubiera podido hablar, me hubiera despedido, pero solo alcanzaba a balbucear cosas inentendibles.

Y de repente me elevé. Pasé, de un segundo a otro, de estar postrada a avanzar quién sabe cuántos metros. Sentí el calor en la frente. El aire me despeinó. Abrí los ojos. Volaba. Estaba por encima del mundo. Miré mis alas y, como había predicho, me sentí mejor que nunca en mi vida. Una tenía la forma de un joven al que más de una vez convertí en avión. La otra era una mujer a la que ayudé a conocer mundos de magia y felicidad, y que, mientras utilizaba casi todas sus fuerzas para elevarme, me contó cómo, para ella, siempre tuve poderes sobrenaturales, siempre fui un ángel. Solo me faltaban las alas para volar.



Soledad (©Lourdes Guerra).

# Cuento para mi abuelo

*Rachel Pereda Puñales*

Mi abuelo se llamaba Domingo y murió un domingo. Así de paradójica es la vida. Ese siempre fue el día de la semana que menos le gustaba porque decía que los domingos eran para perder el tiempo y él odiaba perder. Tal vez por eso murió un domingo, cuando ya lo había perdido todo, incluso las ganas de vivir.

Su rostro se ha distorsionado en mi memoria con el paso de los años, pero aquella barba larga y blanca permanece intacta en los recuerdos. Cuando mi abuelo tomaba sopa, la barba se dibujaba de colores y pequeños duendes escondidos entre los hilos blancos y largos se alimentaban de los restos de comida. Yo juraría que algunas veces los veía balanceándose agarrados de los pelos mientras atrapaban algún pedazo de pan del plato.

En la barba de mi abuelo se escondía toda la historia de nuestra familia. Como uno de esos juegos peligrosos de la infancia, mis primos y yo jugábamos con ella cuando mi abuelo dormía la siesta del mediodía. Tirábamos de la barba con fuerza, mientras él se despertaba furioso y nos perseguía por toda la casa.

La barba de mi abuelo era intocable. Él decía que solo la cortaría cuando se fuera a morir. Por eso aquella extraña tarde, cuando se paró frente al espejo y comenzó a afeitarse, todos temblamos de miedo. Algo extraño pasaba con mi abuelo. Me parecía ver a los pequeños



duendecillos caer indefensos en el lavamanos y ahogarse con el agua del grifo, mientras las losas del piso se llenaban de pelos.

Esa tarde fue el inicio de todo. Mi abuelo no murió aquel día, aunque parecía que sí. Mientras se cortaba y afeitaba la barba, no dijo ni una palabra. Luego tampoco. Después de aquella tarde, mi abuelo nunca más habló. Se quedó callado para siempre, sin apenas levantarse de la cama.

Luego vinieron los hospitales, las consultas y el diagnóstico. “Un tumor cerebral”, dijo el médico”. “Una tragedia”, pensé yo. Desde ese día, nos dedicamos a cuidarlo. Lo bañábamos, le dábamos la comida y le cantábamos décimas, justo como él hizo con nosotros cuando éramos pequeños.

Se convirtió en el niño de la casa. El niño que alguna vez tuvo una barba larga y blanca. El diagnóstico era oscuro, pero nuestro amor por él era muy claro. Mi abuelo ocupó el lugar que mi papá había dejado vacío. Era nuestro turno de cuidarlo.

Cuando llegaba de la universidad, me acostaba a su lado. Él no decía nada, pero sonreía con la mirada, mientras estiraba la mano con dificultad para que le diera su caramelo del día. Contra todo pronóstico, mi abuelo duró cinco años con ese maldito tumor... Hasta aquel domingo fatal de agosto.

Y juraría que, cuando lo miré por última vez, vi de nuevo su barba larga y blanca, mientras los pequeños duendes regresaban a ella. Quizás ahora los duendecillos están junto a él en algún lugar lleno de barbas y abuelos mágicos. Un lugar libre de domingos.



Abriles (© Yadián Rivero Buxó).

# Todos los días la última vez

*Pedro Alberto Sosa Tabio*



*La herencia del brigadista (© Abraham Echevarría Díaz).*

Mientras Anselmo le echa azúcar al café, suenan en la puerta los mismos golpes de cada día. Vierte el líquido en la taza y, a la vez, él mismo se levanta del butacón viejo de la sala, arrastra los pies soportando los dolores terribles de la artrosis y abre la puerta.



Anselmo se sienta a tomar el café. Lleva un rato parado. Necesita descansar antes de salir para la venta de la tarde. Si no, por la noche, el dolor de los huesos no lo deja dormir. Y ni siquiera tiene analgésicos. En las farmacias no hay y las dipironas que le quedaban se las dio a Reyniel para que se bajara la fiebre. Una fiebre de nadie sabe qué. Fiebre de celda, quizás. Puede que todo el que vaya a parar a una celda termine teniendo esa fiebre.

A Anselmo lo empuja un joven altísimo, que, sin pedirle permiso, entra a la casa que él mismo construyó hace cuarenta años, como si la casa fuera suya o todo fuera suyo, como si estuviera por encima de todo. Al joven lo siguen seis más. Usan uniformes negros, con boinas de medio lado.

El café le deja un sabor amargo en la boca. Empieza a armar los cucuruchos de la tarde mientras piensa que quizás debería empezar a echarle más azúcar; pero claro, ¿qué azúcar le lleva entonces a Reyniel? En la bodega cada vez dan menos y él, por mucho maní que venda, no tiene dinero para comprar más; si no tiene dinero ni para comer. A veces acaba el día con una sola comida en un comedor público. Lo otro, lo poco que le dan en “los mandados”, es para Reyniel.

Los siete jóvenes registran la casa. Anselmo grita, pregunta qué quieren. Lo ignoran. Llegan al baño. Reyniel acaba de salir de la ducha. Anselmo escucha los gritos, los golpes, el espejo destrozándose... Reyniel sale a tropezones, desnudo. Lo tiran al suelo. Dos le dan patadas.

Otro le da con un bastón. Reyniel se encoge, recibe los golpes y grita. No articula una palabra, solo grita. Anselmo intenta quitárselos de encima. Lo empujan y también cae al suelo. Desde ahí, ve cómo cargan a su hijo y se lo llevan.

Justo cuando acaba de envolver el último cucurucho, ve cómo lo sacan por la misma puerta que él había abierto hacía dos o tres minutos. Unos días antes, la gente había salido a la calle a protestar. Y Reyniel con ellos. Anselmo nunca le ha preguntado por qué, pero cree no tener que hacerlo, como nadie le tiene que preguntar a él —y nadie le pregunta— si tiene azúcar o analgésicos.

Cada día, Anselmo revive en su cabeza la misma escena, una y otra vez. Siempre igual. Siempre la última vez que Reyniel estuvo en casa, antes de ir a una celda a tener fiebre. Anselmo tiene 70 años. Reyniel tiene 21 y una condena de 20. Y Anselmo revive, cada día, la última vez que lo vio en casa.





# El adiós de un abrazo

*Rachel Pereda Puñales*

Mi abuela odia las despedidas. Pero nadie se salva de ellas, mucho menos en Cuba, el país del adiós infinito.

Por eso aquella tarde llegué a su casa, la casa de mi infancia, con una sonrisa dibujada en el rostro y un mar de lágrimas atravesado en la garganta. El mismo mar que nos separaría para siempre.



*Familia cubana (© Anyel Judith Díaz)*

Me senté en el viejo sillón, ese que tantas veces meció mis sueños cuando era niña, y recordé todas las historias que ella me contaba mientras yo estaba acurrucada en su regazo. Por cada cuento se le dibujaba un nuevo lunar en la piel. De repente un día crecí y cuando volví a mirarla, sus manos estaban llenas de pecas que tenían su propia historia.

Los recuerdos revoloteaban por la sala junto a mi travieso de dos años que corría de un lugar a otro. Su hermanita menor, con apenas tres meses, brincaba feliz encima de su bisabuela y le quitaba los espejuelos.

Mi abuela presentía que algo extraño pasaba, pero no imaginaba que la niña de sus ojos emprendería un viaje tan peligroso con sus hijos pequeños. Me entregó cuatro ramitas secas para que las guardara en mi cartera como una especie de resguardo. Luego, cuando estábamos al borde de un barranco en Honduras, me aferré a esas ramitas como si en ellas habitara Dios. En cada frontera, río y selva que cruzamos, esas ramitas milagrosas fueron nuestra protección.

Aquella tarde de despedidas, mi abuela hizo harina de maíz con huevo frito, la comida que tanto me gustaba de niña. Almorzamos juntas en el patio, en la misma mesa donde un día lejano aprendí a leer y escribir. El fantasma de las antiguas fiestas familiares se sentó también junto a nosotras. Ahora mi abuela vive sola, acompañada por los recuerdos que habitan entre las paredes de una casa vieja y solitaria.

Antes de irnos, la abracé con todas mis fuerzas. En aquel abrazo roto se rompía algo en mí para siempre.

—¿Cuándo vienes de nuevo? —me preguntó, medio desconfiada.

—Pronto mima, pronto —fue mi mentira piadosa. La necesitaba para irme sin llorar.

Besé a mi abuela en la frente, como si besara una vida entera que quedaría atrás para siempre. En aquel beso iba esa despedida que tanto odiaba. Me agaché un poco para mirarla a los ojos y recordé cuando era ella la que se agachaba para besarme la rodilla luego de una caída o arreglarme los cordones de los zapatos. Sus espejuelos empañados delataban que tenía alguna sospecha, pero no preguntó nada, se limitó a devolverme el beso.

Cuando el avión despegó, aquella mañana calurosa de agosto, Cuba quedó atrás. Sin embargo, una parte de mi abuela está aquí conmigo, porque ella habita en mí. Tal vez no tenga la oportunidad de volver a contar sus pecas, pero aquellos cuentos de mi infancia serán el legado que recibirán mis hijos. No hay mejor herencia.



Trayendo el pan (© Ernesto Reyes).

# Helado de paciencia

*Dagmara Ramírez Marcial*

Cuando vi a los ancianos entrar al local sonreí tiernamente. Habían ido, como nosotros, a tomar helado a un lugar con altos precios y poca fama. Aparentaban la edad de 80 años; pero, cuando les miré al rostro, percibí un brillo en sus ojos que se le atribuye casi siempre a adolescentes y jóvenes. Mis sensaciones eran de asombro, regocijo, piedad y felicidad, y no podía desviar la vista para otro ángulo. Ya teníamos alegría por el deseo satisfecho del helado de chocolate y en ese instante aumentó por la presencia de aquellos dos abuelitos que inspiraban al amor. La curiosidad me llevó a querer escuchar de qué hablaban, me parecía muy interesante la imagen que tenía desde mi mesa y que no era común en la ciudad de Matanzas, donde los jóvenes son los encargados de ocupar sitios fuera del hogar y las costumbres de los mayores son diferentes. Como eran muy discretos, solo pude encantarme con sus miradas de apoyo y sus sonrisas adornadas con dientes ficticios, parejos y blancos. Él le apretaba la mano con la suya temblorosa y ella le pedía con un gesto sutil que se terminara su copa de helado.

Salimos a la calle los cuatro, ellos primero. Ya estaba en el cielo un hermoso sol poniente. Mi amigo y yo no teníamos nada mejor que hacer, y les seguimos hasta el parque. De pronto, inesperadamente, ella se echó a llorar en los caídos hombros de su compañero. Nos detuvimos por el cambio incierto en el ánimo de los señores.

—Seguro se emocionaron —me dijo Ernesto.

—Deben llevar una carga pesada de tristeza —deduje luego.

Estando en el parque nos sentamos en el banco verde, justo al lado de la peculiar pareja, mientras conversábamos sobre nuestro futuro, imaginándonos en la tercera edad. En ese momento, suena un teléfono móvil que llevaba la señora en su bolso de tela colorida:

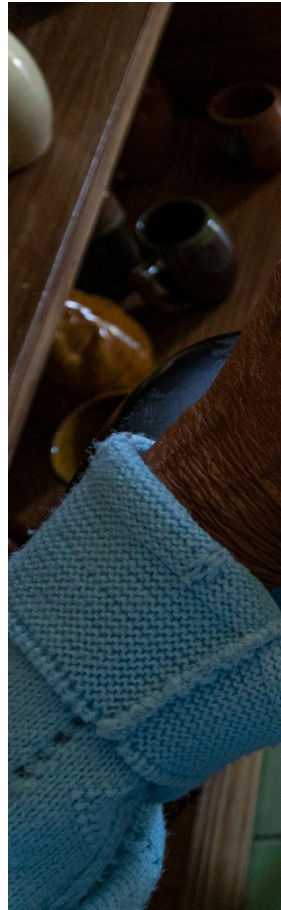
—¡Mi hijo! —respondió ansiosa la anciana.

Después de la corta conversación que sostuvo por teléfono, precisé que tenían un hijo fuera del país hace unos años, que lo extrañaban mucho y sufrían por eso. Pasaron unos minutos y se pusieron de pie, avanzaron hacia nosotros y nos dijeron con cierta dulzura:

—La misma paciencia que tuve esperando a mi esposo cuando se fue a la guerra en Angola, la ha tenido él conmigo cuando me he quedado acostada en la cama, sin ganas de vivir —nos contó la bella mujer.

—Hemos conversado y la comprensión nos ha llenado de energía para disfrutar lo poco que nos queda de vida —agregó el señor.

Creo que en el tiempo que estuvimos compartiendo el mismo espacio ellos advirtieron el interés que nos suscitaban. Lo que no saben, tal vez, es la grandeza que proyectan y la imagen de experiencia que queda guardada, lo felices que fuimos viéndolos tomados de la mano con la luz de las bombillas del parque iluminando cada una de sus arrugas.



# De olores y recuerdos

Laura Seco Pacheco



*Otra vez en mis manos (© Ernesto Reyes Estévez).*

De mi padre me queda el olor rancio de su sudor. De alguna forma terrible, mi cerebro decidió borrar casi cualquier otro recuerdo e instaló el olor de sus últimos días en mi corteza cerebral. No era el olor de la enfermedad ni del hospital ni

de los medicamentos asquerosos que le quemaban las venas dos veces al día, era el olor pasmoso de la miseria y el calor.

Mi padre murió con 76 años y tan solo quedaba el espectro del hombre hermoso que un día fue. Cuando joven, mi padre olía a colonia barata y crema de afeitarse. El vaho a alcohol en su aliento era también una constante. Su cuerpo parecía blindado al olor del sudor. De su juventud, también recuerdo sus brazos musculosos, su obsesión por mantener el cuerpo joven y su habilidad para realizar cálculos mentales.

Hasta los 60 lo tuvo todo y nunca le faltaron un Judas y un Pedro ofrecidos para cualquier servicio. Hasta los 60 fue importante y su sudor todavía no olía agrio.

Entonces enfermó de olvido. Todos lo fueron olvidando y él, por puro desagravio, los fue olvidando a todos. Los médicos, esos hijos de puta que quieren exterminar la poesía de este mundo, llamaron a su olvido Alzheimer. Por más que yo les explicaba que esa no era más que una venganza de mi padre contra el mundo por olvidarlo, ellos prefirieron recetarle medicamentos. Y así pasó sus últimos días: condenado a la desmemoria e intoxicado con químicos que de poco le valieron.

Pero el olor agrio no provino de los fármacos, sino del sudor de la pequeña casa con el techo bajo. Mi padre, que un día dirigió un ejército, pasaba sus días en un sillón de madera, sudando infame-mente frente a un ventilador viejo, con la puerta de la casa abierta para que entrara un poco de aire, sin pensar siquiera que también les daba vía libre a los ladrones.

Mi padre, con el pecho desnudo cubierto de vellos canosos y duros como alambres, con la boca semiabierto viendo las noticias, bebiendo las noticias, masticando las noticias, con la mirada perdida sin reconocerse a veces. Relatando las viejas anécdotas



de guerra, comiendo una y otra vez porque se le olvidaba la comida anterior, arrastrando ruidosamente las chancletas rotas por la casa, tropezando, cayéndose y sudando.

Mi padre sudando y apestando, destrozado por la desmemoria de los Judas y Pedros que un día le lamieron las llagas de los pies. Sin recordarnos la mayor parte del tiempo y con las venas hinchadas por los sueros. Sudando y sudando.

Yo quiero olvidar ese olor agrio porque me recuerda la indignidad de sus últimos días y me recuerda que apenas lo abrazaba para que no me contagiara el tufo. Su olor agrio y su frente cubierta de sudor, mantecosa, repugnante y caliente son, en mi memoria, el recordatorio perenne de la terrible hija que fui.

Sin título de la serie Olvidados (© Margarita Fresco).



# Los dientes que vienen después

*Anders Ariel Santana Alpizar*

Unas cuantas manchas en las manos. Manchas de vieja, dice ella, riéndose, quitándole peso a los setenta y tantos que le caen encima. Sonríe como ha sonreído siempre. Yo me remito a quererla, no me queda de otra, no pretendo no hacerlo. La quiero porque invariablemente siempre ha estado para mí. ¿Qué hacer, cuando de forma triste desaparecen los distantes escalones entre nietos y abuelos? La constancia de una familia heterogénea y exacta, no es común en esta isla. Nunca me ha aterrado; soy hijo de mi abuela.

Recuerdo aquella tarde que de forma inocente y temerosa se me acercó preguntando: “¿Qué crees de esto? Toca”, señalándose los dientes. “Toca, creo que están flojos”. Con mi índice tanteé suavemente sus incisivos inferiores, evitando su dolor. Estaban flojos y sí, le dolían mientras brotaba una saliva ensangrentada. “Ya sé, los pondré debajo de la almohada cuando se caigan, a ver si el ratón Pérez llega esta vez”. Nos reímos mutuamente. Ratón Pérez que nunca existió, que siempre supe que no existía. Eran ellos los que ponían dinero o algún regalo debajo de la almohada. Siempre fue poco, unas monedas, un billete de corta denominación, ¿qué haría un niño con cientos de pesos? Pero, hoy, ¿qué haría una anciana con cientos de pesos? La inocencia construye fantasías y la fantasía es esperanza.

Mudar sus dientes de leche simboliza la ruptura de la ignorancia para los niños. Asimismo, temer de pudor ante cualquier ofensa o apodo menos inteligente y novedoso que los ya dichos centurias atrás. Sin embargo, siempre existía la esperanza que a los meses saldrían los dientes que adornarían la boca eternamente. La eternidad, en este caso, era irrealizable, algo muy falso. ¿Qué dientes vienen después de los dientes que vienen después de los dientes de leche? Primero cae uno aleatorio, un cordal, un colmillo arriba, una muela abajo, y la sonrisa deja de ser bella para los estéticos más escrupulosos.

Anoche, por mera curiosidad e ingenuidad, sentí que debía revisar debajo de la almohada de mi abuela. Revisé y encontré un papel como envoltorio, dentro había un diente austero, limpio, sin rastro de sangre. Se lo cambié por un billete, uno simple, sin valor: un símbolo. Son los símbolos los que comparten la esencia del pasado y del futuro, multiplicándose en presente. Poco a poco fue así, cada semana se le caía un diente, y al cabo de tres meses la sonrisa lustrosa dejó de existir, dejó de ser. Rehusó ponerse prótesis, que para falsa la vida, y no ella.

Hoy con setenta y tantos, le restan cinco dientes en toda la boca. No hay pudor y no le molesta, cada vez que hay un chiste malo, una fotografía en blanco y negro o una remembranza de su esposo, reírse nostálgica o a carcajadas. El simple hecho de existir sabiéndose cada día menos en esta tierra, equivaldría para ella, según sus palabras, una sonrisa, aunque no tuviera un solo diente en la boca.

# Crónica de una ilusión

**Teresa Díaz Canals**

*“Ya están mis ojos cansados  
de tanto ver tantas cosas...  
Muy cansados y colmados  
de lágrimas que no brotan”.*

FLOR LOYNAZ (Cansancio)

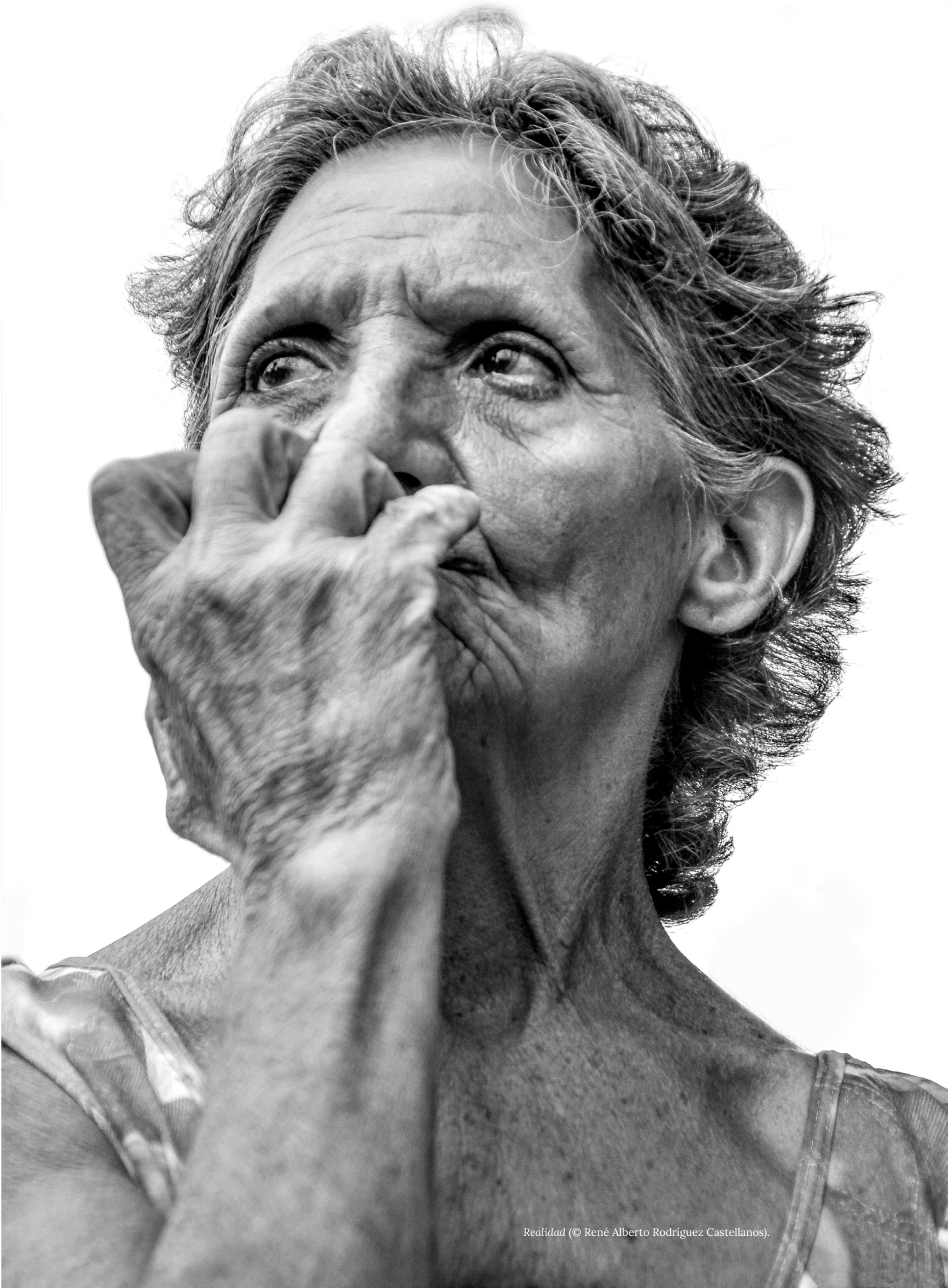
Estoy a punto de cumplir sesenta y seis años. Ni de niña recuerdo un cumpleaños completamente feliz. Creo haber escuchado a mi madre, alguna vez, decir que a veces lloraba en las fiestas. Al graduarme en la universidad, laboré allí. En esos cuarenta años de trabajo mi vida fue agónica, con excepción de algunos momentos, cuando disfruté hacer el doctorado sobre el siglo XIX cubano y su eticidad. Significó alejarme de la realidad pura y dura, de mi extrema delgadez en la década de los 90, olvidé la difícil educación de un hijo como madre divorciada, la ausencia de una cama, de cosas elementales para vivir. Al leer, evadí la humillación de que alguien me pidiera que me vistiera mejor, que buscara una pareja, para impedir así criticar lo que no aceptaba. Los libros me hicieron superar situaciones inimaginables, como el acoso de un viejo profesor, la venta de ropa usada como modo de sobrevivencia en un parque y la llegada de una estudiante:

“¡Profe!”. Hubiera deseado que la tierra me tragara. Después de jubilarme, prescindieron de mí, a partir de la pandemia. Este acontecimiento les fue oportuno para suprimir a alguien que no optó por el servilismo y la sumisión. Hoy espero una respuesta positiva que me otorgue la condición de emigrada, que permita compartir en familia esta etapa última de mi vida, alejarme del absurdo y la infamia. Quiero creer que Dios me dará la oportunidad de celebrar otro aniversario con afecto, en la paz de la verdad. Repito, con Dulce María Loynaz:

*Dime, Señor, [...]*

*qué hago yo en esta hora [...]*

*con mi desesperada esperanza...*



# Parte II



**La voz**  
**de los**  
**60**

Parranderos (© René Alberto Rodríguez Castellanos)



# La vejez que nunca esperamos

*Inés Caridad Casal Enríquez*



Para tener un juicio adecuado y justo sobre la vejez, el envejecimiento y el ejercicio de los derechos de las personas mayores en Cuba, se necesitaría ser un especialista en Sociología u otra disciplina relacionada y haber hecho una investigación seria al respecto. Pero como lo que se pretende en este espacio es buscar opiniones desde la experiencia personal, algo que me resulta válido e interesante, con mucho gusto comparto mis criterios.

Creo imprescindible mencionar las circunstancias en las que me tocó vivir y el proyecto social conocido como Revolución cubana, que ha ocupado casi mi vida entera y que marca mi vejez. Mi vinculación al proceso revolucionario ocurrió como era usual en aquellos momentos. La mayoría recibió a Fidel con júbilo y se incorporó a un proceso que prometía traer libertad, bienestar y justicia social al país. Y la mayoría creyó de corazón en lo que hizo. Al menos ese fue mi caso. Me gusta mucho una frase de Eliseo Alberto en su libro Informe contra mí mismo: “Los persua-

dieron o nos convencimos: en este caso el sujeto omitido resulta insignificante. El verbo tampoco cambia los predicados. El resultado es idéntico”.

Con la Revolución y con Fidel ocurrió, a mi modesto entender, lo que suele ocurrir con un líder y su proyecto cuando pasa de un período de efervescencia, en donde está claramente establecido que hay una verdadera revolución: algo que viene a revolucionarlo todo, a trabajar por un país mejor, con mejores oportunidades para todos, con mayor justicia social, y de pronto se ralentiza, se estanca, se vuelven demagógicos los discursos. Ya no hay esperanzas verdaderas, ya no hay confianza en el futuro.

Y aquí estoy, sesenta y dos años después de ese 1 de enero de 1959, con más de 70 años, pensando en que, desde el punto de vista económico, no me ha ido tan mal, sobre todo porque he podido garantizar que mis dos hijos hayan estudiado y tengan una profesión que debe ayudarlos a seguir adelante; pero con la terrible decepción de que no fue este país destruido, social, económica y moralmente, el que yo soñé dejarles a ellos y a mis nietos.

De forma general, los ancianos en Cuba no tienen opciones: sus jubilaciones no les alcanzan para lo más básico; generalmente viven con sus descendientes, muchas veces en condiciones de promiscuidad, por la situación crítica de la vivienda en el país; casi no existen asilos o casas de abuelos donde refugiarse, cuando se quedan solos al final de sus vidas; los programas de asistencia social son muy pocos y mediocres.

Las excepciones a esta regla solo vienen a confirmar su validez y se trata de casos que, o bien pertenecen a una cúpula del poder o cercana a él, o son personas que, por determinadas razones — nunca asociadas a una trayectoria laboral clásica— se encuentran en un grupo privilegiado.

Pero, para mí, la verdadera aflicción de haber llegado a la vejez en nuestra patria tiene otro componente no material y mucho más doloroso.

Si al final de una vida llena de trabajo y sacrificio tenemos que recurrir al apoyo de nuestros hijos para subsistir —estén dentro o fuera del país—, queramos reconocerlo o no, sentimos vergüenza y bochorno.

Cuando vamos en contra de nuestros más sinceros principios de honradez y decoro, y le pedimos a nuestros hijos o a nuestros nietos que callen su manera de pensar para que no se busquen problemas o no nos los busquen a nosotros, yendo incluso en contra de lo que les hemos enseñado a lo largo de sus vidas, nos sentimos hipócritas e indignos.

Cuando no podemos dejar de pensar en la felicidad y la salud de los hijos que se encuentran lejos, nos hundimos en la soledad y la desesperación.

Y cuando vivimos con el alma en la garganta, pensando en lo vulnerables que son nuestros hijos solo por ser honestos y hablar sin hipocresía, sentimos un dolor inimaginable, mezcla de culpa y decepción.



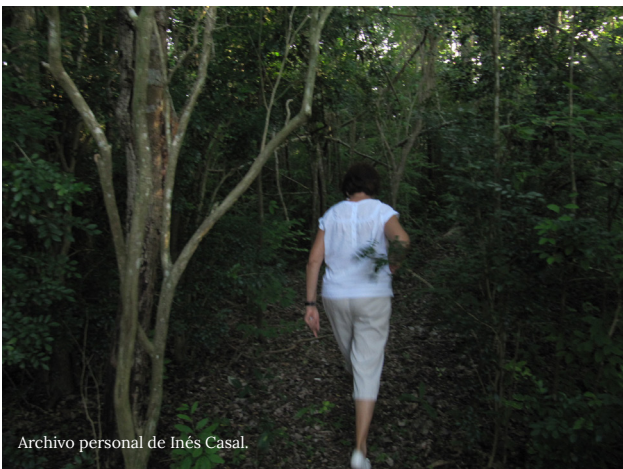
LA VEJEZ QUE NUNCA ESPERAMOS



Archivo personal de Inés Casal.



Archivo personal de Inés Casal.



Archivo personal de Inés Casal.



Archivo personal de Inés Casal.

# Rostros de nuestros viejos

*Fidel Gómez Güell*

En las vidrieras de las tiendas inaccesibles en dólares o en los charcos de agua sucia de los barrios marginados se reflejan, al pasar, las caras de nuestros viejos, como si fueran reliquias del pasado. A veces, pareciera que la sociedad se ha olvidado de ellos. Por las ciudades deambulan, el paso vacilante, la mirada al suelo, mientras la vida transcurre a sus alrededores y se les escapa de las manos como el tiempo. La vejez en Cuba tiene muchos rostros. Hemos intentado contar sus historias a través de algunas imágenes cotidianas de nuestra realidad. Bajo el sol del trópico las texturas de esas pieles negras, mestizas y blancas son como heridas de guerra, marcas de una vida que ha sido desproporcionadamente dura.

El anciano triste, el viajero, el luchador, el mendigo, y otros casos que se repiten a lo largo de la Isla, son personajes comunes que pululan en las calles o pueblan nuestro imaginario como arquetipos cotidianos. Ellos emergen desde el anonimato en estas fotografías, con los rostros desgastados y afligidos. En otros tiempos dieron cuanto pudieron por su familia, por el futuro, por el sueño de la justicia social y ahora, al final de sus vidas, han sido anulados de la ecuación del bienestar. Hemos pretendido revelar parte de esas realidades entre las luces y sombras de estas imágenes cuyas historias, de no ser captadas por el lente, se perderían para siempre como un silbido en la tormenta.

## El viajero

El viajero no tiene un rumbo definido, su signo es el movimiento. Deambula sin coordenadas ni destino. Sabe que ya no irá a ningún lado, pero ha decidido no quedarse quieto. No quiere terminar sus días en un sanatorio tras barrotes de hierro, eso para él sería lo mismo que estar preso. Su casa es la ciudad. Se alimenta de lo que puede, cuando puede. Duerme en cualquier lugar donde la policía no le moleste. Algunas veces, bajo la lluvia, comparte su espacio con los perros callejeros. No posee bienes materiales y ha prescindido hace mucho de sus antiguos hábitos higiénicos. Sabe que algún día se quedará dormido para siempre en algún rincón oscuro de la ciudad; pero, en su cabeza, es un hombre libre.

## El mendigo

El anciano que ha caído en la mendicidad ya no tiene nada. Vive sus últimos días en medio de la pobreza más abyecta. Come poco, duerme donde ha podido instalarse gracias a la caridad de algún buen samaritano y ya no espera nada de la vida. Alguna vez intentó acumular bienes para asegurarse la vejez, pero la realidad le golpeó muchas veces y él se conformó con mantenerse vivo. Recibe una exigua ayuda en alimentos que le alcanza a duras penas para el día. Aunque le queda algo de salud, ya no siente ganas de trabajar, pues sabe que un triste salario no lo va a sacar de su miseria.

## El luchador

Ya no le molesta cuando los jovenzuelos del barrio le dicen jinetero, medio en broma, medio en serio. Hace mucho que se dio cuenta de que su pensión no le alcanzaría para pasar una vejez digna y se puso a vender periódicos y tabacos a los extranjeros en las calles de la Habana Vieja. La policía lo ha amenazado varias veces con meterlo al asilo, le dicen que es ilegal lo que está haciendo, pero eso ya no le importa mucho. El sentido de su vida es “la lucha”, es lo que hace todos los días y planea hacerlo hasta que ya no le queden fuerzas.





© Fidel Gómez Güell



© Fidel Gómez Güell





## El hombre nuevo

Hizo todo lo que le pidió la Revolución. Se instruyó en un oficio útil para el país, se fue a combatir a Angola cuando se lo pidieron. Participó en desfiles, trabajos voluntarios, zafras y guardias del Comité. Durante años confió en que el Estado sabía lo que hacía con su vida y, por tanto, se entregó en manos del sistema. Desde la escuela primaria le dijeron que su generación sería la del hombre nuevo. Hoy vive en un depósito de materiales reciclados de la basura que no le pertenece, no ha visto nada del futuro luminoso que le prometieron los líderes, ya no cree en el Gobierno.





## El emigrante

Cuando le dicen palestino, recuerda que no pertenece a esta ciudad; sin embargo, siente que entre cubanos no debería haber fronteras. Ha vivido gran parte de la vida fuera de su Santiago natal, pero lleva su tierra en el corazón. Se fue porque no encontró cómo prosperar allá, ha recorrido mucho el país y se siente un poco “ciudadano de toda Cuba”. El emigrante vive lleno de nostalgia, haciendo los trabajos que nadie quiere y extrañando a los suyos. Cuando se sienta demasiado viejo, volverá para morirse donde están sus ancestros.



© Fidel Gómez Güell

## El soñador

Cientos de veces le han pedido que claudique, que abandone sus sueños y se dedique a buscar el dinero con sus conocimientos sobre la pesca, los animales y la agricultura local. Mariano es un incomprendido. Más de una vez lo han dejado solo por eso. Sin embargo, él ha hecho florecer un proyecto comunitario para sobrellevar la pobreza en su comunidad, que ha sido inclusivo y hermoso, en otros tiempos. En estos momentos, está pasando por una etapa difícil en su relación con las instituciones y por la necesidad de recursos para trabajar. Se siente un poco como El Quijote contra los molinos, pero esto no le impide seguir creando, soñando y haciendo.



© Fidel Gómez Güell

# La decepción

Fidel Gómez Güell

Cuando era niña, allá por los 60, creía que sería novia de Fidel. Desde el principio se “montó en el carro de la Revolución” y estuvo dispuesta a entregar sus mejores años por el bien mayor en que creyó. Con el tiempo, ha visto cómo todas las cosas en las que creía han dejado de tener sentido para ella. Siente que el país ha dado una vuelta en círculo y que, de alguna forma, la engañaron. Por eso, hace ya tiempo le dio la espalda al proceso y se ha dedicado solo a vivir y envejecer.



© Fidel Gómez Güell

## La enfermedad

En su delirio, llamaba a seres del pasado, vivió sus últimos años rodeada de fantasmas. La casa por la que trabajó toda su vida se había convertido en un motivo de disputa en su familia, que esperaba con paciencia su muerte. La demencia senil avanzada fue una especie de blindaje psicológico contra el dolor de sus últimos años. Como Bebita, muchos ancianos en Cuba esperan la muerte junto a su ventana sin más consuelo que la certeza de que, algún día, dejarán para siempre ese cuerpo enfermo en este mundo.



## La tristeza

Hace mucho que no ve a sus hijos, a algunos de sus nietos aun no los conoce, sabe que no tiene nada que legarles y, por tanto, nadie se preocupa por él. Viejas peleas familiares del pasado le han dejado un hueco de tristeza en el pecho. Extraña mucho aquellos años en que era un obrero portuario fuerte y jugaba con sus pequeños en las tardes, al llegar del trabajo. Su vida está marcada por la tristeza. En la esquina de su cuadra vende periódicos todos los días y ve el tiempo pasar con los ojos llenos de recuerdos.





© Fidel Gómez Güell

## La soledad

No les queda nadie en este mundo. Sus seres queridos se les fueron hace mucho. A veces pasan semanas sin hablar con alguien, hasta que algún conocido les saluda en la calle o el mercado. Se han acostumbrado a la tristeza y a los recuerdos. Hacen exactamente lo mismo todos los días. No tienen un lugar donde compartir su soledad con otros ancianos como ellos, pues en sus comunidades la atención a las personas mayores no es una prioridad para las autoridades. Están solos, solos y olvidados.







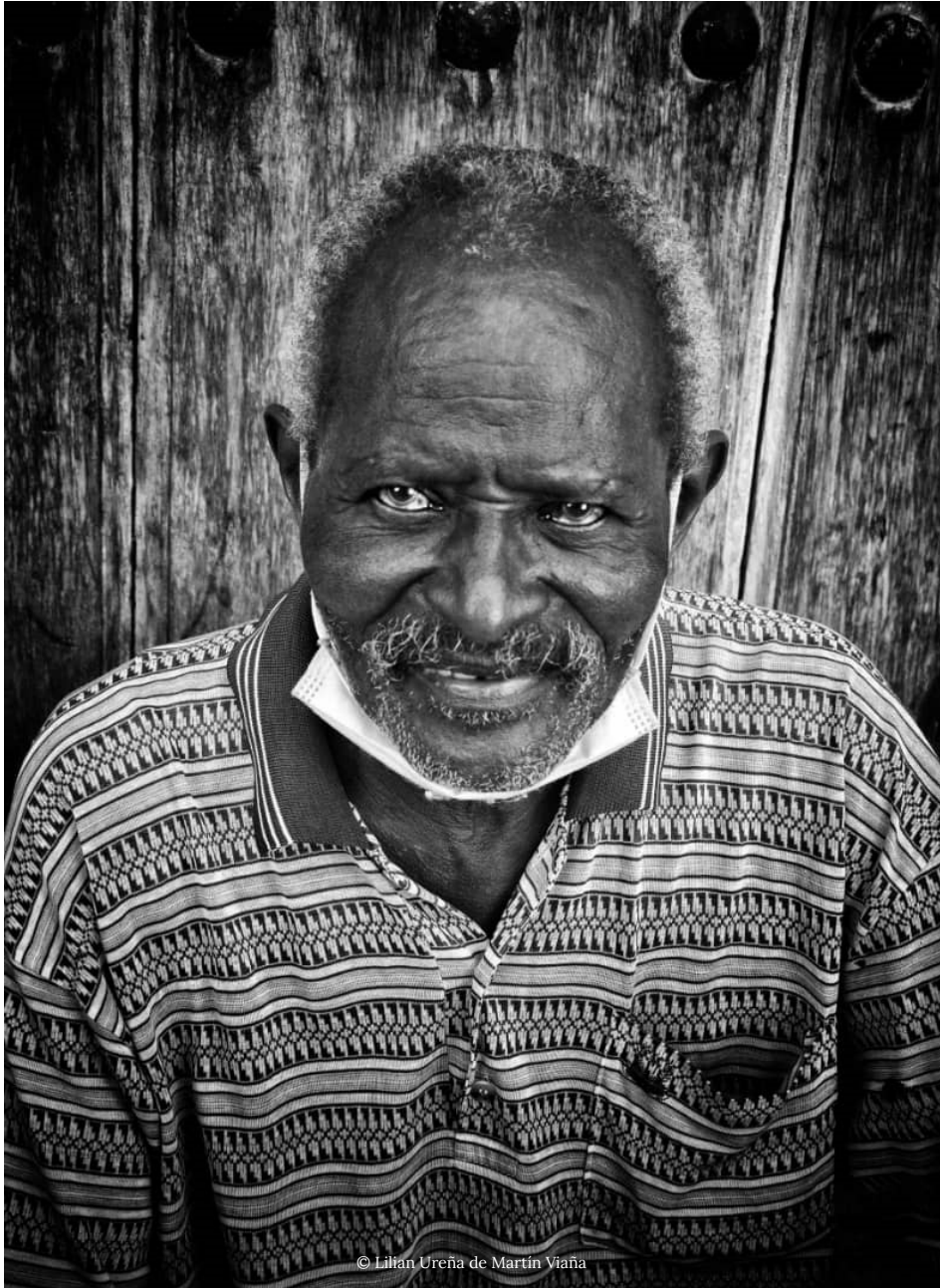
# Anselmo, Orlando y Ernesto: relatos de la vejez

*Lilian Ureña de Martín Viaña*

*“No hay razón para tomar una  
fotografía de un ser humano si  
esta no lo ennoblece”*

SEBASTIAO SALGADO

# Anselmo



© Lilian Ureña de Martín Viana

“La vida no es fácil pero tampoco difícil”. Esta es la frase con la que me quedo de este hombre de 70 años que ha dado su vida por la Revolución y ahora tiene que subsistir vendiendo los cigarros de la bodega. Es extraordinaria la esperanza y la amabilidad de este anciano, pero también su decepción.

A pesar de ser yo quien debía acercarme a él para entrevistarle, fue él quien llamó mi atención. Me dijo: “Doctora”, a lo que yo respondí que no lo era, pero que sí había estudiado Medicina durante más de tres años. Así comenzó una conversación de más de una hora, en la que me comentó que había sido técnico de tanques en Angola y que había visto a muchos jóvenes morir —muchos, amigos suyos—. Sus ojos se llenaron de lágrimas y me confesó la decepción que sentía al haber apostado tanto por este régimen, que no le había dado nada; de hecho, le había quitado las posibilidades de tener una vida mejor. A sus 70 años y con una mujer más joven que él, que no trabaja y no posee ingresos, se mantiene solo con la pensión de jubilado que Anselmo recibe y el poco dinero que obtiene al vender los cigarros y tabacos de la bodega. Siempre va con un poco de bebida alcohólica casera elaborada por él en un pequeño pomo que cabe en su bolsillo, arguyendo que eso le da calor a los huesos y alegría al corazón.

Anselmo, a pesar de lo que puede parecer a simple vista, intuyo que es feliz. Tiene una hija que no llega a los 18 años y otros dos hijos, que viven algo lejos; todos con mujeres diferentes, me confesó con una sonrisa. Se lleva bien con los vecinos, muchos de ellos lo saludan al pasar. Un muchacho de 19 años es especialmente cercano a él. A menudo va a charlar y a contarle sus problemas: recién acaba el servicio militar pero no encuentra trabajo y su padre y los amigos de su padre son alcohólicos; de todos, parece el joven el más responsable. También una niña de unos 9 o 10 años, con un piercing en la nariz y ropa ajustada y corta, saluda a Anselmo con especial cariño y le ofrece pastelitos.

Así, Anselmo me insta a continuar, a no rendirme en la vida, pues “no es fácil pero tampoco difícil”. Vaya testimonio es este hombre, agradecido a pesar de su situación actual, con una sonrisa un domingo de desidia cualquiera en La Habana.

# Orlando



© Lilian Ureña de Martín Viana



Me topé con él en la calle 23, a mediodía, cuando muchos transeúntes se amontonaban en el paso de cebra. Extendía sus manos, mientras su tórax estaba en una flexión hacia delante, casi parecía un monje budista. Me acerqué a él y enseguida me percaté que, a diferencia de Anselmo, este señor sí vive en la calle. Tiene 84 años y desde hace unos sesenta no tiene hogar, pues me contó que se vio envuelto en un embrollo familiar en el que le acabaron quitando su casa. Así vive desde entonces, mendigando en las calles, pero no desea ir a un sitio donde recogen indigentes y les dan cama y comida, pues dice que son horribles. En “Las Guásimas”, según Orlando, las camas tienen chinches y la comida se la roba el personal que trabaja ahí, no vale la pena quedarse en un lugar como ese. Tiene una hernia inguinal que le impide caminar bien y se encuentra a la espera de operación.

Orlando no tiene hijos, ni familia, duerme en un parque —creo que se refería al que tiene la estatua del Quijote— y prefiere mantenerse en esta vida. Fue muy agradable hablar con él, pero a la vez triste. Fue uno de esos eventos que nos sacuden la existencia y en los que nos percatamos que tenemos mucho en comparación con otros que tienen tan poco.

# Ernesto



© Lilian Ureña de Martín Viana

Ernesto tiene solo 66 años, aunque a simple vista parece tener mucho más. Anda muy sucio a pesar de tener casa cerca de la iglesia de Reina. No trabaja desde hace varios años, ya que ha presentado varias enfermedades; actualmente tiene una hernia inguinal. Su mujer falleció hace nueve meses (con 50 y tantos años) y fue víctima de un accidente vascular encefálico, por lo que las secuelas la dejaron con muchas limitaciones motoras en sus últimos meses de vida. Tanto fue así, que “la tuvo que enterrar” en posición fetal y con la vestimenta que la recubría a modo de sábana, pues era imposible vestir al cadáver.

A Ernesto se le notaba triste, con cataratas en los ojos y apenas un diente, mendigando y extremadamente sucio. Refirió que el dinero de mendigar era para comprarse algún helado o dulce y que no tenía nada que hacer en la vida. Estaba a la espera de que la iglesia evangélica a la que asiste le pudiese ayudar y dar algún trabajo que hacer. Comentó con algo de alegría que los cultos volverían a celebrarse todos los días en la noche, por lo que podría mantenerse ocupado en ese horario. Sonrió con su solo diente para la foto. Nos despedimos con una alabanza a Dios y una última sonrisa por parte de ambos.

Archivo personal de Ingrid Arenas.



# La vida es bella

*Ingrid Arenas González*

Llevo años, muchos años cuidando a Tita. Antes me escapaba a menudo y me desconectaba de la responsabilidad y el trabajo que lleva ocuparse de una anciana que depende absolutamente de otra persona. Hoy los niños están más grandes, por lo cual necesitan más atención y ni Rosy ni yo podemos solas con todo lo que hay en nuestra casa. Hay días que para que Tita se tome seis onzas de yogurt tengo que estar 15 minutos repitiendo “abre la boca, ciérrala, traga”, y voy en una montaña rusa de la desesperación a la compasión, de la rabia al amor, del llanto al canto. Despierto muchas veces en la noche, ante cualquier lamento, reviso que no esté mojada, que no tenga un brazo en mala posición, le doy agua por si lo que tiene es sed y regreso a intentar dormir, porque no está en nuestras manos la solución.

Hago catarsis escribiendo y pido que, quien no haya pasado por estas situaciones, no critique a quien ponga a sus familiares queridos en un hogar de ancianos. Yo no lo haré, me dedicaré a Tita hasta el último aliento de ella, pero justifico totalmente a quien no lo haga.

La vida es bella.

Archivo personal de Enrique Guzmán Karell.





# Papá el hombre de mi vida

*Enrique Guzmán Karell*



Mi padre se escapó de la casa a las 3:00 a.m. de hoy. Y digo que mi padre se escapó de la casa porque una persona disminuida por un Parkinson que no cede no sale de su casa, sino se escapa. Como la falta de sueño ha sido el efecto colateral, el daño más constante que ha vivido mi padre desde que arrastra esa enfermedad, la lógica detrás de su salida era que iba a la farmacia a buscar benadrilina, pues sin ese fármaco no puede dormir.

Sí, iba a la farmacia... En Cuba. Hoy.

Mi padre no sabe, no puede recordar, quizás ya tampoco entender, que en la farmacia no hay benadrilina. Tampoco alprazolam. Mi padre no sabe que la farmacia está bastante o completamente vacía desde hace rato. Ni creo sea consciente que ha sido durísimo sostener su consumo de levodopa-carbidopa, esa droga difícil para los anaqueles cubanos.

Yo nunca le conté a mi padre que me llegan sus pastillas desde el noroeste de Estados Unidos, desde una ciudad muy lejana, gracias a la sensibilidad de un amigo que él no conoce, y que llegan a La Habana muy a pesar de las infinitas limitaciones y trabas en los envíos hacia el país tranquilo, ordenado y justo que él ve en el NTV de todos los días. En la comprensión de mi padre, alguien que todavía me guarda los diarios Granma de anuncios importantes, sobrevive la idea de que en la farmacia habrá no solo colas de personas soñolientas y pobres, sino medicinas.

En el periplo nocturno de hoy de mi padre, en medio de su fuga, caminando por un Vedado a oscuras y lleno de obstáculos, se cayó siete veces, una de ellas en un charco habanero del que habría que imaginar profundidad y niveles estables de putrefacción, pero del que quizás nunca sepamos su real ubicación pues son más los charcos que medicinas en las farmacias. Por fortuna, y siete caídas mediante, un vecino lo recogió, lo ayudó y supo conducirlo a casa.

Durante el día de hoy, mi padre hizo otros dos intentos de fuga que yo no sabría cómo controlar o atajar. No solo porque vivo



fuera de La Habana y de Cuba, sino porque, aun viviendo en su misma casa, sería una actividad un tanto complicada de ejecutar.

Acá doy todas las garantías de que el número de caídas que cuenta mi padre es lo más objetivo y exacto de esta historia. No importa que sus capacidades motrices y mentales estén disminuidas. No importa el Parkinson. Sus números son los que son, pues han sido aceitados y entrenados durante ochenta largos años. Baste decir que hablamos de alguien que te dice, como comentario obvio y común, que el teléfono sonó cincuenta y siete veces, las aspas de la lavadora dieron ciento trece vueltas o que durante el almuerzo comió treinta y una cucharadas de sopa y diecinueve de durofrío.

Con él, las estadísticas y los números son verdad verdadera, una obsesión, una pasión a la que ha dedicado su vida. Algo solo comparable al amor y al compromiso demostrado a sus cuatro hijos.

Mi padre necesita alprazolam y benadril para poder dormir, pero es incapaz de pedirme esto, aquello o lo de más allá. Y como siempre ha hecho ante cualquier necesidad, se arregla como puede y sale a buscar la solución.

Mi padre, mi único héroe, el mismo que me despertó durante años: “Enriquito, mijo, faltan tres minutos para las siete... Enriquito, son diez pasadas las siete, vas a llegar tarde...”, hoy es la demostración de que los hijos terminamos siendo padres de nuestros padres, que de alguna forma todo regresa y que un padre ya disminuido se puede escapar de casa, pero no del tiempo.



# Mi mamá, la que siempre cuida

*Verónica María  
Perdomo Álvarez*



Hoy quiero compartir con ustedes la historia de mi madre.

Mi mamá se llama Marielys, nació en 1965, fruto de un matrimonio feliz entre mis abuelos, quienes ya en ese entonces llevaban varios años de casados y contaban con una hija de 3 años. El nacimiento trajo alegría a la casa, fue una niña deseada y amada desde el primer momento. Su infancia la relata con mucha felicidad, la recuerda como una etapa de unión familiar.

En sus años de estudio destacó por ser muy inteligente y activa, le encantaba participar en todas las actividades, era, lo que se dice, una niña extrovertida. Al terminar el bachillerato, ingresó a la universidad para estudiar Ingeniería Pecuaria. Según sus propias palabras, fueron los mejores años de su vida, rodeada de amigos y amores, que aún recuerda con anhelo.

Termina la universidad con 23 años y, a los 26, se casa con quien sería hoy mi padre y tienen su primer hijo, mi hermano, y seis años después me tiene a mí. Desde que tengo uso de razón y, hasta hace apenas unos pocos años, mi madre siempre había sido una mujer feliz. Recuerdo que le encantaba bailar casino cada vez que tenía la oportunidad, ponerse bonita los fines de semana, ir a la playa cada verano y celebrar las navidades en familia. Una mujer bastante normal. Esta situación, sin embargo, cambió de manera radical hace tan solo cuatro años atrás, cuando mi abuelo, debido a su avanzada edad, enfermó de gravedad.

Como consecuencia de su estado de salud, mi abuelo presentaba a ratos cuadros de irracionalidad, se comportaba muy raro y no en pocas ocasiones se ponía muy agresivo, algo muy común en las personas que van perdiendo, como se dice popularmente, la cabeza. Cuando la situación se comienza a agravar, enseguida se determina que mi abuelo debe recibir cuidados especiales debido a su estado y quién mejor que sus hijas para realizar esta tarea que conlleva tanto amor y sacrificio. Para sorpresa de todos, cuando llegó la hora de tomar una decisión al respecto, la hermana de mi mamá, mi tía, se desentendió por completo de su responsabilidad. Fue justo ahí cuando la vida de mi madre pasó a convertirse en un “sin vivir”.

Mi mamá asumió por completo toda la responsabilidad de mi abuelo. Se dedicó día y noche a su cuidado, centró su vida en sus necesidades y, poco a poco, se fue olvidando de las suyas. Comenzó a girar en torno a él; todo lo demás perdió relevancia para ella, vivía por él y para él. Al pasar el tiempo, comenzamos a notar que el estado de salud de mi mamá se estaba deteriorando, ya no era la misma, estaba apagada, se le veía deprimida y muy ansiosa, pasaba días llorando y temblaba por la ansiedad. Mi mamá también había enfermado, presentaba el síndrome del cuidador. Para aquellos que no lo conozcan, este síndrome ataca a aquellas personas que sufren el desgaste físico, psicológico y de su salud en

general debido al cuidado constante y continuo del enfermo. Se caracteriza por la presencia de estrés, ansiedad, depresión, irritabilidad, insomnio, apatía y pérdida de apetito. Mi mamá comenzó a presentar todos esos síntomas, acompañados por un sentimiento de soledad y un constante miedo a lo que pueda pasar.

Lamentablemente, mi abuelo falleció unos meses después del inicio de su enfermedad. Mi mamá, pasado el tiempo, se fue reponiendo, pero ya nunca más volvió a ser la misma. Por circunstancias de la vida, es ley de la naturaleza que las personas envejecan y de nuevo hoy mi mamá se encuentra ejerciendo el papel de cuidadora, o como a ella le gusta decir: de hija. Ella dice que los hijos tienen que ser agradecidos con sus padres y hacer por ellos.

Hoy mi mamá cuida de mi abuela. Esta vez, tampoco tuve el apoyo de mi tía, pero aun así se levanta cada mañana y saca fuerzas de donde no le quedan, y sí, sigue estando enferma. Con el tiempo ha empeorado considerablemente, ya no le gusta hablar con nadie, ni salir de casa, dejó de preocuparse por su apariencia personal hace mucho y su vida propia la dejó olvidada en algún rincón. Ahora mi mamá no baila, hace años que no ve el mar y perdió la ilusión por las navidades. Aunque su esperanza de vida no ha muerto, siempre dice que un día todo volverá a ser igual, si Dios así lo quiere.

# Descasado

*Pedro Manuel González Reinoso*

Es diciembre otra vez, en la isleta. Cada mes más “de peña pobre”. Cada día más y más gris el entorno.

Los desprovistos pululan —y hasta deambulan— cuando han comido algo,— y restan fuerzas. Afuera hace un invierno insincero.

Creíamos “las masas”, con tan empecinada ilusión, que, como nos prometieron, “habría para fines del año mejorías”. En verdad no especificaron cuáles, para quiénes, o en qué.

Quizá por ello, seamos todos culpables de la ingenuidad que siempre será “baluarte invencible de la Revolución”; el más prístino, ¿quién sabe?

Porque 2022 ha sido especialmente cruel “con los humildes y para los humildes”. Suerte de corolario triste son las regresiones. Crece allende cada casa un ejército de desencantos, en forma de figura humana.

Para que pudieran emigrar los sostenes posibles, hubo que vender hasta el techo. En nombre del amor filial.

Nuestra casa es nuestra patria. Enuncio.

(Parecería el decirlo otra “deconstrucción derridariana”: el “resumen cartesiano” de la “exponencialidad deliberada”. ¡Dios! Pido perdón por este horrendo galimatías, quise expresar “cuán frágiles somos” haciéndome el erudito, pero no supe.)

La indigencia, consecuencia del abandono familiar, ha crecido a niveles escandalosos. Claro, eso solo es perceptible puertas aden-

tro. Porque “el país avanza, y eso les duele”.

Sí. Duele verles bregar, andar sin hogar, como si el “tránsito definitivo hacia otra vida” —la menos dolorosa— debiera hacerse inexcusablemente “por la calle del medio”.

Con tal vulnerabilidad dicotómica —no la que engorda vientres mandantes “a chaquetón quitao”— ya no les habita ningún “luminoso mañana”.

La única “gloria” no es “la que se ha vivido”, sino un difuso nombre de mujer, tal vez. Alguna amada. Otra bendita quimera.

*Una larga siesta* (© Carlos Daniel Díaz Montero)





Mirando esta foto de vecino remediano —vivo en Caibarién, puerto perdido—, me hizo recordar un “poemita” que escribí, hace exactamente medio siglo, recién cumplidos mis 13.

Entonces creía, con la mayor seriedad del mundo, que algún día sería “poeta”.

Me lo inspiró un hombrecito medio cuerdo de mi pueblo, que solía itinerar, pidiendo casi. Pues nada le faltaba, excepto amor.

(Jamás lo intitulé. Hoy lo rescato, no sin cierta modorra y con muy poca vergüenza.)

\*\*\*

“Vengo de lejos”, musita El Amarillo.

Trae las espaldas marchitas, los pies cansados.

El hambre le ase por la cintura macilenta, acosa su moral: todo vacío.

Me mira con desgano en un paneo, del que no se vislumbra un punto fijo.

Sabe que lo observo.

Mientras se para un instante a por aliento, aliña las tres greñas que le cuelgan, con unos dedos renegridos y náufragos caídos del sombrero.

“¿Qué miras?”, inquiera socarrón.

Le digo: “Nada”. Y se sonríe. “¿Tienes hambre?”, prosigue él, indiferente.

Entonces soy yo, que sonrío.

Se gira sobre el cuerpo enjuto de colores imprecisos buscando algo, cuando,

del desvaído jolongo asoma un mendrugo, acaso un pan,



y con los mismos dedos que ahora rebosan luz apuntando arriba  
invita:

“¡Come! Es navidad. Y Ella se ha ido...”

El aire nos trae reminiscencias nerudianas:

“Todo, amigo, lo he hecho para ti, todo esto que sin mirar verás en mi estancia desnuda, todo lo que se eleva por los muros derechos, como mi corazón, siempre buscando altura [...] ¿te sonríes amigo? ¡Qué importa! Nadie sabe entregar en las manos lo que se esconde dentro [...] que en mi heredad vacía aquel amor perdido, es una rosa roja que se abre en silencio”.

Le recité, de memoria, seguramente mal. Era el final del falso otoño insular, y se intuía.

Tras atracarnos, rompimos los dos en carcajadas.

# Las ganas de irse de aquí

*Yunet Alfonso Companioni*

Yusimí está gastando demasiado en “paquetes” de Internet. En lo que va de mes ya ha comprado seis. Ha vendido hasta el arroz de la bodega; total..., su abuela come puré y ella con un pan es feliz. Lleva ocho años ya encargándose de su abuela y, aunque estudió “para ser alguien en la vida”, terminó aprendiendo a poner inyecciones de insulina, limpiar escaras y cambiar pañales. Yusimí necesita un patrocinador. No sabe con quién va a dejar a su abuela, pero ya va para una década de vida perdida haciendo por ella y necesita aprovechar ahora que hay esta nueva manera de salir de aquí, porque entre palangana y palangana de ropa a lavar, ella necesita sacar la cabeza y respirar. Sacar la cabeza de esta palangana llena de agua que cada día la ahoga un poco más y le quita más tiempo de vida.

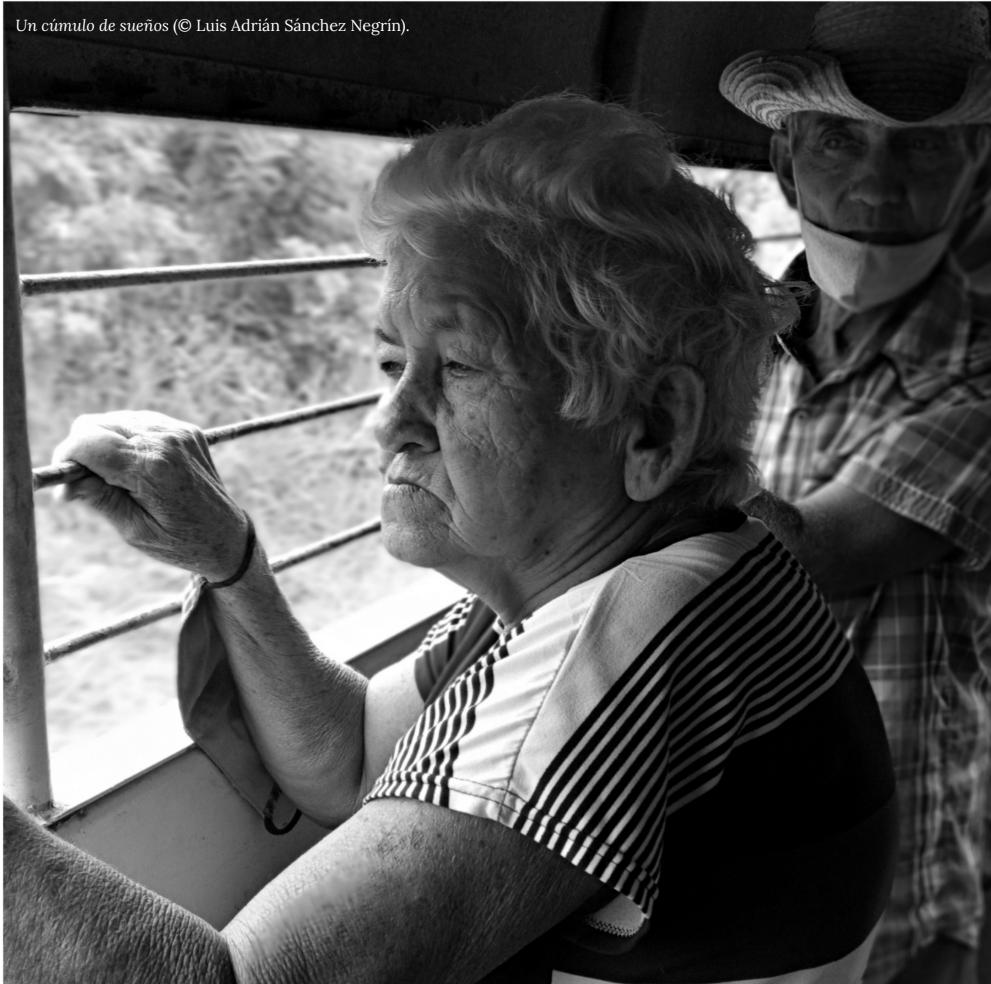
Arelys está tratando de refloatar su negocio desde que su esposo se fue y se lo puso en las manos. Con un niño auestas es difícil, más si ese niño ni siquiera tiene un círculo infantil. Se pasa el día pendiente a su hijo, a su negocio, a su esposo afuera, a su suegra aquí. Su familia le dice que cada día está más flaca y ella cierra la boca, pero vive con mil miedos. Miedo a que su esposo pierda el interés por aquello de la distancia, miedo a que su suegra sienta que ella anda detrás de alguien más y le joda una relación que no podrá remendar estando tan lejos, miedo a que su hijo se enferme y tenga que ingresarlo ella sola, miedo a que la placa del cuarto acabe de colapsar y ella también tenga que ocuparse de eso, miedo a que se termine de caer el negocio que tiene, un negocio para el que no tiene tiempo, ni ganas, ni materias primas, ni altas ganancias, pero es lo que la mantiene a flote.

Mari está arreglando el baño de su casa, dice que ya se cansó de las broncas con su hermana y van a vender, pero para eso necesita primero arreglar un poco, darle “otra cara” a ver si coge un poco más de valor. Ella quiere vender la casa, pero mientras, no busca algo más. Su parte la quiere en dólares, porque “a las buenas o a las malas hay que salir echando de aquí hermana”.

Todo cubano que ves en la calle hoy está buscando la manera de salir de aquí. El que no tiene trabajo busca un negocio para hacer plata y salir de aquí. El que tiene un trabajo lo cuida porque le da ganancias “extra” que lo ayudan a sobrevivir en lo que busca la manera de irse de aquí. El dirigente que crees que apoya al Gobierno en el próximo viaje se queda y no vuelve más para aquí. El muchachito que estudia en la universidad hace una carrera muy bien pagada en cualquier otro lugar que no sea aquí. El que arregla su casa o su negocio lo venderá todo junto para irse de aquí. La que se enamora del turco que no habla español, ella tampoco habla turco, pero usan el traductor, y a lo mejor va y lo engancha... y la saca de aquí.

A Cuba se le ama, pero la tristeza, la decepción y el cansancio es general..., como las ganas de irse de aquí.

*Un cúmulo de sueños* (© Luis Adrián Sánchez Negrín).



Con ellos  
no,  
coño

*Yoelkis Torres Tápanes*

Recordando la canción, yo que no sé ni bailar...

Son las 6 de la mañana, casi no he dormido nada y es imposible alejarse de la realidad que en cada esquina uno vivió. Llego a la terminal de trenes de Camagüey buscando carro (camiión, patinete, avión) con otro destino y una realidad chocante sigue teniendo el dolor de mi alma. Los abuelos y abuelas en las calles, durmiendo en las esquinas, deambulando, buscando en los basureros o en plena búsqueda de su plato de comida cotidiano, vendiendo cualquier cosita que puedan.

6:14 a.m., llega un abuelo, negro, llenito de canas y marcas en su rostro. ¿Edad que refleja? Al menos unos 85, por sus desgastados ojos y cansancio extremo. Ahí lo ves en su mesita, esperando que alguien le compre algo al pasar.

Llegó con una carretilla que debió pesar más que él. Totalmente jorobado y arrastrando aquel tarimaco inventado, entra a un local, saca una mesita y un banco de madera pequeño e incómodo, mientras no pierde de vista las cositas que había dejado afuera. Saca un nylon azul, viste su mesa y pone sus productos caseros (maní, galletas, refrescos, dulce de guayaba, hasta chupa chupa), todo tan humilde, tan sumido en la precariedad. Fui su primer cliente del día y a buen precio todo.

Estuve observándolo por mucho tiempo. Él miraba perdido al horizonte, que se frenaba en un muro y las líneas de tren colmadas de mala hierba.

Me detuve tanto porque quería preguntarle, hablarle, pero no sabía cómo entrar a su espacio sin que se sintiera agredido.

Y me decidí.

—Abuelo, buenos días, puedo hacerle unas preguntas...

—Sí mijo, cómo no. Espero poder responderlas todas. Dígame,

pregunte sin pena...

—¿Cuántos años tiene?

—Setenta y cuatro, mi niño.

Le piqué lejos, pero en realidad aparenta más.



© Fidel Gómez Güell



—¿Tiene familia?

Sí, esposa fallecida —baja su cabeza, reflejando dolor y soledad—, un hijo, un nieto.

Corta familia, pero profundo sentir para trabajar por ella, solo tienes que verlo.

—¿Cuánto gana diario aquí?

—100 o 200, a veces 300, y no es todos los días, esos son los mejores días.

Para como está la vida, eso no es dinero, va en el promedio de los 2 400 pesos cuando máximo al mes.

—¿Tiene chequera?

—Sí, pero no me alcanza para nada.

Una realidad generalizada, con la inflación y todos sus males.

—¿Está usted solo aquí todos los días?

—Sí, solo, hasta las 6:00 p.m. más o menos y vengo todos los días, hasta los domingos.

Qué fuerte, de 6:00 a.m. a 6:00 p.m., doce horas de trabajo, de espera, de cansancio, de vigilar no ser robado, al aire libre, a la sombra, el sol, la lluvia.

—¿Viene de lejos?

—Lejos mijo, me levanto a las 4:00 a.m. para venir caminando al paso.

Cuadras y cuadras, por lo que pude apreciar en su explicación. No soy de aquí, pero al menos 1 kilómetro y algo, sobre calles, baches, atajos, con el peso de su venta que viene y va con él, con la carga de traer un plato de comida, con la preocupación de vender algo y no se le echen a perder los productos.

Fue suficiente, ni le quise preguntar más. Me acordé de mis abuelos, de los abuelos que conozco, de los que se pueden ayudar de vez en cuando, y un profundo pesar me ocupa como agonía que desgasta las fuerzas.

Quiero ser egoísta, pero con nuestros abuelos y abuelas no. No quiero mirar a otros lados y no quiero comparaciones, porque con los nuestros, no. Ellos han dado todo y hoy no son nada, su futuro es hoy y no mañana, no tienen un mañana, no tienen nada y esto los está consumiendo como una vela en un apagón eterno, en una oscuridad sin luz o reflejos.

Siempre que veo una foto al respecto la he publicado, porque nuestros abuelos y abuelas son responsabilidad, son una de esas metas que se debieron haber alcanzado, una vejez digna. Y me pregunto, ¿dónde están esos abuelos?

Son estos viejitos el reflejo de lo que somos, nuestra enseñanza, nuestros mejores cariños. Sus familias en muchos casos han partido y los han dejado; han muerto y los han dejado; no avanzan y ellos siguen acompañando. ¿Qué somos, Dios mío? En qué se ha convertido todo que hoy aquellos que lucharon no son nada, aquellos que creyeron son las víctimas. Cada día me rompo más y no quiero cuentos. Sé de otras realidades y algunas pueden ser peores, pero hoy no quiero comparaciones. ¡¡¡Estos son nuestros abuelos y con ellos no, coño!!!

# Justa, croniquilla con espasmo

*Pedro Manuel González Reinoso*



© Pedro Manuel González Reinoso

(Ojo, que no es de guerra, aunque hoy humea azarosa mi amada Crimea, sino sobre otra batalla ineludible; la de la mera y cubana sobrevivida.)

Esta infeliz de la foto es doña Justa. La “joven sesentera” —y sin retiro— que atiende el huerto estatal de cierta esquina, en mi reparto de origen soviético, justo a la entrada hartamente desvencijada del antiguo puerto de Caibarién, arrasado en su prosperidad sin guerra alguna.

Lo de infeliz no es para que vayan tomándole lástima, a priori, sino porque en verdad inspira compasión enterarnos que haya pasado toda su vida doblada sobre un surco, que tiene al hijo mayor preso con una sentencia incumplida de dos décadas y que enviudó cuando su esposo fue atropellado en un espantoso accidente, camino a la visita de aquel vástago común en la entonces remotísima prisión asignada.

(A no olvidar cuán compasivos suelen ser —para con los padres de cualquier “ciudadano transgresor”— policías, jueces, y fiscales, en este fallido simulacro de país.)

Justa no ha podido conseguir que le pusieran un nombre mejor, para enarbolar su orgullo con tronco de humildad, muy a pesar de tan continuas desgracias.

Muestra puntual sonrisa para con todos sus marchantes que allí resolvemos —a precios lógicos y hasta humanizados— los vegetales que ella cultiva: sin agua que no sea la que les cae del cielo — porque la turbinita prehistórica del otrora organopónico años ha, explotó y, de la granja urbana a la cual tributa colectivamente, solo pasa un gestor, en plan publicano, a cobrarle el respectivo diezmo—; ni fertilizantes, ni pesticidas —¡por suerte!—, ni nada primordial como aperos de labranza le conceden en auxilio a esta mujer para alimentarnos: solo su sacrosanta mano, pelada y despellejada hasta el hueso en pos de la cosecha.

Esta mañana fui a por tomates y ajo puerro. Mientras esperaba que saliera la única compradora que se encontraba dentro, es-

cuché sin querer lo que se decían circunspectas estas dos coetáneas:

—Dios sabe curar, Justa, hasta los enfermos que en el código ese quieren que aprobemos. No se puede aceptar a gente del mismo sexo criando en casa a menores, como si fuera una familia real. Hay que rebelarse contra tanta injusticia. Pobres niños.

—Mira, hija, yo no sé hablar. Ni escribir casi. Leer, muy poco. Te voy a decir algo: cuando yo era chiquita, tenía vecinos machos, y un primo, que me ayudaban a barrer y lavar, y luego jugábamos todos juntos a “las casitas”. Yo era el jefe de aquella tribu. Me disfrazaba con la ropa sucia de mi abuelo. Y me fumaba los mochos apestosos de sus tabacos. Algunos de ellos siguen siendo machos, otros son “bastantes hembritas”, porque nadie pudo jamás curarlos: ni azotainas, ni manos de tranca, ni médicos. “Árbol que nace torcido”... ya sabes. Todos son tremendos hijos y muy buena gente. El mío, que está “guardao”, es guapo y los defiende cuando se entera de algo malo como si fueran familia. No vengas ahora a intentar cambiarme lo que ya sé de toda la vida. Porque así es como es, y más ná. ¿Querías quimbombó? Porque se me acabó...

—Jesús perdona todos los pecados menos el de la sodomía. Incluso, te perdona a ti por ser vieja y testaruda. Aprende a creer en la palabra bendita y no olvides que ¡Cristo te ama! Seas como seas...

Justa no volvió por más argumentos. Regaló en cambio a la mujer un macito de acelgas extra, de los que le quedaban separados para alguien, deseándole “éxitos en tu vida”. Enseguida, volteándose hacia la puerta abierta, anunció:

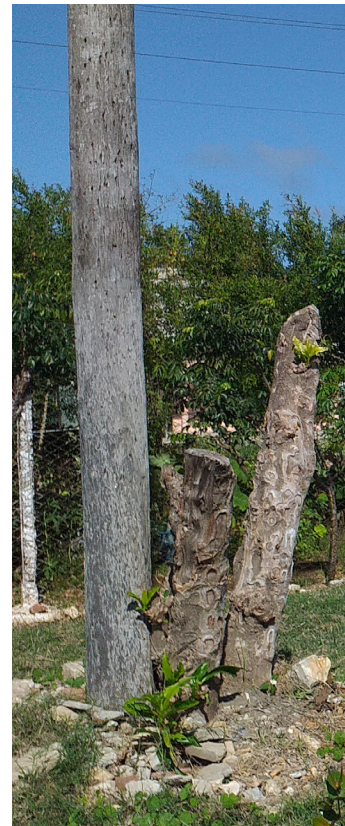
—¡El próximo!

Y entré.

(No voy a contar —ahora y aquí— de lo que hablamos).



© Pedro Manuel González Reinoso









# El taxi ambulancia, el viejo y el rico

*Jennifer Portelles*

Veía solo sus piernas, cruzadas, rígidas y amarillentas. Entramos al señor al cuerpo de guardia del hospital Calixto García. Un genio y enciclopedia del cine y de la medicina, solo, enfermo y caído en el baño. No tiene familia, solo un buen alumno, que es como su hijo, y una señora enferma “de los nervios” que necesita más cuidados que él.

La camilla lavada solo con agua, a pesar de todos los pacientes que por allí pasan a diario. Los doctores no te miran a los ojos. Lo ven solo a él, sus signos vitales e indican las pruebas de protocolo, sangre, orina, tórax y ultrasonido. Todas en distintos lugares, con sus respectivos técnicos. Ella sigue durmiendo, con los pies cruzados. Ahora el camillero y la enfermera se gritan, como pasándose la responsabilidad de que ella siguiera allí.

La placa de tórax fue rápida, pero muy oscura, apenas se veían las costillas. La sangre fue muy rápida; el orine, muy difícil de salir. Era culto, anticuado y respetuoso, no soportaría que una mujer joven viera sus genitales para ayudarlo a orinar. Era la única manera para llevar la muestra a hacerse análisis. Tuve que ingeniármelas. Pedí una cuña de esas de aluminio, seguramente no esterilizada. Estaba allí, puesta cerca de la mujer de piernas cruzadas.

La doctora tuvo la gentileza de darme unos guantes y el papel en que venían envueltos fue muy útil también. Le vi el pene, pero era como el de mis dos abuelos, a los que cuidé también. Eso no fue un problema. Esperamos 2 horas por el técnico de ultrasonido. Caminé por todo el hospital, pregunté y nada. Me decían que podía estar en cualquier lugar y que eso era normal. Si no teníamos todos los resultados, el médico no le daba un diagnóstico.

Limpiaron el piso con cloro, afortunadamente, pero solo el pasillo por ahora. Aún había sangre en el piso donde estaba el señor. Daba grima caminar por allí. No sabías si era una herida con arma blanca o cualquier otro politrauma. Él era politrauma, como casi todos los de esa madrugada. Lo leí en el papel donde escriben los casos de la guardia, mientras me sentaba un minuto.

Ella sigue allí, ahora le amarran los pies en cruz y le ponen una colcha que le tapa la cabeza.

Mientras esperábamos al de ultrasonido que nunca apareció, llega una persona con cuatro puñaladas en la cabeza, cubierto de sangre, pero vivo. Entraron a su casa a robarle y parece que lo intentaron matar. Allí estábamos todos, esperando dos horas por el técnico de ultrasonido, el señor que yo acompaño y el señor joven recién apuñaleado. Vejez y dinero en la misma puerta, esperando por el técnico de ultrasonido. El joven era famoso y adinerado. Poco tiempo después, llega rápido el técnico y les hacen a los dos el famoso ultrasonido.

Se llevaron a la mujer, no vi cuándo ni si tenía familia esperando por ella. Supongo que llevaba unas cuantas horas allí, separada de

los vivos por un parabán verde. Tuve que buscar dónde encontrar agua para el señor, correr para que la enfermera le quitara el trócar en vena que ya le estaba haciendo daño, mover la camilla arriba y abajo por todo el hospital, buscar papel cartón para ayudar a que se sentara en el peor banco que puedas imaginar en la sala de urgencias del hospital más importante de La Habana. Ni agua ni jabón. Podías salir de allí con una bacteria mortal.

Mientras limpiaba al señor, su hijo lo sostenía. Trabajo en equipo. En ese mismo momento se oyen gritos, un travesti parece que tenía problemas, un hombre pidiéndole al policía que lo dejara entrar, mucho alboroto. Personas sin hogar duermen en los asientos justo al lado del baño. Y nosotros allí, haciendo maniobras para que cagara tranquilo, pero no contento.

El médico lo ve y dice que necesita mucho líquido, reposo y unos medicamentos que no hay en las farmacias.

No hay ambulancias para simples mortales. Si no tienes dinero para un carro particular, no te vas para la casa. Miles de pesos en taxis privados con función de ambulancias para traerlo y llevarlo a su casa. Fueron tres mil y pico de pesos en jugos y yogurt revendidos de las MLC, frutas y viandas, al menos para los primeros días. El dinero de su hijo es parte de la “inversión” de no pasar tiempo con él y poder tener dinero para emergencias como esta.

Un ciclo sin fin. Ahora a buscar a una cuidadora respetuosa, afectuosa y segura. Cuidar al señor y a la señora enferma “de los nervios” que lo cuida. Pagar mucho dinero. Limpiar una casa enterrada por el polvo y el abandono.

Y seguir siendo joven, capaz de sostener un anciano o varios y tener ánimos de trabajar para poder pagar los millonarios pesos que el sistema de salud cubano no gasta por los ancianos que viven solos y aún tienen personas que les importa, y por aquellos que mueren solos en cualquier hospital.

Esta es una triste historia del 4 de marzo de 2022, a las 3 de la mañana, en La Habana.

Aun así, mis respetos por quienes limpian el piso, por los médicos que durante sus guardias les toca descansar al lado de un muerto, el policía de guardia, la laboratorista, los del comedor, el camillero, quien recoge las sábanas y las lleva a lavar. Son pequeños engranajes que no funcionan adecuadamente, pero si no fuera por quienes aún aceptan trabajar en medio del deterioro, las pésimas condiciones de infraestructura, la escasez de insumos médicos y de limpieza, y los salarios que no alcanzan para vivir, este país ya no sería un país.



# Se están muriendo

*Pedro Manuel González Reinoso*

© Amanda Santana



Se está muriendo, sin pausa, la mejor de las generaciones. La que, sin estudios, y con mucha prisa, educó a sus hijos. Los que, sin recursos, ayudaron durante las mil crisis y salvaron y sobrevivieron a su gente. Se están muriendo los que más sufrieron. Los que trabajaron como bestias por tan poco. Se mueren los que pasaron la gran necesidad y, no obstante, perseveraron en la lucha. Los que inventaron al país. Los que ahora tan solo deseaban disfrutar de sus nietos. Y sonreír, quizá, sin muchas abundancias. Prolongando su frágil utopía. Se están muriendo solos y asustados. Se van sin molestar, los que menos molestan. Se van sin un adiós, los que menos merecen irse.

Muchos dicen: “Si solo afecta a la tercera edad, no son mayoría, total...”, como si no importaran, como si no fueran los mismos humanos de siempre. Los desgastados en crecerse y hacer crecer a los demás. En realidad, y definitivamente, ellos dieron los mejores años de sus vidas al trabajo, a sus familias y al país que quizá no merecían, como si en lugar del sueño irrealizado, hayan tenido que pasar por esta tortuosa pesadilla.

© Yasser Expósito Cárdenas

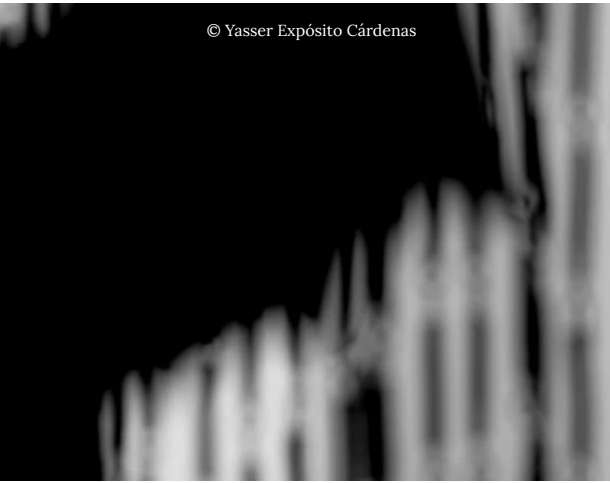




© Yasser Expósito Cárdenas



© Yasser Expósito Cárdenas



© Yasser Expósito Cárdenas

# Juan

*Jennifer Portelles Toledo*



© Yasser Expósito Cárdenas

Allí, donde se vestía de canas y pocos jóvenes, el conocimiento de amar a los ancianos solo habitaba en sus hijos maduros, pero trabajadores.

Los más jóvenes ni idea tenían de lo que era el tiempo o la edad. Los adultos habían caminado muchos kilómetros en sus vidas, casi dándole la vuelta al mundo y ahora, preocupados por la crianza de sus hijos, atendían el trabajo y el pago a otros trabajadores que cuidarían de sus padres.

El tiempo valía mucho para hacerse de todos los seguros de vida para las generaciones que estaban por llegar. La agilidad de la vida de los adultos era, precisamente, para hacerle una vida a los que venían. Pero los que ya estaban, que hacía ya tiempo que estaban, poseían entre todos el poder del pasado, la experiencia más próxima a la sabiduría de vivir. Pero sí, ellos no parecían vivos, sino olvidados.

Aquella tarde, Juan se dio cuenta de que cada persona que entraba a la casa sus padres señalaba al sillón y decía: "Tiene 99 años", y brillaban de entusiasmo por el orgullo que esto parecía. Ese día su vida cambió por completo.

Comenzó a preguntarse: ¿qué es la edad?, ¿qué significan los años?, ¿qué es ser joven o viejo?

Reducían en un número la dignidad de su abuelo, escondiendo toda una vida llena de acontecimientos donde podrían contarse 99 historias por cada 99 minutos. Miraba a su alrededor y veía a números caminando, besándose, algunos 20 con 30, otros 10 con 12 y a veces unos 20 con 40. Algunos, contentos de su apariencia; otros, no tanto. Algunos honorables doctores, aceptados en empleos de categoría por la cantidad de publicaciones realizadas durante su vida; otras, amas de casa felices por lo poco que quedó por limpiar; y hasta los animales, por la cantidad de veces al día que comían.



Ellos, los ancianos, solo tenían la atención de las remesas que recibían mensuales para pagar a sus cuidadores, los culeros diarios, los alimentos preparados, los chequeos mensuales y las rampas disponibles en las calles de la ciudad para transitar con menos dificultad.

Allí, donde los números del reloj marcaban la vida, se paralizó la vida de Juan cuando murió su idea de la vida. Sus aspiraciones, sus momentos estruendosos con sus amigos o la felicidad de poseer artículos de primera tecnología se vaciaron cuando miró su vida en un futuro. En su sueño despierto comenzó a conversar, a reconocer a su doble progenitor y a escuchar.

Él raramente hablaba. Dormido en su sillón, con su mano inquieta en su apoyo, cabalgaba silenciosamente historias que lo hacían feliz o de personas que una vez vio y ordinariamente formaban parte suya.

Dormía para olvidarse de que todos se habían ido, incluyendo a los vivos; mientras, Juan despertó. Comenzaba a disfrutar cada instante; a tener dudas, aunque no existieran; a señalar objetos, imágenes, para recibir aunque fuera un comentario, que luego terminaría en una larga conversación.

El tiempo se convertiría en el mejor aliado de Juan para recuperar a su abuelo. Su mamá, la hija del abuelo, aún seguía pensando en una tarea o una responsabilidad. Llevada desde su nacimiento al cuidado de sus padres como deber, agotada por los años de vejez, por la partida de su madre, ya no tenía fuerzas ni para atender a su padre. Llevada por la carga de las despedidas, ella decidió partir.

Y allí, en aquella decisión, con el búcaro de un siglo de la abuela rompiendo el piso, el abuelo y Juan caminarían como espejo y reflejo. Se fue y con ella, la carga de la atención, o bueno, del olvido de quien, sentado, esperaba. En aquel mundo de planes y olvido,

una persona nacía: Juan. Su abuelo Juan partía orgulloso de los últimos días de su vida, pudiendo contar las mejores anécdotas, las peores tristezas y los sueños que, quizás, no pudo realizar.

Juan nació con la sabiduría del amor, allí donde es muy difícil reconocerlo. Juan nunca dijo cómo ni por qué se llegaba a tanto, solo dijo ante la pregunta de Juan: “¿Pensaste vivir tanto?”. “No, solo hice lo que tenía que hacer”.

# Los hijos de la aldea

*Fidel Gómez Guell*

A Eduardo<sup>4</sup> lo conocía “todo el mundo”. Durante su vida laboral activa trabajó en cuanto oficio manual la ciudad les ofrecía a los jovencitos como él, que venían de los campos de la provincia a “ganarse unos pesos” en el municipio cabecera. Eduardo nació en un caserío que no tenía ni nombre, cerca de las montañas del Escambray. Cuando llegó en los 70 a Cienfuegos, comenzó a trabajar de ayudante en la construcción; luego, aprendió a conducir y manejó cuanto vehículo especializado le pasó por delante mientras laboraba en el Ministerio de la Construcción (MICONS), que en aquella época era uno de los principales empleadores de obreros calificados y no calificados de toda la región.

En los años subsecuentes tuvo al menos 10 empleos más. Pasó por varias empresas del Estado del ramo industrial y técnico. Cuando se jubiló, regresó un tiempo a las montañas, pero se dio cuenta de que no tenía nada que hacer allí. Había vivido casi toda su vida en albergues y hoteleras estatales. Estuvo casado “sin papeles” con una mujer de Sagua, pero no tuvieron hijos y se divorciaron hace unos cuantos años.

Ya jubilado, en la década pasada, se la pasó deambulando por la ciudad, viviendo de su pensión y haciendo algunas guardias ocasionales “por la izquierda” en obras constructivas del mismo ministerio que le dio trabajo cuando llegó al municipio cabecera

---

<sup>4</sup> Seudónimo utilizado a petición del testificante.

siendo un jovencito. Luego de la pandemia, perdió muchos amigos que lo asistían con ropa y calzado o le brindaban un espacio donde podía quedarse a dormir sin tener que pagar nada. Tantos años de trabajo en muchos lugares le enseñaron a mantener un nutrido círculo de amistades que se convirtieron en redes de ayuda cuando más él los necesitó.

Ahora la situación ha cambiado. La covid-19 se “llevó a mucha gente buena”, me dice; es como si ya nadie lo conociera. Reconoce que sus dos errores más grandes fueron no tener hijos y beber demasiado alcohol en la juventud. Ahora mismo no tiene donde dormir ni vivir, no quiere irse para un hogar de ancianos pues se siente un hijo de la aldea. Conoce cada rincón de la ciudad y sabe dónde puede pasar la noche y encontrar recursos indispensables para su supervivencia. Afortunadamente, recibe asistencia del Sistema de Ayuda a la Familia (SAF), consistente en un desayuno y dos comidas diarias que él recoge juntas, a la hora del almuerzo, para no tener que pasar dos veces al día por el comedorcito social. Esas comidas le “resuelven bastante”, pero siente que, de alguna manera, el Estado lo ha dejado abandonado. Él no necesita un asilo, necesita una “casita modesta” o un albergue donde pueda conservar su libertad de movimiento y tener un techo seguro para pasar la noche.

Como Eduardo, hay muchos adultos mayores que viven en una especie de limbo dentro de la ciudad. No clasifican para un asilo o no lo desean, no tienen dónde vivir y pasan la noche en cualquier lugar con techo para protegerse de la lluvia y el rocío de la madrugada, que en estas tierras húmedas es abundante. La mayoría recibe ayuda del SAF, eso es cierto; pero esa ayuda solo cubre parte de sus necesidades alimentarias en el día. Estos hijos de la aldea no tienen dónde bañarse ni hacer sus necesidades, no tienen un lugar digno para dormir ni poseen propiedad personal fuera de alguna mochila con uno o dos cambios de ropa y un cepillo de dientes, como en el caso de Eduardo.

Si consideramos que la tendencia al envejecimiento en la sociedad

cubana sigue en aumento y que los sistemas de atención al adulto mayor se encuentran en crisis, sobre todo al interior de Cuba, donde los recursos escasean y existe un pobre control sobre las instituciones que ofrecen servicios de cuidados, es muy probable que el número de personas en estas situaciones aumente. Aunque es muy difícil acceder a estadísticas oficiales sobre la situación de los adultos mayores deambulantes en la provincia, la situación ha empeorado, visiblemente, en los últimos dos años.

Existen múltiples causas que explican este preocupante escenario. Algunas de las más importantes tienen que ver con la crisis estructural que afecta al sistema colectivista en Cuba, las consecuencias económicas y sociales del —mal— llamado “ordenamiento monetario” y las secuelas de la crisis sanitaria provocada por el colapso de los servicios de salud durante el período más complejo de la pandemia ocasionada por la covid-19. Todo esto, reforzado por la escasez de profesionales y trabajadores que afecta de manera crónica los servicios de salud y cuidados; y el imparable envejecimiento demográfico del país; proceso que va de la mano con la baja natalidad y la emigración, principalmente de personas jóvenes en edad reproductiva.

Sin embargo, las autoridades del país mantienen la retórica triunfalista que ha caracterizado su discurso político desde que tenemos memoria. Con los mecanismos y paradigmas actuales de trabajo es casi imposible diseñar propuestas integrales o soluciones realistas a la situación general de los adultos mayores en Cuba; tampoco se permite que la sociedad civil asuma un rol más activo en la resolución de los problemas. ¿Cambiará esta situación en el corto plazo? No lo parece.

© Fidel Gómez Guell



# Matemáticas del desamor

*Ricardo Acosta*

Victoria recibe 1 500 pesos mensuales por su retiro, después de haber trabajado cuarenta y dos años.

El galón del yogur que le gusta a mi madre cuesta 2 000 pesos.

En el perímetro de las dos cuadras colindantes a mi casa, hay 8 ancianos que se han quedado solos: se fueron los hijos, los nietos, los vecinos... Las chequeras de esos ancianos no le alcanzan para comprar un vaso de yogur.

El yogur es de una calidad superior, realizado por un químico que dejó de trabajar en un laboratorio del Estado y creó su fábrica de productos lácteos, quien importa todos los ingredientes y los envases.



© Ricardo Acosta



# Mi padre

Jorge Gómez de Mello



Hoy he despertado preocupado, quizá como una buena parte de los cubanos, pero a medida que avanza la mañana me doy cuenta que se trata sobre todo de la inquietud que produce la añoranza. Es que he amanecido pensando en mi padre.

Mi viejo fue un padre cariñoso, un hombre sencillo para el que resultaba imprescindible el sentido del bien y de la justicia. De él guardo cientos de importantes enseñanzas y recuerdos que marcaron mi vida para siempre. Ahora, a mi edad, esos recuerdos me transportan con cierta frecuencia a instantes de un pasado que me llega en forma de imágenes muy definidas y cargadas de simbolismo.

Algunos momentos de mi infancia relacionados con él regresan constantemente a mi memoria en los últimos tiempos. Quizá porque tienen una relación directa con las lamentables circunstancias que desde hace décadas estamos viviendo los cubanos y que ayudaron a acelerar el final de mi padre.

Uno de mis recuerdos recurrentes me transporta sesenta y cinco años atrás. El 9 de abril de 1958 quedó grabado en mi memoria para siempre. Yo tenía solo 5 años, pero no olvido el momento en que unos policías del gobierno de Batista, apoyados por varios secuaces vestidos de civil, entraron violentamente a casa para secuestrar a mi padre, un joven obrero que participaba en la huelga general contra la dictadura.

Resulta imposible borrar de mi memoria la agresividad con que lo redujeron. No puedo olvidar su mirada de terror en el momento que lo subieron a empujones y maniatado en un auto se lo llevaron. Todavía vibra dentro de mí la sensación de horror y de ira que me produjo ese hecho. Jamás imaginé que en mi vejez sería otra vez testigo de acciones represivas parecidas a las que viví en mi infancia, pero ejecutadas ahora, sistemáticamente, contra la generación de los nietos de mi padre, la generación de mi hija.

Unos meses después, el 8 de enero de 1959, sentado a horcajadas sobre los hombros del viejo, asistí asombrado a la entrada triunfal del Ejército Rebelde en La Habana. Muy ilusionado, me decía: “Mira bien esto, no puedes olvidarlo porque es un momento histórico, a partir de ahora todo cambiará, no habrá más dictadura, se acabaron la pobreza y la represión. Tu futuro está garantizado porque vivirás en un país próspero, libre y justo”.

Mi viejo fue un hombre esencialmente honesto, de esas personas cuya vida se sostiene en la necesidad de creer. La humildad y la fe que lo caracterizaron lo impulsaron a participar activamente en todas las luchas y tareas que a partir de ese día le asignó el nuevo gobierno que comenzó a llamarse a sí mismo la Revolución. Lo hizo pensando en el futuro, convencido de que su sacrificio contribuiría a construir una patria mejor y le garantizaría a sus hijos y nietos una vida feliz en un país libre regido por la igualdad de derechos.

Por eso intentó inculcarnos su fe en esa revolución rebosante de promesas en la que él había depositado todas sus esperanzas. Durante décadas, no toleró que en su presencia se cuestionaran las decisiones del poder o que criticáramos sus graves errores. Sin embargo, mi padre vivió sus últimos años sumido en el desencanto, enfermo, sin los cuidados y la atención médica adecuados, y en la más absoluta pobreza, viendo cómo sus hijos y nietos sufrían la falta de derechos y la miseria que él, crédulamente, contribuyó a construir.


Una de las últimas veces que fui a verlo, ya tenía 80 años, lo encontré deprimido y le pregunté qué le pasaba. Era un hombre que evitaba hablar de sus sentimientos y sus frustraciones, y que nunca daba su brazo a torcer, por lo que me sorprendió su respuesta clara y directa: “Durante mi juventud fui cristiano, creí en Dios, pero la iglesia me decepcionó. Luego creí ciegamente en la Revolución y en Fidel. ¿Quieres que te diga qué me pasa? Pues ya no creo ni en mi sombra, lo único que quiero es morirme”.

Falleció unas semanas después. Los médicos dijeron que fue de un accidente cerebrovascular. Yo sé que murió de pena y angustia.

# He venido a decirte

Sarah Moreno





He venido a decirte... un disco de vinilo, Los Zafiros y un encuentro extraño con una de las canciones que escuchaba mi abuelo, este señor guapo de las canas. Hace como medio año estaba yo inmersa en la serie Breaking Bad. La había ido dejando porque estuvo de moda y todo el mundo hablaba de ella. No la vi cuando salió y se fue pasando. Hasta que un día mi hijo, que ya no era un niño, me la recomendó. Es hermoso cuando los papeles se invierten y uno escucha recomendaciones de los hijos. Cuando confías en sus gustos y uno moldea lo que consume por ellos. Terminé cautivada por la serie del profesor de química que se mete a traficante cuando el cáncer lo golpea. Ya para entonces, yo amaba a Bryan Cranston por la película de Trumbo, sobre uno de los guionistas de Hollywood castigados por el macartismo. Pero Breaking Bad era lo máximo.

Y uno de esos días me topé con la música de Los Zafiros en la serie. Es en la temporada 3, cuando Walter y Jesse contemplan cómo se convierte en chatarra el RV donde comenzaron a cocinar las metanfetaminas. Una canción de amor que tan bien pegaba al momento. El que escogió la música –quien quiera que fuera– sabe bien español. Es una anunciación y una despedida: “He venido a decirte que nada ni nadie podrá arrancarme de mi alma tu amor”. Y ahí estaba yo, de regreso a uno de los sonidos de mi infancia.

Mi abuelo tenía ese disco. Yo podía cantar toda la letra. Estaban los discos pequeños en una gaveta que formaba parte del sofá. A cada rato se ponía uno genial: Así bailaba Cuba. También se escuchaba la Orquesta Casino de la playa y otras veces, de mood más romántico, Tito Gómez con su Vereda Tropical: “Con ella fui, noche tras noche, hasta el mar”. Y ni qué decir las tardes largas de un calor pegajoso en las que mi tía escuchaba a Tejedor. Los aretes que le faltan a la luna, una de esas canciones surrealistas. De pequeña miraba a la luna buscando cómo eran sus aretes. He venido es de 1961.

Los Zafiros se formaron en 1960 en el barrio habanero de Cayo Hueso y fueron gigantes en Cuba. Su fama despertó los celos de Fidel Castro, que ya sabemos no soportaba competencia. Se separaron en el 1970, pero los que tenían discos no dejaron de oírlos.



Manolo el pintor (© Williams Cruz Perdomo).

# Parte III



# **Ensayos sobre**

**la vejez, redes solidarias y calidad de vida**



# Hay palabra buena y palabra falsa<sup>5</sup>

**Teresa Díaz Canals**

“Todo enrañamiento con cualquier criatura es contrario a la dignidad humana”  
PAPA FRANCISCO (*Laudato si'*:  
*Sobre el cuidado de la casa común*)

Agradezco la invitación a participar en esta importante actividad a que nos convoca Cuido60. El tema del maltrato a las personas mayores hoy en Cuba constituye, entre otros, un problema no menor. Su manifestación e incremento, incluso en los últimos años, no es insignificante, a pesar de las palabras oficiales que intentan demostrar la preocupación social por este grupo humano. Ello es motivo de eventos, reuniones, viajes, programas y proyectos promulgados y en elaboración. Cuando escucho la realización de estas actividades, pienso en las palabras del filósofo Martin Heidegger que dicen así: “Un signo somos nosotros, sin interpretación”. Argumentó el pensador alemán mencionado que hay que reconocer tener el problema del no pensar. Aunque ya la colega Elaine Acosta hizo un excelente análisis de los problemas esenciales que afectan a nuestros ancianos, sobre algunos estremecedores mensajes es mi intención reflexionar, ya que están relacionados con el proceso de envejecimiento que suele acarrear un cambio fundamental en la posición que una persona ocupa en la sociedad.

---

<sup>5</sup> Intervención de Teresa Díaz Canals el 15 de junio de 2023 en el webinar “Vulnerabilidad y situación de calle en las personas mayores en Cuba y América del Sur”, en conmemoración del Día Internacional de Conciencia contra el Abuso y Maltrato hacia la Vejez.

La palabra es el peligro de los peligros; comienza por crear la posibilidad misma de peligro, pues con ella puede ser enunciado lo más puro y también lo más oculto. La palabra —según el poeta Hölderlin— es el más peligroso de los bienes. El mismo José Martí advirtió en 1885: “Quiero por mi parte habituar al pueblo a que piense por sí, y juzgue por sí, y se desembarace de los aduladores que de él obtienen frutos, fama, de los hombres que con palabras de bulto, pero sin respeto recibidas, los llevan por donde les place”.

Ayer mismo fue la clausura de un Taller Nacional de Trabajo Social que sesionó por dos días. También existe una red de cuidados que supone registre y circule casos que necesitan ser evaluados y recibir una pronta o urgente atención. Hay una frase que me parece fatal porque ni se cumplió antes y mucho menos en el presente: “La Revolución no abandona a ninguno de sus hijos”.

Mientras esto sucede, una familia de personas vulnerables vive en la parte oriental del país, en el Cobre, compuesta por cuatro hermanos de los cuales tres padecen de encefalopatía. Dos de ellos presentan otra grave situación, que los mantiene postrados. Aunque tienen cierto apoyo: paupérrimas pensiones, por ejemplo, no cuentan con la asistencia de una trabajadora social que pueda apoyarlos en la casa. La Iglesia Católica es la que ha estado presente en determinada asistencia como la donación de alimentos; pero no cuentan con sillones de ruedas que puedan facilitarles cierta movilidad, para que sean mucho más cómodos sus traslados a otros espacios del hogar y lugares públicos, colchones antiescaras, ropa adecuada, etc., equipos eléctricos que faciliten cierto grado de bienestar como ventiladores o batidora. Tampoco reciben de manera sistemática las visitas del médico de la familia ni cuentan con los reclamos que por el bien de ellos pudieran hacer las instituciones de la comunidad como son la Federación de Mujeres (FMC) y los Comités de Defensa de la Revolución (CDR).



"A pensar", de la serie Cosa seria, caricatura de Omar Santana en Hypermedia Magazine.

Pasemos a otros aspectos generales que sufrimos las personas mayores en cualquier lugar del país. Somos agredidos por la sociedad del ruido. En esta isla, la música tiene un lugar muy destacado, lo cual está muy bien; pero la música estridente, ensordecedora y a toda hora, es una agresión muy común. Esa cultura sonora, o mejor subcultura, ha desalojado la antigua autoridad del orden verbal. El espacio doméstico suele estar acompañado de esta imposición que, en ocasiones, afecta no solo al vecino de al lado sino a toda una cuadra. Esta mala educación afecta la lectura, el descanso, la oportunidad de escuchar lo que uno desee y no lo que el otro entienda que es bueno para niños, ancianos, enfermos. Este absolutismo de la realidad hace que tu propio hogar se convierta en un lugar de tortura y en un infierno de malas palabras y vulgaridades, parte sustancial de la charanga bullanguera que se llega a naturalizar en la sociedad cubana actual.

Algo en lo que, desde mi punto de vista, sería bueno detenerse —aunque he escrito sobre ello en otras ocasiones— es en las pensiones de los jubilados. Es bien conocida la crisis económica estructural por la que atraviesa Cuba, la desacertada medida del reordenamiento monetario aplicada en medio de la pandemia de la covid-19 que agudizó aún más la ya deteriorada vida cotidiana de las capas más humildes de la población. La inflación ha afectado en especial a los jubilados: pensiones equivalentes a 8, 10, 20 dólares en una economía cada vez más dolarizada. Los años trabajados y el aporte que entregó cada trabajador





(des)Cansando (© Abraham Echevarría Díaz).

o trabajadora no tienen mucho peso. Tampoco existe un sindicato o asociación que atienda a los jubilados; excepto, si acaso, que citen a algunos para entregarles más diplomas.

Las cabelleras plateadas pasan un trabajo inmenso si no disponen de automóviles en el grupo familiar. Cada vez se hace más difícil acceder a un ómnibus: los pocos que existen pasan repletos y ninguno preparado para que las personas con dificultades para caminar puedan acceder a ellos con facilidad. Con el poco dinero que reciben, es prácticamente imposible trasladarse en los denominados uber cubanos, sistema rápido, pero extremadamente caro. Las ciudades amigables de las que hablaron en determinado proyecto de cooperación brillan por su ausencia, como todo. Solo fueron buenas intenciones que quedaron en el aire.

En otro orden de cosas, hace unos días fui con mi nieta de 10 años a almorzar a uno de los restaurantes relativamente nuevos, ubicado en el Vedado. Cuando me senté y pedí el menú, la empleada no me trajo la carta como es habitual. “Búsquela mediante el código QR”, me dijo de una manera tajante. “Mire, no sé de qué me habla, no domino la tecnología. Entiéndase con mi nieta”, le contesté.

Pertenezco a una generación que creció sin internet, sin móviles, sin computadoras. Hace relativamente poco que pudimos actualizarnos algo, pero no lo suficiente. Por esta razón, no pueden exigir a los ancianos que sean expertos en esta materia. Incluso todavía hay adultos mayores que para sacar dinero de los cajeros automáticos piden ayuda. ¿Cuántos poseen móviles?

El no dominar las operaciones digitales a menudo provoca cierto desdén en los más jóvenes hacia este tipo de personas. Recuerdo que una vez le pedí ayuda a una exestudiante para resolver un problema de esa índole y terminó crispada. Afortunadamente, no es la tónica de nuestros discípulos, todo lo contrario. En ese momento, no entendí lo que me explicaba porque lo hacía con demasiada rapidez. A veces no se concibe que a esta





edad maniobremos con más lentitud.

No tengo la certeza de que existan determinados estudios sociológicos que valoren de manera cualitativa el impacto recibido en nuestra población mayor debido a la emigración de más de medio millón de cubanos y cubanas en los últimos tiempos; pues la mayoría de esa masa humana que tuvo que alejarse de esta isla es joven. No solo se desangra la nación en su conjunto, se deterioran las relaciones familiares en su máxima expresión.

Recuerdo que una de las costumbres cubanas era que las personas murieran rodeadas de familiares, en presencia de otros. A ello se refiere el sociólogo Norbert Elías en un trabajo denominado *La soledad de los moribundos*. La tendencia para muchos viejos, debido a esas rupturas geográficas que han tenido lugar como una estrategia de sobrevivencia, es morir en un desierto de soledad.

Por último, pues no debo tomar más tiempo, quiero recordar unas palabras que dijo el Apóstol de Cuba, nuestro Martí, sobre Víctor Hugo: “¡Cómo regocija ver a un anciano erguido y trabajador! [...] Aún tengo más que hacer que lo que he hecho [...] puede tal vez creerse que la edad debilita la inteligencia; mi inteligencia, por el contrario, parece vigorizarse con la edad, y no descansa [...] Jamás acabaré. Ya me he resignado a eso.”<sup>6</sup>

Pescando sueños (© Anabel Díaz Campos).



---

<sup>6</sup> “Elogio de José Martí a Víctor Hugo”, en *Obras Completas*, edición crítica, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 13, pp. 42-43

## Retos del envejecimiento en Cuba y algunas alternativas de activación de recursos en la comunidad para atender a poblaciones vulnerables

**Rigoberto Oliva Sánchez**

Las sociedades actuales tienen ante sí el reto de asumir las grandes poblaciones de adultos y adultas mayores que las estadísticas muestran en el siglo XXI. Sin embargo, el envejecimiento no debe asumirse como una problemática; el desafío está, a mi juicio, en prepararse para crear las condiciones necesarias que propicien que envejecamos de manera saludable y activa. Muchos países cuentan con programas, proyectos y políticas a favor de una atención prioritaria a las personas que se encuentran en los grupos etarios que sobrepasan los 60 años; sin embargo, se hace necesario que todos y todas nos preparemos y nos preparen para envejecer saludablemente desde edades tempranas.

La realidad muestra que son necesarios múltiples recursos para implementar estas ideas en poblaciones vulnerables. En nuestras comunidades, encontramos no pocos ancianos y ancianas en situación de fragilidad, desprotegidos(as) por carencias afectivas, económicas y sobre todo con pocos recursos psicológicos para afrontar esta etapa del curso vital. Por tanto, se hace necesario, en primer lugar, identificar personas, grupos y/o comunidades vulnerables. En segundo lugar, diseñar un plan



de acciones que solvente las necesidades, vacíos, traumas y trastornos identificados. Además, es de vital importancia la evaluación, el seguimiento y monitoreo de los resultados que se obtienen en cada etapa.

En Cuba, en los diagnósticos comunitarios donde participan personas de la tercera edad, identificamos con frecuencia: estrés, inseguridad, depresión, ansiedad, tristeza ante las pérdidas de coetáneos o familiares que emigran, sentimientos de soledad, incomunicación con las familias por abandono, enfermedades crónicas, entre otros. Y la pregunta que aflora es: ¿Qué hacer ante los hallazgos?



Trabajar para propiciar la capacidad de resiliencia en personas y comunidades. Para ello, se requiere una intervención multifactorial. Desde mi experiencia de trabajo en Cuba, puedo compartir que el diseño de la estrategia para fomentar la capacidad de resiliencia debe dirigirse en varias dimensiones, que describo a continuación.

- Dimensión multiactorial: propiciar las alianzas y la articulación con actores sociales comunitarios, encaminadas a la sensibiliza-

ción sobre la atención priorizada a grupos vulnerables de ancianos y ancianas de la comunidad. Para ello, básicamente se intenciona la implementación de talleres de formación de capacidades sobre temáticas concernientes al envejecimiento, así como la estimulación al diseño de políticas públicas locales a favor de la calidad de vida de las personas mayores.

- Dimensión familiar: las familias —tengan o no adultos mayores— deben prepararse para el manejo de las relaciones con personas mayores. Los conocimientos y aprendizajes que adquieran sobre este tema serán de vital importancia para el tratamiento adecuado a las personas ancianas y sobre todo aquellas en condiciones de vulnerabilidad. La creación de redes familiares y de apoyo mutuo favorece la elevación de la autoestima y el autorreconocimiento.
- Dimensión personal (subjetiva): las personas mayores se incorporan a la actividad social y comunitaria con la creación de espacios para la socialización (clubes, peñas artísticas, cursos de manualidades y utilerías, cursos para aprender sobre el autocuidado, etcétera).

Así, es imprescindible diseñar programas de atención psicológica al adulto mayor y la familia, en los que se les enseñe la importancia de realizar ejercicios físicos, taichí, yoga, escuchar música, bailar, aprender a ejecutar algún instrumento musical o algún idioma. Enseñar a las personas mayores la importancia de reconocerse y autoconocerse. Dotarlos de recursos para el autorreconocimiento de emociones que puedan tratar para evitar enfermarse. Así como la importancia de manejar su tiempo y diseñar espacios formativos para estimular el espíritu emprendedor de aquellas personas mayores que se sientan con capacidades y habilidades para abrir sus negocios e incorporarse activamente a la vida laboral y mejorar su economía personal.

El psiquiatra y escritor Frankl devela en uno de sus escritos<sup>7</sup> la importancia del amor para salvarse en él y a través de él. Justamente, para conseguir que en las comunidades se realicen acciones a favor de estos grupos vulnerables se requiere de mucho amor por las personas y, a la par, por la profesión que se desempeña. El propósito debe quedar claro: fomentar el bienestar y la salud en la vejez, con la creación de entornos propicios y favorables.

---

<sup>7</sup> V. Frankl: *El hombre en busca de sentido*, Editorial Herder, Barcelona, 1991.

# Romper el silencio: integración y participación social de las personas mayores en Cuba

**Leydis Luisa Hernández Mitjans**

“Quien tiene un por qué para vivir,  
encontrará casi siempre el cómo”

NIETZSCHE

En la cuadra ubicada en la intersección de las calles 41 y 58, en la localidad de La Ceiba, una vez Marianao, hoy municipio Playa, existe un silencio que golpea. Por la vía apenas transitan vehículos; hace poco comenzó a circular un ómnibus que nadie sabe cuál es y casi siempre anda desocupado. Muy cerca se localiza una escuela primaria, pero la algarabía de las niñas y los niños apenas se escucha. El barrio, dicen, se parece a quienes lo viven. Y allí, la mayoría de quienes residen son adultos mayores, solos o en pareja.

Zobeida, que habla con sus gatos; Luisa y Juan, que, desde el portal, perciben la vida correr; Margarita, que apenas sale; Clara, que debía operarse de cataratas justo el día después que anunciaron el cierre de todos los servicios hospitalarios “no imprescindibles” debido a la covid-19, anda entre sombras. Fernando, uno de sus hijos, nació allí hace cincuenta años. Conoce a todos y todos lo conocen a él. Cuenta que algunos no tuvieron descendencia y los hijos de los otros permanecen lejos; algunos, más lejos que otros. Tal vez, el silencio emana de tantas ausencias.

¿Cómo fomentar la interacción de las personas mayores entre ellas y con el entorno? ¿Qué mecanismos de socialización podrían funcionar? ¿Cómo incorporar nuevos sonidos a la cotidianidad?



La interacción social conecta los mundos y transforma lo individual en colectivo y lo privado en lo público. Ello, en la medida de la frecuencia y la profundidad de dicha interacción. La interacción social se convierte, así, en un factor de protección para la salud, teniendo en cuenta que ello implica vínculos estrechos con otros y un nivel de actividad constante. Además, genera el involucramiento en grupos sociales, permitiendo que el adulto mayor distribuya equilibradamente su tiempo y contribuyendo así a mejorar su calidad de vida. La socialización en esta etapa permite estar en contacto con otros y desarrollar potencialidades; asimismo, genera acciones que son necesarias para mejorar la calidad de vida.

Las personas mayores —sobra decirlo— no son objetos para manejar al antojo o colocarlos donde no incomoden. Aun con la mejor de las intenciones, ninguna estrategia para suscitar su participación social y sus vínculos afectivos será válida o efectiva si no parte del reconocimiento de su capacidad de toma de decisiones.



Aquí estoy; escucho, si deseas conversar; entiendo; no juzgo y no impongo; son escenarios comunicativos clave para entender qué piensa la persona, qué cree que necesita y cuál es su estado general de salud física y emocional, sus gustos, su percepción de sí misma. Estas identificaciones son indispensables. Al mismo tiempo, se debe tener presente que los adultos mayores no son una masa homogénea; si bien pertenecen a un grupo etario determinado, en las maneras de asumir y vivir esta etapa de la vida. Influyen elementos como la racialidad, el nivel de escolaridad, las condiciones socioeconómicas, los recursos psicológicos, el género, etcétera.

Desde la perspectiva del conocimiento individual, se podrían organizar espacios colectivos de socialización como ejercicios físicos matutinos, costuras, debates de programas televisivos o lecturas grupales, charlas con especialistas o fiestas. En el sueño de lo posible, el patio de la iglesia barrial —más allá de afiliaciones religiosas— podría ser el lugar de estos encuentros, quizás con dos o tres frecuencias semanales, en la medida de los deseos y la disponibilidad. ¿Por qué no pensar en un movimiento social de personas mayores en Cuba?

Sin embargo, desde la conciencia de que no es tan mágico el mundo, y menos en Cuba, cualquier estrategia para la participación social de las personas mayores debe incluir las demandas de políticas públicas efectivas para este grupo poblacional. Si bien es posible pensar y ejecutar acciones desde el entorno comunitario, parte indisoluble del activismo y la búsqueda de entornos amigables para todas y todos, parte del cuestionamiento y las exigencias a un estado que debería cumplir sus funciones como tal. Si lo personal es político, la acción comunitaria también lo es.

Sin título, de la serie Olvidados (© Margarita Fresco).



# La última carta de la baraja

*Yusmany Hernández Marichal*

Nunca me interesó hacer una crónica, la inmediatez de la noticia me pareció más atractiva, supuse que el cronista era el último que llegaba al lugar del hecho. Esta anciana que se sienta, ahora frente a mí, no es la noticia del día, ni del mes, ni del año, es la noticia de toda una vida consumada en un rostro de preocupación. Se llama Juana, con nombre común en español, también una anciana común, vive en el lugar más envejecido de América Latina, allí donde todos miran y pocos ven. Ya desde el censo poblacional de 2012, Cuba se incluía dentro de los países más envejecidos del mundo con 18.3% de su población mayor de 60 años. En 2015, era el país más envejecido de América Latina. Villa Clara, la provincia más envejecida de la Isla y San Juan de los Remedios, el quinto municipio con mayor nivel de envejecimiento dentro de los 13 de la provincia, según la Oficina Provincial de Estadísticas de Villa Clara. Los datos son tan alarmantes que prefiero obviar la decantación de tantas cifras porque esta frialdad cuantitativa me aleja de la historia de Juana, que es cubana, villaclareña y remediana.

Juana fue maestra durante toda su vida, por eso viajó a África y después de dos años volvió con orgullo y con un busto de Agostinho Neto que ahora usa de pisapapel para las recetas del médico y el tarjetón de los medicamentos controlados, que casi nunca compra porque hay que pernoctar para adquirirlos, en el mejor de los casos. Su ausencia es lo común. Me dice que vive mal, que no hay paliativo para su dolor de huesos, que no tiene zapatos ortopédicos y que la dieta médica de una libra y media de carne, cada cuatro semanas, a veces no viene en el mes, aunque después se la dan doble. Pero ella no necesita comer doble, sino

todos los días. También deben darle diez litros de leche, mensualmente, que quedan en propaganda de pizarra: a veces ocho, a veces cuatro, pocas diez; peor aún ¡todos consecutivos!, entonces los hierva para conservarlos y un corte eléctrico le cambia los planes. Hace un insípido queso que come con un pan peor. Al contar su vida, ¡vaya paradoja!, parece que es una anciana afortunada porque la enfermedad le da ciertas prebendas; pero el anciano que tiene la suerte de estar sano se suma a la desgracia de la desnutrición.

Ahora vengo a entender lo que dice Juana, algo que también escuché en mi infancia y juventud, un refrán peyorativo: “ser anciano es la última cara de la baraja”. En ese tiempo, fue para mí una frase hueca, sin importancia; ahora, entrado los años de la madurez y con Juana sentada frente a mí, dispuesta a contestar cualquier pregunta, capto la dimensión exacta de la frase a la que nunca le hice caso. Con la vejez se inicia el camino del fin. El anciano es el último de la lista; poco se piensa en él, aunque se diga lo contrario. La presencia de barreras arquitectónicas y la ausencia de talleres de implementos ortopédicos (bastones, muletas, sillas de ruedas), la no preferencia para prótesis dentales, son claras evidencias de “no te tengo en cuenta”.

Aquí, en este pueblo donde vive Juana, que parece estar alejado del mundo, hubo un círculo social con juegos de mesa y periódicos, vida social para la edad avanzada, pero alguien habló de prioridades y desapareció todo. Ella era joven cuando sus salones quedaron relegados y “otra cosa” se adueñó del espacio. Juana no tiene dónde contar su historia; tampoco quiere estar en el asilo porque, cuando a alguien le parece, ancianos y ancianas se unen en una sola institución y Juana siente su pudor resentido. Ella no huele a colonia, sino a colágeno cansado; no tiene mascotas porque no puede alimentarlas; hace cuentas y distribuye una pensión que nunca alcanza. Juana usa un callado para sostenerse y

me cuenta que el policlínico de su pueblo era una secundaria básica de cuatro pisos; ella tiene que graduarse la vista a quince metros de altura y no puede con tantas escaleras. Pero da igual, tampoco hay espejuelos.

Se me ocurrió hablarle sobre el proceso educativo en la Isla en los últimos tiempos para mitigar su desespero. Entonces dio por terminada la conversación, tomó su rústico bastón y se puso de pies como invitándome a salir: ¿de qué usted está hablando? No esperó respuesta y con el chirriar de unas bisagras oxidadas en mi espalda, supuse que había cerrado la puerta.

Miré al frente de su casa, una fachada pintada con el tiempo, en una calle sucia y enrevesada con nombre de un héroe de la Guerra de Independencia y un numerito que oscilaba con el aire confundiendo los dígitos. Entonces quise hacer una crónica con todos estos hechos, pero en algo falté a la verdad: no se llamaba Juana, tenía que protegerla.



# Mendicidad y vejez en Cuba

**Fidel Gómez Güell**

La miseria material y la miseria moral suelen ir de la mano desde hace algunos años en la Cuba comandada por el partido único y la casta verdeoliva que se resiste a permitir un cambio en el país. La sociedad en su conjunto está violando principios elementales para asegurar su supervivencia a largo plazo, mientras se impone la ley del más fuerte y la filosofía del “sálvese quien pueda”. El cuidado de las poblaciones vulnerables, que es un signo de civilización, es uno de los problemas estructurales que contribuyen a erosionar de manera particular los fundamentos éticos de nuestra nación y su moral fundacional, codificada en la idea martiana de “con todos y para el bien de todos”.

El declive de los principios civilizatorios cubanos es visible en todas las esferas de la realidad. A inicios de 2023 estamos muy lejos de cumplir con las expectativas republicanas de Martí para la nación cubana. El modelo socialista de desarrollo, fracasado, corrupto y disfuncional, encargado de asignar y redistribuir recursos en la Isla, está experimentando un colapso general desde hace algunos años, lo que provoca que las poblaciones vulnerables padezcan en mayor cuantía los estragos de la crisis estructural que se ha cobrado un alto precio con esos sectores.

Corriendo el riesgo de caer en clasificaciones arbitrarias, podemos decir, desde nuestra experiencia de trabajo concreta, que uno de los grupos más afectados por esta grave situación son las personas mayores, especialmente aquellas con alguna discapacidad o en “situación de calle” (sin hogar). En los parques, avenidas, terminales de ómnibus o merodeando por los litorales de la bahía, se les encuentra en busca de alimentos desechados o artículos de diversa naturaleza que suelen recolectar para satisfacer algunas necesidades diarias de supervivencia.

Algunos de ellos, “menos desafortunados”, han encontrado algún solar abandonado en las cercanías del centro histórico de la ciudad, que es el área turística por excelencia, donde se refugian hasta el amanecer a merced de las inclemencias del tiempo, los roedores y los mosquitos. Su estrategia de supervivencia se basa en la práctica de pedir limosna al turismo internacional. Suelen deambular en el parque central de la ciudad, donde existen más posibilidades de obtener alguna ayuda por parte de los extranjeros de paso; la cual consiste en unos pocos pesos cubanos, pues ya no circula la divisa extranjera, como ocurría antes del paquetazo gubernamental de reestructuración económica, que la población conoce como “el Ordenamiento”.

Existe un mito entre la gente común, generalmente desinformada en estos tiempos aciagos para los cubanos, que ha extendido la idea de que, pidiéndole dinero a los extranjeros, los ancianos mendigos “ganan más que uno”. Esta idea, motivada por el deseo de evitar el sentimiento de culpa colectiva que experimentamos ante la situación de desamparo de nuestros adultos mayores, no tiene fundamento de ningún tipo. Ni las limosnas son suficientes ni son tan frecuentes como las personas imaginan. Sobre todo, no son una solución ética y sostenible a largo plazo para lidiar con las múltiples dimensiones que presenta el fenómeno del vagabundeo, que va en aumento en las ciudades cubanas.

En los bancos de los parques turísticos se reúnen estos adultos mayores abandonados a su suerte durante horas, a la espera de algún transeúnte caritativo que les ayude a paliar, momentáneamente, la terrible situación en la que sobreviven. Bajo el inclemente sol, deshidratados, con hambre, en pésimas condiciones higiénicas, pasan la mayor cantidad de horas del día a solo unos metros de la sede provincial del Gobierno, quien hace la vista gorda y se “limpia las manos” como Pilatos, renegando de sus responsabilidades de cuidado y atención a quienes, en otros tiempos, le dedicaron su esfuerzo y su trabajo para construir un estado donde supuestamente “nadie quedaría desamparado”.



El problema de las personas mayores sin hogar se complejizará en los años venideros, mientras el envejecimiento progresivo continúa su tendencia marcadamente ascendente en Cuba. Más adultos mayores quedarán en situación de vulnerabilidad permanente y muchos de ellos se verán obligados a caer en la mendicidad. Urge tomar medidas estratégicas para evitar un desastre mayor. Se necesitan un rediseño de las instituciones, nuevos enfoques de trabajo, más casas de abuelos, más comedores sociales, más y mejores profesionales de los cuidados. Es importante entender que, con estas acciones, la sociedad no está “regalando” nada a los ancianos desamparados. Antes bien, está devolviendo una fracción del esfuerzo colectivo de años a quienes, en la actualidad, ya sea por una enfermedad, el maltrato familiar o el mal desempeño de la salud pública, no cuentan con los recursos y apoyos para disfrutar de una vejez digna.



# Redes solidarias desde el margen. Contrapunteo de una plaza vacía y un teatro lleno otro día de julio

**Mabel Cuesta**

*De la fuerza elástica como ejercicio de restauración...*

Diversos, simultáneos y espontáneos actores dentro de la sociedad civil cubana nacional y transnacional respondieron al llamado que circuló durante los primeros días de julio de 2021 en las redes sociales bajo las etiquetas de #SOSCuba y #SOSMatanzas. La ingente crisis sanitaria por la que atravesaba la Isla debido a la pandemia de la covid-19 produjo una organización celeré de artistas, profesionales y ciertas comunidades cristianas que decidieron abandonar sus responsabilidades profesionales y personales para dedicarse a la recolección, catalogación y reparto de toda la ayuda —tanto de medicamentos específicos como de insumos médicos y comidas— que comenzó a llegar desde el extranjero y también desde provincias aledañas, entonces en una situación relativamente menos precaria que la de la provincia de Matanzas.

Lo anterior parecería cerrarse en sí mismo. El habitual hilo que teje el tapiz global de “crisis-rescate-regreso a las rutinas” podría haber sido quien diera forma a lo vivido y no solo en Cuba, sino en un número nada despreciable de países en vías de desarrollo o incluso en los desarrollados; siendo que estos dos últimos años han visto colapsar sistemas sanitarios que parecían paradigmas de funcionalidad. Pongamos por caso el de Canadá. Pero no, no hay aquí un cierre, sino una sostenibilidad anterior y posterior a los sucesos. Una que bien podría adjudicarse a la tenacidad de sus jóvenes actores.

En este ensayo propongo, entonces, presentar algunos de estos proyectos de solidaridad y cuidado; los cuales han terminado estando interconectados entre sí y también con cierta zona de la diáspora cubana. Hablaré de sus acciones concretas durante la crisis del verano de 2021, sus inicios y postrimerías; así como de quiénes son y por qué sus historias de vida parecen significar y catapultar una lectura, y también un avistamiento, que nos conduzca hacia un lugar otro. Siendo ese “otro” un proyecto de transnación que aparece tan invisible en los medios de comunicación oficiales de la Isla como legítimo en las comunidades y redes afectivas digitales.

Si algo fue realmente subversivo durante la crisis cubana provocada por la variante Delta de la covid-19, fue observar el salto desde lo aparential etéreo (Facebook, Twitter, Instagram) hacia lo vivencial concreto (jóvenes sin dormir a ambos lados del estrecho de la Florida y del Atlántico) socorriendo a sus coterráneos bajo infraestructuras sutilmente perseguidas y de modo expreso contrarrestadas e inútilmente invisibilizadas otra vez desde los medios de comunicación oficiales de la isla. Esa suerte de lucha mediática y liderada desde el Noticiero Nacional de Televisión con que el último gobierno cubano intenta compensar los dividendos que les provee —intra y extramuros— la venta de paquetes de conectividad a internet para usuarios en la Isla versus la utilidad que dichos usuarios han comenzado a darle. En otras palabras: quienes regulan arcas y poderes fácticos en Cuba se vieron este julio ante la dificultad de seguir acumulando capital a contrapelo de su propio control sobre la ciudadanía. Experiencia inédita para ellos, sin lugar a duda.

Aterrizo así en las dos líneas en principio paralelas; pero más tarde y a propósito de las crisis intersectadas que conformarían el eje central de estas ideas. La línea “A” estaría dibujada por el cambio en la dinámica social insular cubana que la navegación semilimitada de la ciudadanía en la red ha constituido “per se”. Mientras la línea “B” sería la voluntad de solidaridad y cuidado (trans)nacional en la que jóvenes, mujeres

y miembros de la comunidad LGBTQI+ (cristianos y no cristianos) se autoadjudicaron la tarea de rescate de una población vulnerable, infectada, envejecida y en algunos casos moribunda.

Si considero importante hacer estos deslindes (edad, género, sexualidad y religiosidad) y enfocarme en ellos es justamente porque apuesto por cuánto cada una de estas variables aporta a la posibilidad de Cuba como transnación en movimiento y con fuerza elástica. Para traducir mejor lo anterior desde su carácter metafórico, apelo a la física como ciencia exacta y recuerdo que la fuerza elástica es aquella que se produce cuando una superficie u objeto está sostenido en una posición de no equilibrio por parte de una fuerza determinada. Es entonces que aparece la fuerza elástica y lo hace como reacción que pretende restaurar dicha posición inicial o de equilibrio. Es, en fin, una reacción natural que se produce cuando cualquier cuerpo sometido y deformado intenta volver a su estado original.

Declaro entonces que esos jóvenes, mujeres y miembros de la comunidad LGBTQI+ transnacional cubana vienen, de modo natural y desde sus históricas marginalidades, a intentar por fuerza elástica restaurar a un cuerpo enfermo. Sea dicho sin ambages: un cuerpo sometido por la inutilidad de un Estado que no puede proveer los medicamentos e insumos mínimos para rescatarle de la precariedad de su salud y, asimismo, un cuerpo en ocasiones deformado por la ausencia de alimento.

*Julio 8 que es marzo, que es abril, que es mayo, que es junio...*

Desde marzo de 2021, cuando el número de contagios por covid en la Isla parecía estar bajo control y comenzaban a desplegarse fuertes campañas de propaganda gubernamental triunfalista en cuanto a las ya casi infalibles vacunas desarrolladas en centros de tecnología biomolecular en La Habana (Soberana II y Abdala); un grupo de mujeres desde Madrid, lideradas por la activista Massiel Rubio, echaba a andar la iniciativa de enviar medicinas para distintos puntos de Cuba.

La gestión de Massiel y sus compañeras respondía a demandas cada vez más frecuentes en las redes sociales donde X persona en X pueblo o ciudad de la Isla pedía de manera desesperada medicinas —en su mayoría usadas para estabilizar padecimientos crónicos— para sus familiares, vecinos o amigos. Niños y ancianos sin espray de salbutamol para el asma o hipotensores o reguladores de insulina en sangre. A cada nuevo pedido de auxilio, se sumaba la gestión de otros usuarios de las redes que, aunque estuvieran lejos del enfermo, intentaban hacerle llegar dos, tres, cuatro píldoras de X pastilla. La crisis de medicamentos explotaba a diario en nuestras caras y no por temas relacionados con la pandemia, sino con el día a día de enfermos de larga duración.

Rubio comenzó entonces su peregrinaje: amigos médicos, enfermeras exhaustas por sus largas horas de hospital, señoras del barrio, farmacias de Madrid donde encontrar a ese farmacéutico que siempre había admirado tanto a Cuba y aunque nunca hubiera podido llegar a su parque temático del socialismo en ruinas y ya le hubiera votado al PP porque lo del PSOE no daba más, ahora tenía ganas de ayudar...; ayudar porque al Pablo Iglesias no lo vamos a dejar entrar y mira Cuba cómo está. Días y días de Massiel Rubio, Patricia de Cepeda, la escritora Maielis González, el activista gay Cris Álvarez, la periodista exiliada Mónica Baró y la famosa actriz María Isabel Díaz —entre otros muchos nombres— comenzaron a recopilar kilos de medicinas y también largas listas de necesitados a quien mandar hasta Cuba lo compilado, catalogado, empaquetado, etiquetado con el nombre, el teléfono y la dirección del enfermo. Esos pequeños paquetes de auxilio eran enviados con viajeros que en principio donaban algo de espacio en sus maletas y que, cuando terminaban el aislamiento obligatorio e institucional establecido por el gobierno cubano, los llevaban a los barrios de El Cotorro, Matanzas, Guáimaro, Camagüey o San José de las Lajas.

Massiel solía despertar a la comunidad de Facebook durante marzo, abril, mayo, con el tímido pedido de fondos para comprar más medi-

cinas y/o pagar aquella maleta extra a tal viajero que había ofrecido llevarla. Massiel nos comentaba de la imposibilidad de hacer más desde tan lejos y con las fronteras cubanas cerradas. Y hacía del salón de su apartamento en Madrid, almacén, oficina y gestoría de medicinas. Y esas medicinas llegaban.

Así fue, motivados por el trabajo de Rubio desde Madrid, cómo pensamos en lo obvio: pedir ayuda a la comunidad de cubanos en Estados Unidos, especialmente a aquellos radicados en Miami. Porque, aunque entre enero de 2021 y noviembre del mismo año los vuelos comerciales quedaron reducidos a uno semanal para las aerolíneas American Airlines, JetBlue y Southwest —esta última desde Tampa—; las agencias de envío de paquetería, de tan larga data en esa ciudad, podrían servir como bálsamo en la gestión.

Entonces abril, mayo y junio vieron a una lista de más de 200 personas donar dinero para pagar los envíos y traer hasta la casa de Enrique Guzmán Karell, en el barrio de Kendall, kilos y kilos de medicinas. Tantos kilos que sumarían más de una tonelada. Allí, un domingo al mes, Guzmán Karell abría su casa para que Aymara Aymerich, Jorge Ferdecaz, Janet Batet, René Azcuy, Sandra Contreras, Gisela Baranda, Reynaldo Lastre, Eilyn Lombard Cabrera, Neysi Romero, Arelys León, Mahara Bermúdez, Roberto Márquez y Geidy Guzmán, entre otros muchos, pudiéramos armar las bolsas de 20 libras de medicinas que irían a parar a personas identificadas en diferentes barrios a lo largo de la isla de Cuba.

El primer envío —de unas 14 bolsas de 2 libras cada una y con fecha de 3 de mayo— tardaría en llegar tres semanas a La Habana y Matanzas, y cuatro semanas a Cienfuegos, Camagüey, Holguín y Santiago de Cuba. Una vez allí, en menos de 72 horas, serían repartidas por quienes, buenamente, las iban a recoger a las sedes de las agencias de envíos en Cuba. Aquí hablamos, casi en su totalidad, de medicinas de venta libre para fiebres, gripes, dolores óseos y musculares. Y en un reducido nú-

mero; pero también, de fármacos de venta controlada y que las personas en cualquier punto de Estados Unidos básicamente donaban a tenor de las asignaciones mensuales que sus médicos hubieran prescrito. El segundo envío desde Miami se repitió en junio. Esta vez con 32 bolsas de 20 libras y destinatarios en las 14 provincias.

*Julio 26: un teatro lleno y una plaza vacía*

Muchas escenas dolorosas atraviesan mis memorias del verano de 2021. Y sí, haré uso de la primera persona en lo adelante. Me hago responsable por las voces y miradas que intentaré traer conmigo a este texto.

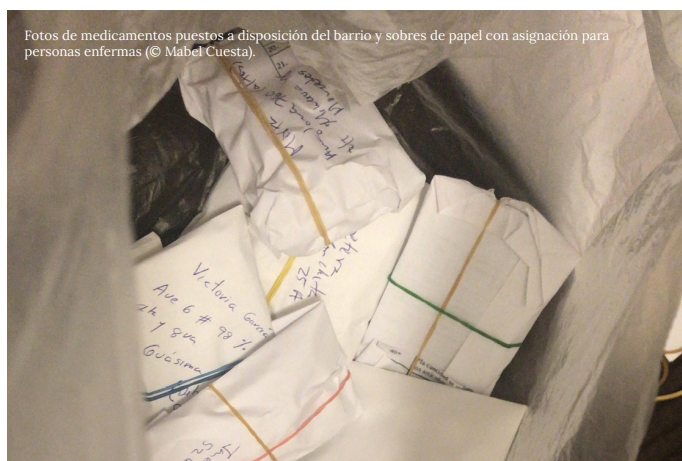
El 8 de julio, mi compañera y yo amanecemos en Matanzas luego de haber pasado las 5 noches de aislamiento riguroso en un hotel habanero. Y también luego de haber volado la absurda ruta Houston-Miami-Madrid-La Habana. Nos convocaba la gravedad de su madre por una enfermedad terminal. Nuestras cuatro maletas, así como el equipaje de mano, cargaban puras medicinas y alimentos para ella. Pero mientras permanecíamos encerradas en el hotel habanero, la variante Delta se entronizaba en los cuerpos de la gente de nuestra ciudad natal y otras ciudades vecinas: Varadero, Cárdenas, Colón, así como poblados aledaños.

La ruta del Sars-Covid 19 era clara y acelerada: mientras los vuelos desde Estados Unidos habían quedado reducidos a tres semanales y desde México a uno mensual, los provenientes de Rusia en las aerolíneas Azur Air, Aeroflot, Ikar, Nordwind y Royal Flight superaban la decena semanal y traían con ellos millares de turistas rusos instalados en los resorts de Varadero y Cayo Coco, donde los servicios son proveídos, obviamente, por cubanos residentes en las cercanías de esos polos turísticos. Cubanos que luego marchaban a sus hogares. El resto es historia. Más de 3 000 contagios diarios, que luego fueron 6 000, 8 000 y que, para agosto 22, se convirtieron en el récord de 48 487 casos confirmados.

Cuando finalmente desembarcamos en nuestro apartamento, las maletas, que eran para una sola persona enferma de cáncer, devinieron públicas



y a disposición de nuestro barrio. Los analgésicos, antibióticos y otros genéricos de venta libre pasaron a ser pequeñas bolsitas de papel con veinte de cada uno, diez de cada uno y hasta cinco de cada uno con tal de paliar una fiebre disparada o un dolor de huesos o músculos insostenible.



De modo inmediato y gracias a la visibilidad de las redes sociales, pudimos —con el grupo de Miami que ya existía y con el que habíamos estado mandando vía agencias de paqueterías más de una tonelada en los meses previos a esta crisis— recolectar cerca de una nueva tonelada que comenzaría a llegar a la Isla a través de otros viajeros que harían el mismo extravagante y caro vía crucis: Miami-Madrid-La Habana-hotel de ais-

lamiento–Matanzas. A la par, el otro grupo en Madrid, que había estado trabajando en la recolección y envío desde esa misma ciudad y también desde inicios de año, comenzó a hacernos llegar cerca de diez maletas de cincuenta libras cada una. Todo lo anterior, en el curso de seis breves semanas, en las que, asimismo, moriría un promedio de 96 cubanos en cada una de ellas (me refiero al período 8 de julio al 25 de agosto).

Hasta aquí el modo en que se gestionaron los envíos de la comunidad cubana en la diáspora.

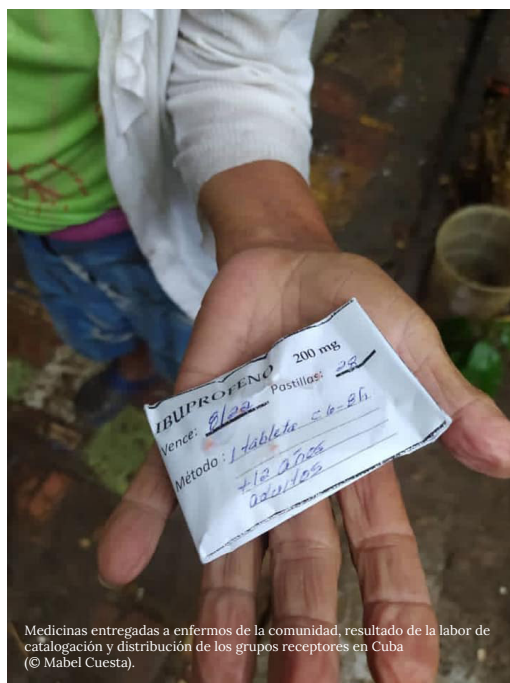
Paso entonces a relatar el que sería, en realidad, mi argumento. Estos, mis aportes perceptivos y a los que en ningún caso han sido aplicados instrumentos de análisis sociológico. ¿Quiénes estuvieron a cargo de recepcionar, organizar y distribuir las medicinas que llegaban desde Miami y Madrid, a costa de posibles detenciones o interrogatorios por parte de la Seguridad del Estado cubana?

Me detengo en los tres grupos que conocí a fondo y con los que continuo trabajando.

El primero está formado por siete mujeres que vienen del mundo del periodismo (Rocío Baró), el cine (Sam Olazábal, Katherine Gavilán y Laura Bustillo), la promoción cultural (Massiel Carrasquero Ramos) y las artes escénicas y musicales (Martha Luisa Hernández Cadenas y Kiriam Gutiérrez). De las seis, al menos 4 se identifican como mujeres lesbianas y han estado al centro de las demandas que la comunidad LGBTQI+ en la Isla ha hecho al gobierno; las cuales incluyen desde el reclamo de derechos tales como el matrimonio igualitario o el reconocimiento de las parejas de hecho y las uniones civiles para personas del mismo sexo, hasta la adopción de menores y protecciones para la comunidad trans. En este último acápite, valga aclarar que Kiriam Gutiérrez es una mujer trans con una cirugía de reasignación de sexo completada en Cuba.

Radicadas en La Habana y autorresponsabilizadas con las funciones de recoger maletas en el aeropuerto José Martí o en los hoteles de aisla-

miento donde debían permanecer los viajeros portadores, este grupo se hizo llamar Solo el amor, tras el título de una canción de Silvio Rodríguez. Por su ubicación geopolítica y absoluto desenfado al pedir —o demandar— ayuda, lo mismo al Ministerio de Salud Pública, que al de Cultura, que al sindicato de taxistas de La Habana, serían ellas las responsables de la recolección, catalogación y entrega de más de 5 toneladas de medicinas en el período de marzo 2021 a nuestras fechas. Toneladas que, en ambos lados de la línea, han sido donadas y recepcionadas en mano por civiles cubanos sin distinción de filiación política o credo.



Medicinas entregadas a enfermos de la comunidad, resultado de la labor de catalogación y distribución de los grupos receptores en Cuba (© Mabel Cuesta).

El segundo es el grupo teatral El Portazo, radicado en la ciudad de Matanzas y fundado en 2011 por su director Pedro Franco. Los miembros del colectivo, una vez anunciada y palpada la crisis de julio de 2021, decidieron abrir las puertas de su teatro para que las donaciones que a cuenta maletas llegaban desde Miami y Madrid pudieran ser, una vez más, seccionadas en paquetitos mínimos que serían entregados a la mayor cantidad de personas que llegaran a las puertas del teatro pidiendo, desesperadamente, medicinas para sus familiares y, en algunos casos, para sí mismos.

También Pedro Franco y los actores de El Portazo pidieron ayuda de transportación al gobierno provincial de la ciudad de Matanzas, que respondió positivamente para redistribuir parte de las cargas de medicinas en municipios alejados de la ciudad. De ese modo, en la sede de la compañía se instaló una suerte de farmacia ambulante para atender los pedidos en la capital provincial; pero también un almacén para tener a buen recaudo las donaciones que serían llevadas a otros poblados y ciudades. Al menos cuatro de los siete miembros con quienes trabajamos este pasado verano se identifican como hombres gays.

Asimismo, asomarse brevemente al récord de espectáculos de este grupo declara, sin posibilidades de excepción, su compromiso desde el ámbito teatral con las causas de las minorías LGBTQI+ cubanas. Valgan aquí algunos títulos y sus dramaturgos para probarlo: Por gusto (Abel G. Melo, 2011), Antígona (Yerandi Fleites, 2012), Semen (Yunior García Aguilera, 2014), CCPC (AA.VV., 2015), CCPC: La República Light (AA.VV., 2018) y Todos los hombres son iguales (Yunior García Aguilera, 2020). “Por lo demás, todos nuestros espectáculos han sido muy gay, desde el elenco hasta la estética”, me comentaba Pedro Franco en reciente conversación privada y vía WhatsApp.



El tercer grupo del que quiero hablar es el formado por pastoras y colaboradoras de la Iglesia de la Comunidad Metropolitana de Matanzas. Mujeres que, en su enorme mayoría, estudiaron teología y ciencias bíblicas en el Seminario Evangélico de Teología de la Ciudad de Matanzas. Aunque superan la decena, mencionaré a la coordinadora principal, Elaine Saralegui; a su pareja, la sicóloga Angela Laksmi, quien es, además, la codirectora de la revista Q de Cuir, la cual se autodefine como una “revista digital cubana para el empoderamiento de las personas LGBTIQ+ a partir de una información centrada en nuestra realidad y necesidades”. Destaco, asimismo, a la pastora Yivi Cruz y a dos de sus miembros más activas, Dianelys Ortega Horta y Lisbeth García Portal. Estas cinco mujeres se identifican como lesbianas.

Este último grupo, además de repartir las medicinas recibidas en bicicleta, andando o en motorinas eléctricas, comenzó, en medio de esta crisis sanitaria de julio de 2021, un proyecto añadido al que llamaron Matanzas siempre me curas, tras un verso de la poeta Premio Nacional de Literatura Carilda Oliver Labra. Dicho proyecto de cuidado consiste en llevar no solo medicinas, sino comida elaborada por ellas a las casas de 35 ancianos identificados por su iglesia, quienes, en su mayoría, no solo están delicadamente enfermos, viven solos y en condiciones de precariedad extrema, en algunos casos son también sujetos LGBTIQ+ que no tuvieron descendencia.



Un dato más es que la media de edad de las personas participantes en estos tres proyectos no supera los 35 años.

El 26 de julio de 2021, en la mañana, las activistas del proyecto Solo el amor habían llevado en taxi autorizado a cruzar la frontera Habana-Matanzas tres bolsas con 150 libras de medicinas que en esos días habían llegado desde Miami y Madrid. Allí nos reunimos con los chicos del teatro y también con las chicas de la iglesia de la comunidad metropolitana a catalogarlas y dividir las. Alguien había anunciado en las redes que ese día, efectivamente, estarían llegado nuevas cargas de medicinas y que repartiríamos en el teatro, localizado en la esquina de la plaza principal de la ciudad de Matanzas.

Solo 15 días antes, la isla desequilibrada, deformada, carente de medicinas, hambrienta y moribunda había salido a las calles a pedir libertad. Pero la plaza de la libertad estaba vacía. Allí se escuchaba una grabación de alguna vieja canción de Silvio Rodríguez (La nueva escuela o Canción urgente para Nicaragua); a la par, alguien intentaba convocar desde un micrófono y en la misma plaza a los revolucionarios del presente.

La plaza estaba vacía; pero el teatro de la esquina, lleno. No daba portazos, acogía. Gritos dentro del teatro: “Necesito tylenol”, “Se muere mi hermana, necesito un antibiótico”, “Azitromicina”, “Azitromicina”, “Azitromicina”, “Mi niño tiene fiebre, algo para la fiebre...”. Y la banda sonora de afuera con Silvio: “Yo me muero como viví”; adentro, un anciano: “Me da igual morirme, tengo el virus, pero deme algo para mi señora”. Adentro, un grupo inconexo, joven y marginal usaba las tablas del teatro para, en silencio rotundo, demostrar que “El pueblo de Cuba // sumido en su dolor se siente herido // y se ha decidido // hallar sin tregua una solución”.

Era 26 de julio de 2021 cuando, entre gritos dentro del teatro y una plaza de la libertad vacía, llegaron los agentes de la Seguridad del Estado y dijeron que había que parar el reparto de aquellos alivios. Que por

razones epidemiológicas el teatro debía cerrar. Y cerraron. Y la gente se fue llorando a sus casas. Y un grupo, con un promedio de edad de 35 años, cristianos y no, homosexuales en su mayoría, mujeres en su mayoría, dedicó sus próximas horas y días a llevar andando, en bici o motonina, aquellas medicinas y muchas otras hasta las casas de los enfermos. Medicinas que gente de la que no puedo hablar ya porque el tiempo se esfumó, recogieron en Miami y Madrid sin importar quién era el cuerpo enfermo que las necesitara.

Fuerza elástica, le llaman a esto en el mundo de las ciencias exactas.

"III", de la serie Carboneros (© Ilianis Cortés Rufin).





# Salud mental con el morral vacío<sup>8</sup>

*Orlando Miguel Barbán Guerra*

Norma es una abuela que sobrepasa los 75 años de edad. Ella sale a “pelear la vida”, con su morral a cuesta y la cartera asustadiza. Agarra

algo de dinero de su ingrata chequera de jubilación para ver con qué producto accesible se topa en su andar por los puntos de venta del barrio. Va de un lado hacia al otro. Su rostro no sale del asombro por el aumento de los precios desde su última compra. Se pregunta, al igual que la cucarachita Martina, el personaje del cuento infantil: “¿Qué me compraré?”. Le entristece ver cómo parte de los ingresos acumulados en sus años de trabajo se ve reducido a una libra de su apetecida malanga, una cebolla, dos cabezas de ajo y un paquete de picadillo, sin contemplar el resto del mes que le queda por subsistir.

Vive con su hijo, el cual tiene síndrome de Down y se encuentra en situación de dependencia. Lleva meses sin dormir lo suficiente, su presión arterial no se estabiliza y la migraña no le deja respirar. Un vecino le dice que tiene que tomarse las cosas con calma, que esto va a mejorar, que debe cuidar su salud mental. Ella, indignada, le responde: “¿¡Salud mental con el morral vacío!?”.



---

<sup>8</sup> Texto realizado en colaboración con la revista Convivencia y publicado originalmente en su número 93, de junio de 2023.

Cada día aumenta la angustia que viven los adultos mayores en Cuba para tener que alimentarse con algo que, al menos, le sostenga por unas horas. Cada día el valor de sus pensiones se desvanece ante tanta inflación en el mercado privado, pero también en el estatal. Cada día las opciones para “desconectar” emocionalmente de la cruda realidad son menos accesibles.

Cierto día, una colega de trabajo, adulta mayor, me comentaba que hace apenas unos años atrás ella y su esposo se acostumbraron los fines de semana a salir a pasear a clubes, restaurantes y cines. Pero desde la fallida —y silenciada mediáticamente— Tarea Ordenamiento se desvaneció su tiempo de ocio matrimonial. Hoy refiere que solo salen de sus casas para ir al trabajo y recoger a sus nietos en la escuela. El contexto les agobia, les desilusiona, les duele y les encarcela.

Con este escenario complejo, donde los adultos mayores son uno de los principales perjudicados, debemos cuestionarnos si ellos están naufragando psicológicamente ante la interminable tormenta que les ha tocado vivir. Es por ello que, con el presente artículo, se pretende visibilizar el impacto de la profunda crisis económica en la salud mental de este grupo poblacional. Es un deber ciudadano revelar estas situaciones de injusticia social para exigir derechos innegociables y “rasgar la costura de la manipulación mediática” —y académica— de que vivimos en una sociedad amigable con la vejez.

La Organización Mundial de la Salud definió la salud, en 1992, como “el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades”; mientras que, en 2018, la directora de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), Carissa Etienne, la puntualizaba como “un derecho de las personas y una responsabilidad de los Estados”.

Por su parte, la salud mental, uno de los determinantes de la salud, incluye nuestro bienestar emocional, psicológico y social. Esto influye en

la forma en que pensamos, sentimos y actuamos cuando enfrentamos la vida. Nos ayuda a determinar cómo nos relacionamos con los demás, manejamos el estrés y tomamos decisiones. Cuando gozamos de una adecuada salud mental, asumimos la vida con mentalidad positiva, con optimismo, sabemos manejar mejor los conflictos, hacemos adecuadas elecciones en la vida, tenemos mejor dominio de las emociones, nos relacionamos de manera favorable en nuestro medio circundante, somos más productivos, estamos más enfocados en nuestras metas y proyectos vitales, y tenemos mejor estado de salud física.

Existen personas que presentan padecimientos como, por ejemplo, la diabetes mellitus, quienes, a pesar de estar adecuadamente medicados, no salen del agobio de la descompensación. Se pierden en la búsqueda de causas desde el punto de vista biológico, cuando es el estrés y la depresión de la vida los cuales marcan el ritmo de su malestar.

Muchos factores de riesgo pueden repercutir desfavorablemente en la salud mental de los adultos mayores. Entre ellos, encontramos las experiencias y vivencias negativas de la vida, los problemas de salud personales y familiares, el estar al cuidado de personas dependientes, los estilos de vida insalubres, la mala calidad y condiciones de vida, los problemas económicos, la mala convivencia social, estar sujetos a situaciones de estrés mantenido, etc. La combinación de dos o más factores de riesgo complicaría el estado de salud mental e incluso, comprometería el físico y social. Desencadenaría comorbilidades, un problema frecuente en las personas senescentes.



Si se limpia el prisma con esmero —y libertad— para ver mejor la realidad de las personas mayores en Cuba, resultará difícil encontrar factores protectores de la salud mental más allá del vínculo familiar más cercano; a pesar de que todos los miembros de la familia —de igual manera— están atravesados por los mismos problemas económicos creados por el Estado; el mismo que, al decir de la directora de la OPS, debe ser un garante de la salud de sus ciudadanos.

Es por ello que la sola voluntad política de crear programas, políticas, leyes y lineamientos para cuidar —supuestamente— de la vejez no es suficientes. Desde hace tiempo, las personas son conscientes de que se trata de “globos inflados” para encandilar en la arena internacional a los organismos, la opinión pública y los medios de comunicación con vistas a ganar reconocimiento y obtener posibilidades de financiación e inversión extranjera.

¿Cómo saber si verdaderamente nuestros adultos mayores en Cuba gozan de salud mental? Algunos síntomas y signos son reveladores de este estado. Negarlo, es hacerse parte del problema y de sus causas.

### **Cambios en los hábitos alimenticios**

El Mapa de Hambre en Cuba reveló, a través de la Encuesta de Seguridad Alimentaria aplicada en 12 provincias del país, que la situación de seguridad alimentaria es seria y compleja. El 40.4% de los encuestados refirió que es deficiente la disponibilidad y variedad de alimentos y 33.1%, que es incompleta. La calidad de los alimentos de la libreta de abastecimiento fue evaluada como pésima por 31.8% de los encuestados; mientras que 50.8% lo considera regular y 95.8% señala que estos productos normales no satisfacen sus gustos. En cuanto a la estabilidad de los alimentos, 91.4% es de la opinión que casi siempre hay desabastecimiento de productos esenciales y 59.2% expresa que los cubanos recurren al mercado negro para alimentarse.<sup>9</sup> Este resultado tiene mayor repercusión en los adultos mayores jubilados o pensionados; más si se conoce que lo que devengan es insuficiente para alimentarse el mes completo.

### **Cambios en los hábitos de sueño**

La calidad del sueño en este segmento poblacional a partir del impacto de la crisis económica es inadecuada. El insomnio ha atrapado el sueño a nuestros adultos mayores, debido —fundamentalmente— a la inseguridad alimentaria existente; es decir, el acostarse sin una adecuada alimentación y la preocupación de no saber qué se va a comer al día siguiente.

### **Aislarse de las personas**

La crisis migratoria ha tenido un gran impacto en la vida de las personas mayores; quienes vieron cómo sus hogares se quedaban vacíos, sin hijos y nietos, porque estos se cansaron del sueño utópico que les

---

<sup>9</sup> <https://n9.cl/mapadehambrefmp>.

prometieron. Esto generó trastornos emocionales en no pocos, como son la depresión, la ansiedad y la soledad. Muchos perdieron el interés por salir de sus casas, porque todo ha dejado de tener sentido, porque algo de ellos también se ha ido.

### **Poco disfrute de actividades de ocio**

La reducción considerable de la capacidad de compra a través de sus ingresos económicos por concepto de jubilación o pensión, sumado al fenómeno indomable de la hiperinflación en el mercado, ha hecho que las actividades de ocio queden relegadas a un segundo plano. Desde hace algún tiempo, comer, es la prioridad.

### **Sentirse impotente o sin esperanza**

En sentido general, los cubanos hemos perdido la esperanza en lo que se presentó como el sueño de una sociedad socialista próspera y sostenible. Estamos inmerso en un proceso de empobrecimiento paulatino, donde la mayoría de los cubanos se siente vulnerable porque hay carencia de todo y casi nada funciona bien.

Nuestros mayores, entretanto, se sienten impotentes. Poco pueden hacer cuando los obstáculos a enfrentar son cada vez más grandes que su voluntad de enfrentarlos y cuando las fuerzas disminuyen paulatinamente. Además, porque saben que el vecino o familiar que antes le ofrecía ayuda también se encuentra viviendo una situación similar.

### **Sentirse inusualmente enojado, molesto o preocupado**

Es común —y legítimo— el sentirse disgustado ante el escenario caótico que viven en Cuba los adultos mayores. El contexto está matizado por la carencia de lo básico para sobrevivir, y las pérdidas de familiares, amigos, de los valores, la esperanza, la ilusión y el sentido de la vida. Esto les genera preocupación por el futuro que le dejan a sus hijos y nietos, y por el que les tocará vivir hasta que Dios decida.

### **Tener pensamientos y recuerdos que no pueden sacar de su cabeza**

Si bien una de las características de la adultez mayor es la de conservar e ir —de vez en cuando— a sus recuerdos de tiempos pasados, cuando esta se hace recurrente es un síntoma de frustración porque algo no marcha como se esperaba en el aquí y en el ahora. Tienden a hacer comparaciones entre los tiempos pasado y presente, en cuanto a los precios, los servicios, la forma de relacionarnos, el poder, las dinámicas de la vida y más.

La salud mental es indispensable para envejecer con dignidad. Urge realizar acciones liberadoras que estén en sintonía con las necesidades sentidas de las personas adultas mayores. No se puede construir una sociedad justa, inclusiva y amigable si nuestros abuelos pasan hambre, no duermen bien, no tienen buena atención de salud, van perdiendo la ilusión y la esperanza, sienten que valen o importan menos; en fin, sufren porque no gozan de una buena salud mental. Hagamos que su morral —físico y emocional— se llene de bienes y dichas agradables. Es un deber del Estado y un derecho humano impostergable.

Sin título (© Alejandro Guirola Ruiz)





# Empoderamiento de la vejez: realidad versus utopía

*Katiuska Fournier De la Cruz*



En la radio se escucha un programa dedicado a las personas mayores. El diálogo de los locutores enfoca la mirada en los cuidados que necesita ese grupo etario sin profundizar en las limitaciones para lograrlo. El rostro de la vejez asoma casi siempre en esos medios de difusión masiva para balancearse entre dos extremos: el del pobre viejito que debe ser atendido y el dotado de superpoderes para “cargar la cruz de los años”.

Si se da un vistazo a la comunidad y se intercambia con las familias, emerge el sentir y preocupaciones para garantizar la protección de las personas mayores: la carencia de productos alimenticios para su nutrición, de recursos ante dependencia física, del surtido de medicinas en pos de controlar sus enfermedades crónicas, de espacios de participación social y una lista larguísima de desafíos.

A PUNTO ESTUVE DE HACER EL CAKE PERO ME FALTABAN ALGUNOS DETALLITOS: LA HARINA, LOS HUEVOS, EL AZÚCAR...



"Detallista", de la serie *Cosa seria*, caricatura de Omar Santana en *Hypermedia Magazine*.

Poco se declara en torno a la inmensa diversidad que caracteriza a los llamados "viejos" del entorno nacional. Los que hoy tienen más de 60 años representan 21.6% de la población; mientras las proyecciones estiman un continuo ascenso de las cifras de personas mayores, pero mantienen estancadas las estadísticas de atención, productividad, seguridad y otras garantías a estas.

Más de cuarenta años han transcurrido desde que la ONU motivó encuentros dirigidos al bienestar de los mayores y la realidad sigue mostrando los mismos estigmas asociados al envejecimiento con un panorama negativo y asistencialista que oculta y limita las potencialidades, aportes, protagonismo y alcance de un gran número de ellos.

Si miramos nuevamente a la comunidad, encontramos bastantes ejemplos de vejez activa y productiva de muchos individuos de la tercera y cuarta edad, encargados de disímiles labores domésticas, familiares, la-

borales y sociales, cuyas historias no son suficientemente compartidas para transformar la visión negativa de esa etapa de existencia. Ejercicio del cual ellos mismos se hacen eco con argumentos en torno a las insuficiencias y no las competencias.

Diversas problemáticas que aquejan a la población cubana les colocan en situación de fragilidad para lograr indicadores de vida adecuados como el acceso a servicios de salud, el cual enfrenta uno de sus mayores aprietos en la nación, dejando en mayor inseguridad a los ancianos. Las carencias de medicamentos, reactivos e insumos en procedimientos útiles para su supervivencia les privan del diagnóstico oportuno y eficaz atención médica.

A ello se suma también la escasez de proyectos de participación social, que restringen su calidad y satisfacción de vida; mientras que los “encargos familiares y sociales” ligados al edadismo los circunscriben a roles de “menor utilidad”, como las colas para la compra de alimentos, el cuidado de niños y adolescentes, y otras responsabilidades domésticas, además del insuficiente reconocimiento.

Quienes presentan situación de soledad y abandono familiar sufren mayores privaciones de sus necesidades básicas, las cuales se duplican si, además, poseen alguna discapacidad o enfermedad invalidante. A ello se suma la creciente demanda por el uso de tecnologías para numerosas actividades, tendencia que aumenta la brecha digital ante la imposibilidad de adquirir dispositivos de alto costo, ya sea para comunicarse y entretenerse, como para acceder a servicios públicos para realizar trámites de vivienda, bancarios, comerciales y otros.

Justamente, es en el escenario digital donde predominan los testimonios de la realidad del envejecimiento en Cuba con sus denuncias acerca de los que experimentan mayores vulnerabilidades. Destacan los comentarios que repelen los actos de abandono, maltrato, discriminación y asistencialismo, además de mensajes en busca de soluciones.

Resistencia creativa (© Oniel S. Gutiérrez Reyez).



Ante la crisis socioeconómica que vive el país no se vislumbran evidentes cambios en materia de derechos para las personas mayores. Por ello, es preciso un claro manejo y transformación de las condiciones de vida y bienestar de la población, junto a una mirada de respeto e inclusión de sus necesidades, conocimientos y aptitudes, de manera que se aprovechen sus potencialidades y se les ofrezcan oportunidades de crecimiento y realización de proyectos de vida.

Igualmente, es urgente un sistema de protección a los más vulnerables. Muchas personas mayores hoy viven en deplorable situación y sufren el abandono o vacío familiar, la pobreza extrema, el maltrato físico y psicológico, los insuficientes ingresos para el sostén cotidiano y la escasa intervención de instituciones estatales que deberían asumir su atención y cuidado.

Crear nuevos espacios de mediación, apoyo e intercambio que favorezcan una adecuada participación y asistencia a las personas mayores desde la sociedad civil puede generar vínculos, autonomía y riquezas intergeneracionales. Asimismo, es vital compartir las experiencias, preocupaciones, anhelos y limitantes de vida de estos, de manera que las intervenciones legales, sociales y familiares contextualicen su realidad, carismas y necesidades.

Durante el período pandémico, muchas iniciativas personales y colectivas surgieron para servir en medio de la crisis sanitaria, en las que resaltaron grupos de mensajería y alimentación gratuita; mientras que, en la actualidad, las redes sociales muestran a emprendedores del sector privado y organizaciones religiosas que ofrecen apoyo en materia de alimentos, formación, salud y bienes. Espacios valiosos que podrían enriquecerse para un proceso de escucha y debate público con los consiguientes cambios que precisa la vida de ese grupo etario.

Resulta esencial animar a toda la sociedad en la multiplicación de espacios que incluyan y aprovechen el potencial de las personas mayores,

abriendo las puertas a nuevas formas de respeto e inserción social, hospitalidad y fraternidad, pero también de intercambio de valores, tradiciones y fortalezas de las personas mayores.

Del necesario camino para el bienestar de los mayores, expresa el papa Francisco, teniendo en cuenta el Evangelio: “Ellos nos han custodiado a lo largo de las etapas de nuestro crecimiento, ahora nos toca a nosotros custodiar su vida, aligerar sus dificultades, estar atentos a sus necesidades, crear las condiciones para que se les faciliten sus tareas diarias y no se sientan solos”. He ahí un pensamiento que inspira, desde el sentido humano que nos une, hacia novedosas alianzas en busca de una ruta eficaz de empoderamiento en la vejez.



No me critiquen por modernizar (© Daysi Rosa Muñoz Verdeja).

# La Feria de los viejos

Teresa Díaz Canals

Hay mucha gente que calla, que guarda total silencio ante todo lo que ve, pero, como escribió José Martí: ¿Qué he de hacer con las palabras, si se me salen del alma?



Si tuviera que calificar la calidad de vida de los ancianos en Cuba en la actualidad, la evaluaría de pésima. Claro, hay que excluir a cierto sector privilegiado de este grupo etario que disfruta de todas las posibilidades de alimentación, cuidados y ocios. Mi generación, de más de 60 años, ha vivido siempre en condiciones difíciles. En lo personal, era del criterio de que una crisis económica peor que la de los años 90 del pasado siglo no la volveríamos a padecer. Lamentablemente, no resultó así. Hoy, además de la escasez de alimentos, de la inflación desmedida, pasamos por

una seria falta de medicinas de todo tipo y un abandono total de cualquier servicio imprescindible para tener una vida normal.

En este contexto, los adultos mayores han sido golpeados contundentemente, en especial esa parte que se encuentra sola, aislada, olvidada en cualquier parte del país. Me refiero a las personas que, por determinadas razones, no tienen familia que las apoye, que las auxilie. Hace unos días pudimos ver con dolor cómo un anciano de la ciudad de Holguín cayó desmayado de hambre en la calle. Lo único que hicieron fue sentarlo y recostarlo a una pared; después, se informó en las redes que el señor había fallecido. No lo llevaron a un hospital, no me imagino a qué se dedican los trabajadores sociales, por qué no se atienden estos casos. No obstante, aun los que cuentan con parientes cercanos se encuentran mal, pues la calidad de vida de las familias cubanas ha disminuido de manera muy significativa. Ni los salarios ni las pensiones son suficientes para vivir con un grado mínimo de bienestar.

No existe en estos momentos garantía de los servicios básicos para los ancianos. Conocí que, en la provincia de Camagüey, a 15 404 familias vulnerables “protegidas” por asistencia social les entregaron un paquete de donación en sus treces municipios, el cual contenía arroz, laticas de sardinas, etc. José Martí escribió que “no debe entenderse por real lo que es probable, ni lo que sucede una vez, sino lo que es constante, lo que está sucediendo comúnmente”. En esta acción aislada, entrevistaron a una anciana para que agradeciera a la Revolución por tal acto de generosidad; también apareció un funcionario que divulgó tal distribución como el gran acontecimiento, cuando ese tipo de auxilios debe ser sistemático, sin tanto aspaviento ni estridencias. No es ético hacer propaganda con ese lenguaje burocrático que repite un modelo obsoleto, un lenguaje en el que no se dice nada que no esté previsto.

Es un deber sagrado de la sociedad la ayuda hacia los más necesitados. Nunca vi a la iglesia católica, por ejemplo, hacer divulgación de lo que





*Los objetos personales (© Antonio Nores Hernández).*

dona a los pobres. Si un Gobierno se ocupa de construir hoteles, comprar armas, carros de policías y no de asegurar las condiciones elementales para preservar la vida de sus ciudadanos con una asistencia médica provista de los instrumentos y medicinas imprescindibles, con una crisis tremenda del transporte, esa administración es inmoral. ¿Será eterna la terrible situación que hoy padecemos, donde todos somos afectados?



Algo que golpea a los ancianos es la cuestión de las pensiones. En Cuba, te puedes jubilar, en el caso de las mujeres, a los 60 y, en el de los hombres, a los 65. La pensión mínima en el país es de 1 500 CUP. En mi caso, trabajé durante cuarenta años en lo que se supone es la mejor universidad de Cuba, me creí que era una académica y que, como tal, me jubilaría. Mi pensión es de 2 100 CUP: Hace unos días mi hijo me visitó, me compró 3 paquetes de galletas, gastó 1 800 pesos, casi el monto total de mi pensión. Es decir, trabajé toda una vida por unos paqueticos de galletas, para nada. La persona jubilada que no tenga apoyo de sus hijos está demasiado mal en este país; literalmente, se muere de hambre. Es muy duro no tener una tranquilidad en eso, sentir que la vida fue un verdadero sinsentido, que hiciste el papel de tonta. Como dice el cantautor Carlos Varela en *La Feria de los Tontos*, todos llevamos una venda y un bastón de ciegos, bailamos el pasito del fracaso, en el salón de los espejos donde todos somos longevos y esperamos por un viejo sueño roto.

El único derecho que tenemos es el de morirnos, pues no existe ya un servicio con calidad para nuestra salud. Pobres de nosotros cuando se nos parta un hueso, cuando necesitemos una atención estomatológica. Algunos se dedican a recoger latas y pomos plásticos para que le entreguen algo por ello; otros comen de la basura; los que se jubilan, se vuelven a contratar en sus mismos centros de trabajo para continuar cobrando un salario que tampoco resulta suficiente. Conozco a un señor, cerca de mi casa, que se jubiló y se contrató en Comunales, que es la institución dedicada a barrer las calles; hay otros dos que viven solos y tienen sus casas repletas de chinches. Sé de un hombre de más de 80 años que se fue para España al recibir la ciudadanía española: vivía solo, era dueño de un apartamento aquí, que vendió, y se fue a ese país a vivir en una casa destinada a personas desamparadas; allí le ofrecen alimentos y una cama para dormir, prefirió esa opción.

Esta vez quisiera llamar la atención a los especialistas que tienen que ver con el tema del cuidado al adulto mayor. Se habla y se sigue hablando sin

parar en eventos, en organizaciones nacionales e internacionales sobre el trabajo que se desarrolla en el país donde se edulcora, se atenúa el sufrimiento de muchos seres humanos. Terminemos con el circo, con la feria, con las máscaras, y abordemos este problema social con profesionalidad, con una ética de la compasión, no desde una posición de superioridad. La compasión no es un deber moral, es una respuesta ética a esos seres que mueren sin dignidad, sin respeto. Una ética compasiva descansa en la corporeidad, en las mediaciones, en las contingencias. Tengamos el valor de reconocer que estas situaciones se manifiestan por falta de políticas públicas adecuadas, sensibles, justas. Por favor, al menos den testimonio, muestren lo que sucede en esta Isla.

Termino recordando una de las frases más tristes de la historia del pensamiento, escrita por Baruch de Spinoza: “No hay fuerza intrínseca de la idea verdadera”. Eso significa que la verdad es muy débil. Nosotros, los que trabajamos para producir la verdad, los que enseñamos, escribimos, hablamos, ¿acaso no debemos unirnos para dar, colectivamente, un poco de fuerza social a la verdad?





*Venas vitalis* (© Sadiel Mederos Bermúdez).